

B-4988

EL FARO DE LA VIRTUD

Libro de lectura para las Escuelas,

POR

CAROLINA DE SOTO Y CORRO Y GONZALEZ

CON LA REVISION Y LICENCIA DEL EXCMO. Y RVMO. SEÑOR
ARZOBISPO DE SEVILLA,

DR. D. FRAY ZEFERINO GONZALEZ

Y CON UNA INTRODUCCION DEL DISTINGUIDO ORADOR
SAGRADO

DON ALEJANDRO CORRALES

PRO., DIRECTOR DEL SEMINARIO DE ESCUELAS PIAS DE
SANLÚCAR DE BARRAMEDA, Y MISIONERO
APOSTÓLICO

Reg. 11.774



SEVILLA.

Imprenta de SALVADOR ACUÑA.—Colon, 25.

1883

B
11-319

372
SOT
Jan

ARZOBISPADO DE SEVILLA

*Por el presente y por lo que á Nos
toca, damos licencia para que pueda im-
primirse y publicarse el libro intitulado
FARO DE LA VIRTUD, su autora Doña
Carolina de Soto y Corro, por cuanto
habiendo sido revisado por persona com-
petente, de nuestra orden, no contiene cosa
alguna contraria á los dogmas de nues-
tra Santa Religion, ni á la más sana
moral.*

EL ARZOBISPO DE SEVILLA.

Por mandado de S. E. R. el Arzobispo,
mi Señor,
DR. SILVESTRE PEREZ GODOY,
Pro., Secretario.

5 de Diciembre de 1883.





INTRODUCCION

Cuando con tancínico alarde se inocular en las almas de la cándida niñez el virus ponzoñoso de la incredulidad; origen funesto de males acerbos, es doblemente meritorio y digno de justo elogio el noble anhelo de quien, con peregrinas dotes, opone un dique á las desastrosas consecuencias de la enseñanza sin Dios.

La impiedad, en su afán de extirpar todo sentimiento cristiano, y de borrar de la tierra el reinado de Jesucristo, asesta sus envenenados dardos contra las generaciones nacientes, que, dóciles cual blanda cera, á toda suerte de impresiones, si llevan en su corazón el hielo de la incredulidad, podrán servir mañana al logro de los aviesos fines que se proponen los impíos.

De aquí el empeño pertinaz de secula-

rizar la enseñanza; de aquí el despojar á la Iglesia de la directa intervencion, que como Maestra universal, debe ejercer por derecho propio en todos los centros docentes; de aquí las trabas que se ponen á la enseñanza religiosa, y la tirania con que se pretende arrebatár á los padres de familia el sagrado derecho de encomendar la educacion de sus hijos á maestros que crean en Dios y en la Iglesia; de aquí, en fin, el prohibir las lecciones de la purísima moral católica, imbuyendo, en cambio, en las tiernas inteligencias de los niños, las perniciosas máximas del ateismo, que lleva vía recta á la desesperacion.

Si otras razones no existieran, bastarían las apuntadas para que saludásemos con verdadero gozo EL FARO DE LA VIRTUD, escogido librito de lectura que consagra á la niñez la Srta. D.^a Carolina de Soto y Corro, tan distinguida escritora como ferviente católica.

Antídoto precioso contra la incredulidad reinante, es la obra de la laureada poetisa jerezana, que ha consagrado el

fruto de su envidiable talento y rica imaginacion á la bella causa de la infancia. El fondo de la obra revela en todas sus páginas la piedad sincera que las ha dictado. El corazon del niño, antes que al Dios del cielo, adivina ya á la Virgen-Madre, que muestra otro niño en su regazo; el primer pensamiento del niño, la primera mirada de sus ojos inocentes, la primera palabra de sus dulces labios, es siempre para la Reina de la inocencia y del candor; por eso la primera página del FARO DE LA VIRTUD comienza con una fervorosa plegaria á la Virgen Inmaculada, patrona de nuestra España, que deben aprender todos los niños para implorar el favor y la constante proteccion de la Santísima Virgen. Encierran las siguientes, lecciones admirables de virtud y de moral, sávia vivificante destinada á nutrir los corazones infantiles y á fortalecerlos en la hora de la prueba.

En tres partes se divide la materia del presente librito; primera: «*Lecturas místicas*, que comprenden los misterios más

interesantes de la vida de Jesús y de su Purísima Madre, expuestas con claridad y sencillez cristiana. Segunda: *Lecturas morales*, bella y variada coleccion de ejemplos tan oportunos como interesantes y adaptados á la capacidad de los niños, que sabrán deducir sin esfuerzo la moral práctica que de aquellos se desprende. *Vicios y virtudes*, forma la tercera parte. Si las dos anteriores están hábilmente trazadas, esta nada deja que desear. Pintados aparecen aquí con viveza de colorido y con vigorosa entonacion, la repugnante faz de la soberbia, de la avaricia, de la lujuria y demás pecados capitales, como el encanto mágico y el atractivo irresistible de las virtudes opuestas, personificados los unos y las otras y contrapuestas con maestría, á fin de que se graben profundamente en el ánimo é inspiren en los niños que pisan los umbrales de la vida, constante aversion los primeros y amor entrañable las segundas.

Con el fondo inmejorable de la obra, corre parejas la forma. Si la materia es

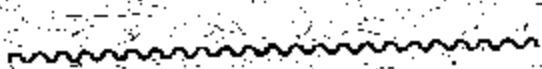
instructiva y moral, la manera de exponerla es en extremo agradable, recreativa y deleitosa. La inspirada poetisa, que tan bien conoce el habla castellana, ha realizado la *difícil facilidad*, y unido lo *útil con lo dulce* en EL FARO DE LA VIRTUD.

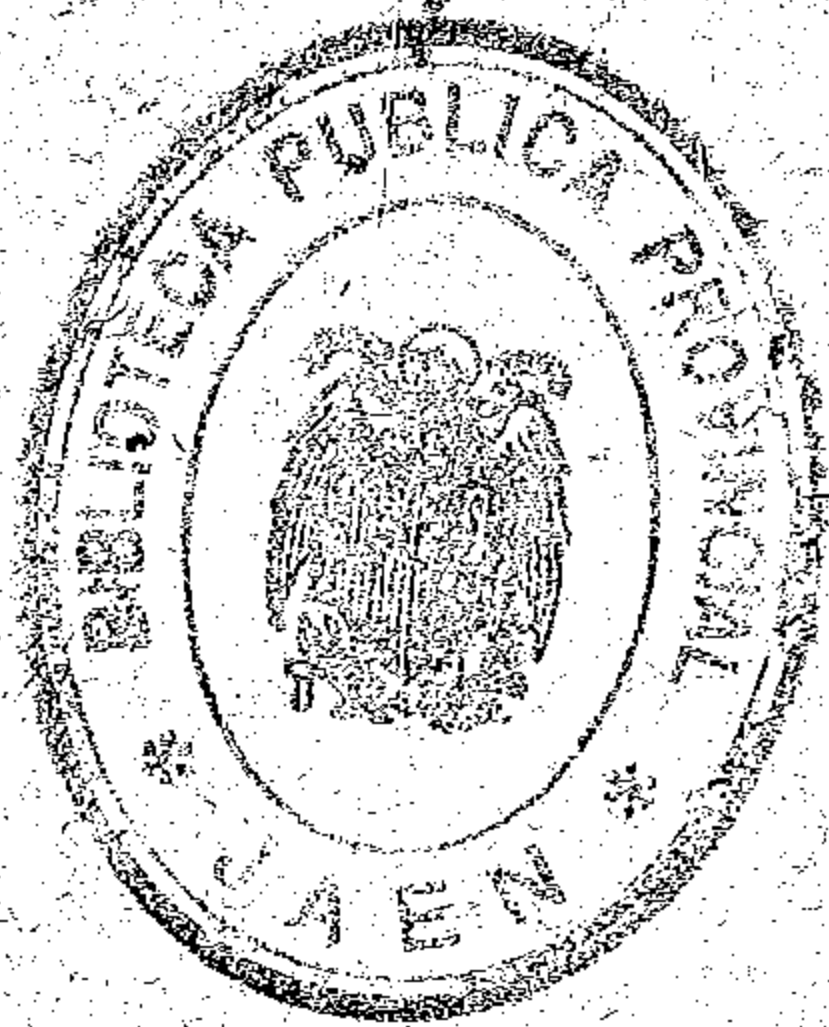
Las composiciones poéticas bastarían á merecerla, si no le hubieran ya conquistado un puesto esclarecido en nuestro glorioso Parnaso. ¡Cómo sabe idealizar las verdades más sencillas! ¡Cómo imprimir á todas sus poesías ese dulce sabor religioso que es del arte compañero inseparable! Frase correcta y galana que brota con natural espontaneidad de la pluma de la eminente escritora, á la par que una sencillez *á prueba de muchachos* son el carácter que revisten la forma de los trozos en prosa que alternan con las inspiraciones de su estro poético.

Tal nos parece la presente obrita, juzgada con criterio imparcial y á la esplendente antorcha del más acendrado catolicismo. Estúdienla los niños con incansable avidez, que en ella recogerán salu-

dables enseñanzas, y aprenderán á vivir como hijos de Dios y hermanos de los hombres. En ella aprenderán á resistir el fiero vendabal de las pasiones, cuyos rugidos no tardarán en escuchar, y á levantar al cielo sus frentes puras como la azucena que crece entre las espigas; serenas como la imágen del justo enmedio de la tempestad, ó resignadas bajo el peso del infortunio, que oprime con sus brazos de hierro al alma virtuosa mientras es en el mundo peregrina.

ALEJANDRO CORRALES, Pbro.





PRIMERA PARTE

LECTURA MÍSTICA

PLEGARIA Á LA PURÍSIMA CONCEPCION

¡Oh, Santísima Virgen! Tú que te presentas hermosa sobre todas las criaturas, á la manera de un sol resplandeciente que, desterrando las tinieblas de la noche alegra el mundo con su benéfica luz y extiende por todas partes los rayos purísimos de su gracia, enciende en mi oscura inteligencia la esplendorosa llama de la inspiracion y abrasa mi alma con el fuego divino del sentimiento para cantar tus excelencias y el santo misterio de tu Purísima Concepcion.

Rompiendo la sombra de la duda que por tantos siglos envolvió al género humano, apareciste llena de gracia desde el primer instante y adornada por Dios con celestiales encantos, cual astro luminoso que sirviera de guía al caminante para encontrar el camino del cielo.

Destinada por el Altísimo á tomar una gran parte en la obra sublime de Redencion, fuiste consagrada desde el momento de tu sér y cual íris de paz colocada entre los hombres para ser su bendita medianera y escala misteriosa por donde habian de subir los ángeles hasta el trono del Señor.

¡Oh, Reina hermosa! desde tu Concepcion purísima, el Padre te llamó su amada Hija, el Hijo querida Madre y el Espíritu Santo su Esposa predilecta. Con títulos tan divinos y belleza tanta, fuiste gloria del cielo y ventura de la tierra, consuelo de los afligidos y esperanza de los pecadores.

Formada así por Dios, ¿quién sería capaz de dudar de tu pureza, que no negara á un tiempo el infinito poder del Hacedor Supremo?

Tus hijos, Soberana Señora, reconocieron tu grandeza, y seguros de tu proteccion se acogieron bajo tu manto.

¡Patrona de los Españoles! ¡concedenos siempre la posesion de tu bendita gracia; líbranos de la culpa y haz que por tu poderosa intercesion goce-mos luégo de la gloria celestial!

EL DIA DE LA PURÍSIMA CONCEPCION

Pasó del tiempo la noche,
que el mundo doquier cubría;
y abriendo su negro broche,
al fin, en rosado coche,
llegó deslumbrante el día.

El astro ardiendo en la esfera,
entre nubes esparció
su dorada cabellera,
y surgió una primavera
que eternas flores dejó.

Vagó el aroma despacio,
corrió alegre el arroyuelo,
y cayó desde el espacio
de perlas y de topacio,
una corona en el suelo.

Era, que allá en la sagrada
ciudad de fragantes flores,
una niña inmaculada
dió á la tierra su mirada,
llenándola de fulgores.

Niña, creacion portentosa

del Padre para su encanto,
y cándida y fresca rosa,
con la esencia deliciosa
que le dió el aliento santo.

Pura, como el sol naciente,
bella, como el mismo cielo;
risueña cual inocente,
humilde, como el ferviente
y dulce como el consuelo.

Aquella Virgen querida
de perfeccion un dechado,
que fué Madre bendecida
por el Señor escogida
sin la mancha del pecado.

De entonces, para ventura,
cambió la faz de la tierra,
y la espléndida Natura
mostró toda la hermosura
de los tesoros que encierra.

La mísera humanidad
siguió otra senda mejor,
y ya en pos de la verdad
nació la fé, la piedad,
la esperanza y el amor.

Ella, la excelsa Señora,
nos prodigó sus favores
y es hoy nuestra protectora,
la calma consoladora

de nuestros grandes dolores.

Nosotros la veneramos
por su grandeza bendita;
por su gracia la admiramos,
y rendidos confiamos
en su clemencia infinita.

Que siempre en su amor deshecho
nuestro ardiente corazon
alzó un altar, satisfecho,
de eterna fé en nuestro pecho
por su pura Concepcion.

LA FLOR DEL CIELO

¡MARIA!

— ¡Mamá! — con curioso anhelo
Le dijo la niña un día: —
¿Por qué llamas, flór del cielo,
En tus cantos á María?

— ¿Por qué? — tierna y fervorosa
Le contestó con amor: —
Porque Ella es la más preciosa
De las flores del Señor.

¿Ves esa blanca azucena
Que esparce fragancia pura?
María, de aromas llena,
Aun tiene mayor blancura.

¿Ves esos claveles rojos
Que hacen al coral agravios?
Hay más belleza en sus ojos
Y más carmin en sus lábios.

¿Ves cuál se mece la rosa
Sultana en florido suelo?
María, pues, más hermosa,
Es reina del puro cielo.

¿El lirio ves que descuella
Esbelto cual Dios lo quiso?
Más alta y erguida es Ella
La palma del Paraíso.

Violetas y sensitivas
Recogen su dulce aliento,
Y de Ella retratan vivas
La humildad y el sentimiento.

De ella aspiró la excelencia
De su perfume el jazmin,
Por ser la mejor esencia
En el empíreo jardín.

Ella es la sávia que cura
Los males y los dolores;
El árbol que dá frescura
En los ardientes rigores.

Capullo de la esperanza,
Semilla de la pureza,
Raíz de la bienandanza
Y rama de la grandeza.

Siembra su amor en tu alma
Bella, candorosa y pura,
Verás cuál nace la palma
De la divina ventura.

¡Siembra del bien la belleza,
Siembra virtud y consuelos,
Y adornará tu cabeza
La hermosa flor de los cielos!

LOS DESPOSORIOS DE LA VÍRGEN

Era llegado el día designado por los sacerdotes.

El pueblo del Señor iba á ver satisfecha una de sus más severas leyes, poseído de esperanza y ansioso de que se cumplieran las sagradas profecías.

Várias doncellas de linaje esclarecido y hermosas como las florecillas azules que crecen en las praderas del Líbano, se disponían, obedeciendo los preceptos de su religion, que les ordenaba el matrimonio, á salir de la casa santa para recibir la bendición nupcial é ir á morar en la del esposo elegido.

Jerusalem alborozada miraba el nuevo día radiante de esplendor y de bellezas en tanto que sus hijos, llenos de un inexplicable y misterioso entusiasmo, se agolpaban á las puertas del gran templo para ver á las benditas vírgenes que

en breve ceñirían el velo de la desposada.

Poco á poco, adornadas con sus más vistosas túnicas y en compañía de sus parientes y tutores, abandonaron las jóvenes aquel sagrado lugar de contemplación y de pureza.

Pero la multitud apiñada permaneció impasible ante el suntuoso edificio.

Una de las vírgenes, la más bella y pudorosa de las que se encerraban tras de los dorados pórticos y entre las columnas de mármol y de granito que sustentaban el templo, habia quedado en su recinto con extrañeza de todos, conocida la humildad y respeto de la niña.

El sumo sacerdote acudió presuroso á inquirir la causa de aquella singular desobediencia, y supo confundido que la dulce y angelical María, en contra del espíritu de su ley y de las creencias de un pueblo que juzgaba delito imperdonable la esterilidad en la mujer, habia hecho voto de consagrar su virginidad y su pureza al Dios de sus mayores, al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.

Admirado quedó el sumo pontífice

ante la decidida resolución de la doncella; pero María había heredado de sus padres y era forzoso casarla, según la ley, con varón de su linaje.

Reunidos en consejo los sacerdotes y ancianos de Jerusalem, é inspirados por una revelación divina, decidieron convocar á aquellos de la tribu de Judá que estuvieran en disposición de desposarse, para que aparecieran ante ellos llevando cada cual una rama de almendro, y aquel, según las profecías de Isaías, en quien se notara señal extraordinaria, sería el esposo elegido para custodio de la santa y virtuosa niña.

Acudieron de toda la Judea varones fuertes y exclarecidos que, ambicionando la honra de ser el compañero de tan purísima y tierna virgen, se apresuraron á depositar su rama en manos del sacerdote.

Al día siguiente, celebrando en el templo la ceremonia, vieron con sorpresa que la rama del más humilde de aquellos, á quien llamaban José, había florecido.

Ya no quedaba duda; José, el honrado y pobre carpintero de Nazareth, pero

descendiente de Jacob y de David, era el designado por Dios para esposo de María.

El pueblo de Jerusalem, que esperaba impaciente la venida del Mesías, se sintió conmovido ante la noticia de aquel próximo matrimonio, como si el mismo Jesús se anunciara á ellos desde tan benditos instantes.

La vírgen, dejó por fin aquella mansion tranquila donde habia permanecido desde la edad de tres años, consagrada al servicio de las cosas santas, donde se habian escuchado sus dulces y místicos cantares, y en donde, dedicada á las labores y al trabajo, supo fabricar aquella misteriosa tela que le sirviera más tarde para la túnica inconsútil de su adorado hijo.

Comenzaron las acostumbradas y sencillas ceremonias de los esponsales.

Las vírgenes de Sion entonaron himnos de alabanzas al Dios de las grandezas, y las melodías de David resonaron alegres por los ámbitos de aquel pueblo escogido por el Eterno para la sublime obra de la redencion.

María, seguida del pueblo que ensal-

zaba sus virtudes, apareció radiante de candor y de belleza, con su túnica de encendido carmesí como sus labios divinos, envuelta entre los pliegues de su manto azul como la bóveda del cielo, y cubierta la casta frente con un velo más blanco que el armiño, bajo el cual se escondían sus dorados cabellos, como los rayos del sol, entre nubes vaporosas.

Su cándida mirada y el rubor de sus mejillas, que asemejaban á las rosas benditas de Jericó, le daban un aspecto tan celestial y puro, que el pueblo maravillado se arrodilló en su presencia llamándola desde el fondo de su alma la escogida del Señor, la madre por excelencia, la virgen de las vírgenes.

El santo y venerable José, modesto y sencillo como los lirios morados de Alejandria, caminaba á su lado, revelando en sus ojos la más inmensa dicha y en su semblante la pureza de sus sentimientos y las virtudes de su alma.

Llegados ante el gran sacerdote, que revestido con su blanco ropaje, los aguardaba, oyeron humildes, de sus labios, dulces y fervorosas oraciones dirigidas al cielo en aras de su felicidad, y unien-

do sus manos recibieron su bendición divina en nombre del Eterno.

En aquella solemne hora el Espíritu Santo bajó sobre sus cabezas iluminando á los desposados.

Las florecillas más bellas abrieron sus corolas y esparcieron sus delicados perfumes por la tierra; las aves elevaron sus trinos á la altura como anunciando á los ángeles el fausto acontecimiento; los astros lucieron con nuevos y mágicos fulgores y la naturaleza toda pareció conmoverse ante el encanto del augusto y celestial misterio que de aquella union tan pura presentía.

Unidos ya en indisoluble lazo, como la ley de Moisés les imponía, los esposos alzaron su mirada al cielo y elevaron sus plegarias.

En aquel sagrado momento inspirado por Dios el patriarca, dijo á la Virgen:

Tú serás como mi madre y yo te respetaré como al mismo altar de Jehová.

José recibió á María en su modesta morada y la dicha más hermosa reinó en sus corazones.

Ellos vivieron como cariñosos hermanos.

El ángel de la pureza batió sus níveas alas sobre la frente de los desposados y el espíritu divino sembró la dulce paz en aquella mansion santa.

Más tarde, un niño bellísimo y delicado como la esencia de las flores, llenó de inexplicable delicia el alma de aquellos bienaventurados séres.

El misterio de la Encarnacion, anunciado por el ángel, se habia verificado, y el pueblo de Dios, conmovido ante las grandezas del Altísimo, admiró á los castos esposos y les tributó su veneracion y su cariño, porque en ellos miró realizado el principio de la verdad sublime; porque en ellos vió reflejarse la divina luz y resplandecer las virtudes, y porque ante aquella Virgen purísima sintió la dulce esperanza de hallar para sus dolores y desventuras las primicias de su misericordia y el tesoro de sus consuelos.

LA NOTICIA DEL PASTOR

Zagala hechicera,
de rojo vestido,
que vas por el monte
con paso tranquilo;
desciende hácia el valle
torciendo el camino,
y encierra al ganado
allá en el aprisco.

No tardes un punto;
y al pueblo vecino
llegando ligera
darás este aviso:
que todos se apresten,
que ancianos y niños,
doncellas y mozos,
ya pobres ó ricos,
vistiendo sus galas
de seda ó de lino,
se vengan ligeros,
y alegres y listos
se traigan presentes

de dulces y vinos,
de fruta sabrosa,
lo más exquisito;
y algunos corderos
que blancos y vivos,
alegren el campo
con tiernos balidos.
Que vengan, trayendo
sus flautas y pitos,
panderos, hueseras,
zambombas, palillos,
y en coro tocando
con gran regocijo,
que entonen cantares
de amor infinito.

Que vengan, les dices,
á grandes y á chicos,
que sabios y reyes
tambien han venido.
Y plácidos vayan
allí, al portalito,
do luce una estrella
con mágico brillo.
Que allí en un pesebre,
desnudo y dormido,
verán entre pajas
al más bello niño;
¡cuán puro, gracioso,

risueño y tranquilo,
refleja en su cara,
misterio divino!
Llegad y adoradle,
de gozo rendidos,
humildes y tiernos,
que es Dios aquel niño.
Aquel que esperaban
glorioso y bendito,
que viene á salvarnos
clemente y benigno.
No tardes, zagala,
por Dios te lo pido;
y acaso si alguno
dudase del dicho,
dirás al momento
con tono sencillo,
que á varios pastores
un ángel lo dijo.

CÁNTICO
Á LA
AMABILÍSIMA VÍRGEN DE NAZARETH

CORO

De Nazareth Vírgen pura,
que tanto alcanzas de Dios,
por la Iglesia te pedimos
y porque ruegues por nos.

—
Divina Vírgen María
de misteriosa creacion,
á cuyas plantas me inclino
con amorosa efusion.

Escucha el humilde acento
de mi ferviente oracion,
mi pensamiento ilumina
y alienta mi corazon.

CORO

De Nazareth, Vírgen pura, etc.

—
En Nazareth, concebida
por gloria del Hacedor,

pura y limpia del pecado
para Madre del Señor.

Fuiste ¡oh, Virgen! la más bella,
dechado de santo amor,
y como rosa fragante
de nacarado color.

CORO

De Nazareth, Virgen pura, etc.

—

Tú, la niña más hermosa
que á los séres encantó;
tú la más casta doncella
que las almas cautivó.

La Esposa dulce y sencilla,
la Madre que más amó,
y la mujer en la tierra,
que más dolores probó.

CORO

De Nazareth, Virgen pura, etc.

—

Tú eres búcaro de flores
que exhalan divino olor,
tu eres preciado tesoro
de caridad y de amor.

Brillante sol de los cielos
que alumbra con su esplendor,
y estrella de los mortales
que ilumina al pecador.

CORO

De Nazareth, Virgen pura, etc.

—

Tú eres mística paloma
mensajera del Señor,
que trasmites á las almas
el consuelo y el amor.

Tú eres nítida azucena,
tú la esencia del candor,
y tú el puerto de esperanza
y el bálsamo del dolor.

CORO

De Nazareth, Virgen pura, etc.

—

A tí, Señora, llegamos
con ferviente corazon,
pidiendo para tus hijos
tu clemencia y proteccion.

Míranos aquí postrados,
escucha nuestra cancion,
y dános, Virgen María,
tu celestial bendicion.

CORO

De Nazareth, Virgen pura,
que tanto alcanzas de Dios,
por la Iglesia te pedimos
y porque ruegues por nos.

Á STA. TERESA DE JESÚS

Vivo sin vivir en mí
Y tan alta vida espero
Que muero porque no muero.

(STA. TERESA DE JESÚS.)

Así dijo una mujer
Que en dulce contemplacion
Sentía su corazon
En mística llama arder.

Así dijo, y con desvelo
Siguió su espíritu alzando,
La triste vida olvidando
Por la esperanza del cielo.

Rayo de luz purpurina
Sobre su frente brillaba,
Radiante luz que inundaba
Su pecho de fé divina.

Ella sintió aquel amor
Tan puro, tierno, infinito,
Que fué el bálsamo bendito
De su constante dolor.

Ella aspiró la fragancia
De la flor de la pureza,
Que coronó su cabeza
Con celestial arrogancia.

Y hermosa, noble y sentida,
Siguió con paso afanoso
Por el sendero escabroso
Del camino de la vida.

Quiso consagrar á Dios
Su dolorida existencia
Y acrisolar su conciencia
De los martirios en pos.

Quiso sufrir y llorar
Cual pecadora contrita,
Y de la gracia infinita
Después humilde gozar.

Y padecer y morir
Con santo y supremo ardor,
Y en otra esfera mejor
Lograr un día el vivir.

Así en éxtasis divino
Por el Señor inspirada,
Halló la fuerza anhelada
Para seguir su camino.

Sierva de Dios escogida,
Ferviente y sabia doctora,
Mostró por doquier la aurora
De la virtud bendecida.

Y con dulces oraciones
Y con cristianos ejemplos,
Llenó afanosa los templos
De ardorosos corazones.

¡Oh, mujer, santa y grandiosa!
¡Mujer sencilla y sublime,
Que solo tu nombre imprime
La piedad más fervorosa!

Oye mi voz que te aclama
De noble entusiasmo presa;
Ve, cuál de amor, ¡oh, Teresa!
Mi pecho por tí se inflama.

Dáme de tu ciencia pura
Siquiera un débil destello
Y deja en mi frente el sello
De tu esplendor y dulzura.

Dáme de tu santo ardor,
Y préstame, luego, amante,
Virtudes y fé constante
Para adorar al Señor.

EL NIÑO DE DIOS

Mirad entre pajas
á Jesús dormido
como en blando lecho
del vellon más fino.

Miradle abrigado
con sutil vagido,
de su pobre albergue
bajo el techo mísero.

Le mira su Madre
con afán bendito,
cual ofrenda hermosa
de su amor purísimo.

Su rostro es más blanco
que la piel de armiño;
sus mejillas lucen
de color carmíneo.

Coronan su frente
los dorados rizados,
y sus ojos brillan
como el cielo mismo.

Su boca sonríe

como el bien divino,
y el aroma exhala
de su aliento rico.

Se ve circundado
de reflejo vivo,
y se ve en su gracia
misterioso signo.

Dejad, aldeanos,
el hogar tranquilo,
y acudid, pastores,
no temais al frío.

Venid presurosos
al humilde asilo;
¡mas, callad, silencio;
no metais ruido!

¡Que duerma el Infante!
¡acercaos, amigos,
y con fe, de hinojos,
adorad al Niño!

Diciembre 1882.

LA CRUZ DE MAYO

Tapizan las paredes
Tersas y blancas
De una humilde, olorosa
Y alegre sala,
Verde ramaje
De laurel y naranjo
Con azahares.

Un altar primoroso
Blanco y celeste,
Como en valle florido
Copo de nieve,
Claro refleja
Con la luz que derrama
La blanda cera.

Brillan en él los vasos
De cristal fino
Que sostienen do quiera
Ramos benditos.
Y sobre el fondo

Del altar, se levanta
Símbolo hermoso.

Es florida y preciosa
La Cruz de Mayo,
Que mostrando su gracia
Tiende los brazos.
Es la Cruz bella
Coronada de rosas
Y de azucenas.

Otra imagen divina
Hay en un lienzo,
Con el marco de flores
Todo cubierto.
Es una Virgen,
Es la madre amorosa
De los que gimen.

Ante aquel altar puro
Donde se ostenta
Con sus galas preciosas
La primavera;
Donde hay perfumes
Que embriagan el alma
Y al cielo suben;

De rodillas postrados
Rezan fervientes,

Un anciano, unos niños
Y unas mujeres;
Y al cielo elevan
Con sentidos cantares
Sus voces tiernas.

Ellos han adornado
La Cruz que adoran,
Y á la Virgen ofrecen
Místicas rosas.

Ellos, gozosos,
Las primicias celebran
De Mayo hermoso.

Bendecido el aroma
Que dan las flores;
De natura benditos
Los altos dones.
Bendita gracia
Y la pròdiga mano
Que la derrama.

Deja, Virgen María,
Que en ese cuadro
Te coloque la ofrenda
De un pobre ramo.
¡Oh Cruz sagrada!
¡Toma tambien mis flores
Más perfumadas!

EL GLORIOSO TÍTULO DE NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN

Cármén, que significa jardín precioso, tiene su origen entre las floridas campiñas de Nazareth y los labios perfumados de una niña más pura y bella que la aurora de los cielos.

María, la hija de Joaquin y Ana, siendo de pocos años, poseía á espaldas de su casita, que como paloma en el nido, se asentaba sobre la fresca verdura de un delicioso prado, un pequeño jardín, que ella cuidadosamente habia plantado y que regaba y componia con la solitud de una tierna madre que cuida de la salud de sus hijos y que se afana por su crecimiento y hermosura.

Bien pronto aquellas pequeñas plantas se elevaron, extendieron sus profusas y delicadas ramas, y multiplicándose por el terreno, se vió aquello conver-

tido en un jardín tan grande y primoroso que fué el encanto de las doncellas del pueblo.

Y no era extraño que la hermosa niña viera así compensados sus afanes, porque Dios, que para un misterioso y sublime fin la había creado, poniendo en ella todas las perfecciones de la tierra y del cielo, permitió que las florecillas la imitaran en belleza, y que fuera fecundo, consolador y ameno, cuanto su mano sembrara.

Por eso, crecieron con tal vida y galanura, y por eso no había en toda la Judea, jardín que se le semejara en lozanía.

María era allí como el espejo que retrata los hechizos.

La rosa, copiaba el purísimo color de sus mejillas; la azucena, la tersa blancura de su frente; el clavel, lo rojo de sus labios; el nardo y los jazmines, el perfume de su boca; la violeta, su candorosa modestia; el lirio, la esbeltez y gallardía de su talle; el rocío que refrescaba los pétalos entreabiertos, las lágrimas que vertían sus ojos en beneficio del triste.

Todo era allí bello, dulcísimo y admirable.

Las jóvenes de Nazareth iban al jardín de María por su corona de desposada, porque con sus flores aparecían más hermosas.

Las vírgenes que se consagraban al Señor, recogían de allí la esencia para sus altares.

Los pobres llegaban por aspirar la riqueza de sus perfumes y recibir entre aromas las dádivas de la tierna niña.

Los desgraciados hallaban el consuelo en el recreo de aquel eden y en las dulces miradas de la Virgen.

Los enfermos, encontraban el alivio de sus dolores en las plantas medicinales que ella cariñosa les prodigaba.

María era bendecida y admirada por todos, y hasta desde el último confín del Asia, iban á buscar sus flores maravillosas.

Un día, unos pobres náufragos del golfo de Siam, luchando con los horrores de la muerte, levantaron fervorosos su espíritu al Señor, y se salvaron del peligro. Hicieron entonces votos piadosísimos de caridad y penitencia, y aun-

(que enfermos y estenuados por la fatiga, emprendieron el camino hácia la parte central del Asia, porque una voz, dulce como las melodías de David, les habia dicho: «Id al Cármén de María, la Virgen de Nazareth,» -y ellos, ansiosos de cumplir la órden, siguieron y siguieron y sin que la sed, el hambre ni los dolores les detuvieran, atravesaron bosques, ciudades y desiertos, hasta llegar á Galilea y á la hermosa ciudad aquella, que, como templo de una Virgen, se levantaba alegre y resplandeciente sobre una fértil montaña.

María los vió llegar medio desnudos, abatidos por el cansancio y las vigiliás, y dándoles asilo bajo la fresca sombra de los pámpanos y madre selva, curó sus heridas con el bálsamo de sus flores, animó sus desfallecidas fuerzas con sabrosos alimentos y cubrió sus desnudas carnes con hábitos de lana burda.

Los náufragos, asombrados de tanta caridad, rindieron gracias al Altísimo, besaron de rodillas la túnica de aquella niña que habia sido para ellos el consuelo, y se alejaron admirados de aquel frondoso Cármén, donde habian sentido

los misteriosos efluvios de una dulcísima y celestial esperanza.

Poco tiempo despues, en un monte de la Palestina, situado al mediodía, cerca de Hebron, y conocido por el Monte Carmelo, en razon de su feraz y delicioso terreno, el profeta San Elías fundaba con unos humildes ermitaños, la Orden de los Padres del Cármén, para gloria de Dios y amparo de los desvalidos: siendo la regla impuesta luégo por San Alberto, patriarca de Jerusalem, observada con tal rigidez y exactitud, que fueron modelos de perfeccion y virtudes.

La Orden de los Carmelitas se extendió por todas partes como la buena semilla que fecundiza los campos; y la Virgen purísima, aquella preciosa y delicada niña que fué reina del Cármén, en la tierra, los protegió desde el cielo, derramando sobre ellos los dones de su misericordia y los perfumes de su gracia.

La Virgen Santísima del Cármén, es el búcaro de flores que exhala más bello aroma.

Los huérfanos la buscan, los desgraciados la aclaman, el náufrago la

invoca, y Ella, la Madre del Salvador, desde el Carmelo divino, arroja sobre todos su Santo Escapulario.

¡Virgen María! ¡desde el fondo de mi alma que te adora, yo te saludo, bajo el dulce nombre del Cármén!

INVOCACION
Á SANTA TERESA DE JESÚS

CORO

¡Oh, dulce Santa Teresa!
con fervorosa cancion,
las Hijas de Nazareth
invocan tu proteccion.

Hermosa, pura y bendita
como la aurora naciente,
como el astro refulgente,
que alumbra la inmensidad.

Estrella que al mundo vino
cual faro de la esperanza,
que refleja la bonanza
de la fé y la caridad.

CORO

¡Oh, dulce Santa Teresa! etc.

El cielo te dió un tesoro
de sentimiento y pureza,

y en su infinita grandeza
de luz coronó tu sien.

Y tú que del bien naciste
por el Señor escogida,
tan solo quisiste vida
para emplearla en el bien.

CORO

¡Oh, dulce Santa Teresa! etc.

—

Tú que ansiosa del martirio
con que sufrían los santos,
ofreciendo tus quebrantos
al que murió en una cruz,

Caminaste por el mundo
penitente, humilde y santa,
sembrando tras de tu planta
la religion y la luz.

CORO

¡Oh, dulce Santa Teresa! etc.

—

Celestes apariciones
te mostraban el camino,
cuando en éxtasis divino
quedabas con dulce amor,

Y en misterioso ardimiento
sumida en tus oraciones,
con grandes revelaciones,
te iluminaba el Señor.

CORO

¡Oh, dulce Santa Teresa! etc.

—

Cual símbolo verdadero
de aquel afán insaciable,
de tu fervor admirable
y tu ternura sin fin,

Fué aquella profunda herida
que traspasando tu pecho,
dejólo, en amor deshecho,
el dardo de un serafín.

CORO

¡Oh, dulce Santa Teresa! etc.

—

Por tu bondad infinita,
por aquella fé grandiosa
que á tu alma generosa
daba fuerzas y quietud,

Infunde en los corazones
el germen del bien divino,
señalando al peregrino
la senda de la virtud.

CORO

¡Oh, dulce Santa Teresa! etc.

—

Alienta nuestra esperanza
con el amor de los cielos,
infúndenos tus desvelos

y tu afan de padecer.

Haz que del fuego sagrado
donde tu pecho se inflama,
sintamos tambien la llama
en nuestro espíritu arder.

CORO

¡Oh, dulce Santa Teresa! etc.

Dános valor y firmeza
en la triste desventura,
consuela nuestra amargura
y alivia nuestro dolor.

Y danos la confianza
de que tras tanta agonía,
consigamos algun dia
la gracia del Salvador.

CORO

¡Oh, dulce Santa Teresa! etc.

¡Oh, bendita fundadora!
¡sábía, pura, grande y fuerte!
el rico tesoro vierte
de tu celeste piedad.

Intercede por nosotras
pues que Madre te llamamos,
y en el poder confiamos
de tu inmensa Caridad.

CORO

¡Oh, dulce Santa Teresa!
con fervorosa canción,
las Hijas de Nazareth
invocan tu protección.

LAS INQUIETUDES DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN

— ANTES DE LA PASION —

Cubrió la palidez su nívea frente,
Sus mejillas de llanto se tiñeron
Y un agudo pesar, terrible y hondo,
Sintió triste en su pecho.

El Hijo celestial, su Bien querido,
Penitente de amor, sin culpa siendo,
Á sufrir el ayuno y el insomnio
Marchaba hácia el desierto.

La doctrina del Padre predicando
Por el mundo siguió, sabio Maestro,
Con su santa palabra corazones
Ganando para el Cielo.

Mas la Madre bendita, en su ternura,
El horrible martirio presintiendo,
Intranquila quedó, que eran muy grandes
Su amor y su desvelo.

Dolorosa verdad la que sentia
Maternal inquietud, crudo tormento,
¡Ay! ¡que no en vano sus divinos ojos
Las lágrimas vertieron!

—
¡Ay! ¡que más tarde traspasada el alma
Y loca de dolor, á su Hijo tierno
Enclavado en la Cruz y moribundo
Miraba sin consuelo!

Á LA MUERTE DE JESÚS

¡Salém! ¡Salém, bendita!
¿Por qué miro á tus hijos entregados
A la atroz algazara en que se agita
Tu pueblo sin temor? ¡Por qué impulsados
Por sus propios deseos,
Corriendo así en tropel, y confundidos,
Gritando, se dirigen al Calvario?
¿Qué dicen á una voz, enfurecidos?
Pero ya los escucho;
¡Crucificadle! sí, ¡crucificadle!
Repiten sin cesar los foragidos.
Ah! es un reo de muerte que es llevado
Al lugar donde van los malhechores,
Por sus viles verdugos empujado,
Haciéndole sufrir grandes dolores.

Sosteniendo la cruz sobre sus hombros
Fatigado camina
Y hácia la tierra inclina
Su lánguida cabeza;

Y el sudor de su frente derramando,
El áspero camino va regando.

¿Quién es, pues, ese hombre? ¿Qué delitos
Ha cometido, cuando así lo infaman?

¡El es Jesús! á gritos

Dicen todos, y exclaman:

¡Debe morir, muy presto!

¡Que es Rey de los judíos, asegura,

Y corona de espinas le hemos puesto,

Y vamos á ofrecerle por su suerte

La cruz en el Calvario;

Es blasfemo y falsario,

Y es digno del castigo y de la muerte!

—

Y aumentando el tumulto,

Estrechan á Jesús y lo fatigan,

Y escupen á su rostro;

Y á más de tal insulto,

Lo empujan, lo atormentan y lo obligan.

¡Y aún sigue con el leño tan pesado

Su cuerpo resentido y lacerado!

—

Tan sólo unas mujeres

Se conduelen piadosas, y transidas

Lloran por el dolor enternecidas.

Ah! sí, llorad, llorad! los ojos fijos

En ellas, con amor Jesús les dice:

¡Por vosotras, llorad, por vuestros hijos!

No es el justo, en verdad, quien necesita
Consuelos y cuidados,
Sino el mortal, cuya conciencia grita
Con la voz del temor por sus pecados.

¡Pero ved! ¡ya ha llegado
A la cumbre del Gólgota! ya en ella,
Derriban de sus hombros doloridos
La enorme carga de la cruz aquella.
Le arrancan de su cuerpo los vestidos
Sus carnes desgarrando,
Y abriendo más heridas
Sus llagas otra vez van renovando.
¡Con bárbara crueldad y encono fiero
Taladran los deicidas
Sus manos y sus piés en el madero!
¡De sus venas la sangre á borbotones
Corriendo está! ya en alto lo levantan,
Y entre los dos ladrones
Lo elevan para colmo de ignominia,
Y con gritos que espantan,
El pueblo entero acude hácia el Calvario
¡Para ver á aquel hombre extraordinario!

Oh, Jesús Poderoso!
Al padre celestial en holocausto
Por el mundo te ofreces generoso,
Y en tanto tus verdugos

Inícuos te escarnecen,
É hiriéndote prorumpen
En horribles blasfemias que estremecen.

Señor!... Señor... perdónalos, exclama
El Hombre-Dios, con suplicante acento,
Y una mirada de piedad derrama
Ya faltándole vida, y sin aliento
Al Padre Eterno llama,
Y en sus manos su espíritu entregando
Un suspiro, Jesús, lanzó espirando!

¡Murió Jesús! y al punto aparecieron
Señales de quien era.
¡Cielo y tierra á la vez se conmovieron;
El sol desapareció de la alta esfera,
Y el mundo oscurecieron
Tinieblas espantosas!
Los muertos se estremecen en sus tumbas
Y salen de las fosas.
Y el Orbe con terror ha comprendido
Que un crimen sin igual se ha cometido!
Su culpa conociendo
El pueblo pecador, y arrepentido,
Llora desconsolado;
Y ¡era el Hijo de Dios! dice cayendo
De rodillas postrado.
Y ¡era el Hijo de Dios! repite el monte

Por el eco doquiera acompañado.
Y exclama todo el mundo:
Es el Hijo de Dios, y era inocente!
Ha muerto por nosotros enclavado!
Perdon, perdon, Dios mío!
Tú eres justo, Señor, yo delincuente:
Conozco tu grandeza y poderío!

RESURRECCION

La escena sublime de redencion ya era pasada.

El sacrificio se hallaba consumado y un pueblo cruel y descreido lloraba ya con miedo por su culpa.

Un noble sacerdote, José de Arimathea, habia querido rendir un tributo de amor á su Maestro, y ayudado por el piadoso Nicodemus, trasladaron el sagrado cuerpo al sepulcro de su familia, que aún estaba sin estrenar.

Embalsamado, cubierto con lienzo de blanco hilo y envuelto entre delicados aromas, donde la mirra y el aloe perfumaban, Jesús quedó guardado bajo la pesada piedra con que cerraron el sepulcro. Los enemigos le habian rodeado de guardias, temerosos aún de algo inexplicable y como presintiendo

la suprema verdad del poder de Jesucristo.

Unas benditas mujeres que al pié de la Cruz habian llorado la muerte del Dios-Hombre, llenas de santo amor y queriendo dedicarle las últimas ofrendas de su ternura, tomaron el bálsamo oloroso y el aromático aceite y presurosas, ántes de que llegara el día, se dirigieron al sitio donde estaba sepultado. María Magdalena, María Salomé y María la madre de José y de Santiago, eran aquellas santas criaturas que, sin temor al enemigo, se encaminaban en medio de la noche por los campos, hacia la gruta bendecida.

Una extraña conmocion que sintieron bajo sus plantas, un raro estremecimiento de la tierra y un espantoso ruido, les hizo comprender que algo grande y misterioso sucedia, y aligerando su paso, corrieron y corrieron, atravesando aquel monte que habia sido testigo de la más afrentosa escena y de la más grandiosa de las obras.

Llegaron por fin á la entrada de la abierta roca donde se hallaba el sepulcro. Pero una luz muy viva se divi-

saba en el fondo; la losa estaba levantada, la sepultura vacía y ni un solo soldado de los que guardaban el cuerpo del Señor, se hallaba en aquel recinto.

Temblorosas y enmudecidas de asombro quedaron aquellas sencillas mujeres; mas de improviso, un hermoso joven vestido de blancas gasas, y de mirada resplandeciente como la luz divina se le acercó, y les dijo:

No temais; yo sé que buscáis á Jesús que ha sido crucificado; no está aquí, porque ha resucitado ya según lo tenía prometido. Venid, y ved el paraje donde habia sido colocado el Señor. Ahora, id corriendo á decir á sus discípulos y á Pedro que ha resucitado y que vá á Galilea delante de ellos; allí, pues, le encontrareis. Y así diciendo, desapareció por el espacio sobre una celeste nube que se elevó hasta los cielos.

Maravilladas aquéllas con la aparición divina, volvieron hácia el pueblo y buscando á los discípulos les refirieron lo que habian visto y escuchado.

Pedro y Juan, siguiéndolas, corrieron hácia el sitio del sepulcro; pero al ha-

llarlo vacío, al ver la realidad por sus propios ojos, quedaron consternados y se volvieron entristecidos.

Pero Magdalena, que tanto amaba al Señor, no se atrevió á separarse de aquel lugar. Juzgando que lo habrían robado, se propuso con fe ardorosa buscar por todas partes hasta encontrar el sagrado cuerpo.

Oscurecidos sus ojos por las lágrimas se fijaron de nuevo en el sepulcro y pudo ver en él dos ángeles que rendidos alzaban su hermoso rostro como adorando á un sér supremo. Volvió entonces la vista y vió con sorpresa á un hombre que, preguntando la causa de su llanto y dirigiéndole dulcísimos consuelos, le habló con una ternura inexplicable.

Aquel era Jesús; Magdalena tuvo la dicha de reconocerlo y cayó postrada á sus piés, deshecha en lágrimas de ventura.

Las otras mujeres pudieron verle despues por el camino.

Aquella misma tarde, la hermosa figura del Señor se apareció á dos de sus discípulos. Pedro, como elegido cabeza

de la Iglesia, fué favorecido en particular con la presencia de su Maestro. Y, por último, todos sus discípulos le vieron, cumpliéndose de este modo cuanto les tenía predicho.

Jesús habia resucitado al tercer dia, permaneciendo todo aquel tiempo en el sepulcro, para que no se dudara de la veracidad de su muerte.

Pero su espíritu divino y su santísimo cuerpo volvieron á unirse en vida, y apareció á la vista de sus sorprendidos hijos, tal como habia sido ántes de su prision; pero lleno de gloria y de sobrehumana hermosura.

Jesús habia resucitado sin mover la enorme piedra que le cubria. Los terribles soldados que velaban su cuerpo, huyeron despavoridos. Un espíritu celeste produjo un grande terremoto, y separó la losa con sus manos, para que se viera aquel lugar vacío.

Un coro de ángeles adoró entonces al Salvador.

Las virtuosas mujeres le bendijeron rendidas, y los apóstoles le miraron con admiracion y cariño; no cabia duda, su adorado Maestro era el mismo Dios.

Su Madre santísima, iniciada en el misterio grandioso, sintió una inefable dicha al ver á su amado Hijo cubierto de inmensa gloria.

Jesús habia resucitado.

El Hombre-Dios redimió con su sangre á los pecadores, colmó de gracia á los buenos, hizo ver claro su divinidad y su poder infinito, y despues de haber enseñado á los hombres el camino derecho de su gloria, se fué á descansar al seno de su Eterno Padre.

La ascension del Señor se verificó poco despues. Sobre nubes de rosa y nácar fué subiendo hasta los cielos.

¡Gloria á Dios en las alturas! se escuchó una voz dulcísima que se extendió por el Orbe.

¡Gloria á Dios en las alturas! cantaron los ángeles en coro.

Y el mundo repitiendo ¡Gloria á Dios en las alturas! hundió la frente en el polvo, alzó su espíritu ardiente, y con el alma contrita adoró á su Redentor.

GLORIA IN EXCELSIS DEO

Más alegre y más hermoso,
Vertiendo su ardiente riego,
Con su corona de fuego
Luce el astro luminoso;
Bajo su manto ardoroso
Se reaniman las criaturas;
Y un coro de voces puras
Al Poderoso alabando,
Se escucha doquier cantando:
¡Gloria á Dios en las alturas!

Más azul se muestra el cielo,
Más verde la rica alfombra,
Con más frescura la sombra
Y aún más claro el arroyuelo,
Doquiera vierte el consuelo
Sus celestiales dulzuras;
Pasaron las amarguras,
Y de un pueblo que bendice,
Se escucha el eco que dice:
¡Gloria á Dios en las alturas!

Se cubre el suelo de flores
Con perfumada ambrosía,
Que al áura su beso envía,
Y los alados cantores
Entonan de sus amores
Las infinitas ternuras,
Al par que las voces puras
De los ángeles en coro,
Repiten con arpas de oro:
¡Gloria á Dios en las alturas!

Las vírgenes de Sion
Visten sus preciosas galas,
Y elevan el alma en alas
De su ferviente oracion.
Renace la inspiracion,
Surge la fe en las criaturas;
Y en pos de sus desventuras,
De sus males y quebrantos,
Exclaman con dulces cantos:
¡Gloria á Dios en las alturas!

Venid, ángeles hermosos;
Venid, mujeres y ancianos,
Y tejed con vestras manos
Ramilletes primorosos;
Con perfumes deliciosos

Celebrad vuestras venturas;
Dichas, esperad, seguras,
Con virtud y con clemencia,
Y entonad con reverencia:
¡Gloria á Dios en las alturas!

¡Jesús ha resucitado!
El verdadero Mesías,
Cumpliendo las profecías,
De nuevo se ha presentado.
Un ángel ha levantado
La losa, con manos duras,
Y alzando las alas puras
Se eleva gozoso al cielo,
Cantando en su alegre vuelo:
¡Gloria á Dios en las alturas!

El crimen se ha conocido;
Se siente el terrible daño,
Y un pueblo llora su engaño
Quedando Satán vencido.
Ya es el pecho endurecido
Rica fuente de ternuras;
Ya con grandes amarguras
La culpa se redimió,
Y el hombre con fe gritó:
¡Gloria á Dios en las alturas!

Dijo el Señor: os perdono;
Y entre nubes de topacio
Subiendo por el espacio
Se elevó al excelso trono.
Con célico y tierno tono
Resuenan las voces puras,
Y sus inmensas dulzuras
El mundo doquier sintiendo,
Queda siempre repitiendo:
¡Gloria á Dios en las alturas!

SECUNDA PARTE

LECTURA MORAL

LA LECCION

(MORALEJA)

—¿Tú sabes por qué afanosas
Y cargadas con un trigo
Se esconden esas hormigas
En aquel agujerito? —
Sobre la tierra inclinada
Al pie de un espeso olivo,
Mirando atenta y curiosa,
Preguntó la niña al niño.
—Mira, mira cómo acuden, —
Siguió con acento vivo, —
A recoger las migajas
Del pan que comemos; digo,
Pues ¿y aquéllas? mira, hermano,
Quieren hácia el hueco mismo
Conducir una aceituna
Que del árbol se ha caído;
Pero inútil, que no pueden;
¿Te parece, hermano mío,

Que le ayudemos?

—Nó, tonta,

Déjalas, — aquél le dijo, —

Deja, que estarán jugando,

Con eso nos divertimos.

— ¡Ay! ¡pobrecita! allí arrastran

Entre un número crecido

De hormiguitas, á una muerta;

¡Yo no sé por qué, ¡Dios mio!

Me da lástima! ¡Son todas

Tan pequeñas! ¿ves, Juanito?

—Es verdad, pero ¡qué risa!

¡Parece un entierro chico!

Vamos á coger la muerta

Y á ponerla en otro sitio

A ver entónces qué hacen, —

Prosiguió el travieso niño, —

Y si á llevársela vuelven

Las matamos en castigo;

¿Para qué son las hormigas?

— ¡Detente! — con hondo grito

Que sorprendió á los muchachos,

Se oyó en el instante mismo.

Era la voz de su madre,

Que el diálogo habia oido,

Y con expresion severa,

Siguió diciendo: — Es indigno

De corazones cristianos

El mal que, favorecido
Por la fuerza, hacer querías
Con esos animalitos.
Dios manda que al débil siempre
Se favorezca y dé auxilio,
Y todo lo que ha criado
Es con algún fin bendito.
Así, pues, pobre inexperto,
Verás, un momento fijo,
Tú que á jugar sólo atiendes,
Abandonando los libros,
Cómo en esas hormiguitas,
Que inútiles has creído,
De aplicacion y virtudes
Hallas un ejemplo vivo.
Aquéllas, que grano y migas
Conducen al huequecito,
Es que guardan en verano
El alimento preciso
Para vivir en los meses
De las lluvias y los frios.
Así enseñan que seamos
Prudentes y precavidos
Para evitar lo posible
Las angustias del destino
Y los males de los tiempos.
Esas otras, mi Juanito,
Que en vano rodar intentan

Ese fruto desprendido
Del árbol que nos da sombra,
Modelo son, expresivo,
De la constancia al trabajo
Sin temor á lo infinito
De su rudeza y altura
Ni al escabroso camino.
Y las que allí conduciendo
Van el cadáver querido
De una pobre compañera,
Esas, ejemplo divino
Dan de la virtud más pura,
La caridad, hijos míos,
Pues que librar á la hormiga
Pretenden, por tierno instinto,
De la pisada del hombre
Y de otros graves peligros.
Tú, María, más sensible
Sin duda que tu hermanito,
Tuviste piedad y el cielo
Premiará con beneficios
Tu compasion santa y noble.
Mas tú, Juan, que irreflexivo
Fuiste menos bondadoso,
Pide á Dios, arrepentido,
Que te perdone, y aprende
De esos seres pequeñitos,
La leccion bella y sublime

Que dan á los malos niños. —
Calló la madre piadosa,
Y llorando enternecidos
Los jóvenes le ofrecieron
Ser buenos y compasivos,
Desde entónces, el muchacho
Fué tan estudioso y digno
Y amó tanto á las hormigas,
Que despues, si en su camino
Se encontraba un hormiguero,
Recordando con cariño
Las palabras de su madre,
Presuroso y conmovido,
Arrojaba á los insectos
Las migas de su bolsillo,
Y exclamaba con terneza:
¡Vuestra leccion nunca olvido,
Grande es vuestro ejemplo, amigas
Pasad, pasad, yo os bendigo!

CUENTO

LA PASTORA Y LA OVEJA

Era vez de una pastora
Sencilla, inocente y bella,
Pero ruda, atolondrada,
Graciosa, alegre y risueña.
Todos los días al monte
En busca de verde yerba
Trepaba con su rebaño
Por entre riscos y breñas,
Y por la tarde bajaba
Entonando cantilenas
Hacia el redil donde siempre
Guardaba sus ovejuelas.
Entre aquellos corderitos,
Que la amaban con terneza,
Uno bellísimo, blanco,
Más que la nevada sierra,
Era el predilecto amigo
De la pastora hechicera
Que dulce le prodigaba
Por su blancura y belleza

Su pan más gustoso y blando,
Y sus caricias más tiernas.
Un día, corriendo alegre,
La niña por larga senda,
Se alejó de su manada,
Y al volver á recojerla
Se encontró con amargura
Que le faltaba la oveja
Más hermosa y más querida;
Sintiendo profunda pena
La buscó llorosa y triste,
Hasta que al fin lisonjera,
Después de correr ansiosa
Toda la campiña aquella,
La vió junto de una zarza
Ya moribunda y sin fuerzas;
Pues por correr tras la niña
Se encontró perdida y presa,
Entre las garras feroces
De una carnívora fiera.
La zagala, entre sus brazos
Llevó al animal y tierna
Besándola con cariño
La cuidó de tal manera
Y le curó las heridas,
Que al fin logró verla buena.
Pasó el tiempo y una tarde
En que volviéndose aquélla

De su imprudente descuido,
Corrió aturdida y contenta
Hacia la cima de un monte
Sin pensar en sus ovejas,
Cayó de pronto rodando
Por un corte de la sierra
Despeñándose hasta el fondo
Donde quedó casi muerta.
Pasadas algunas horas
Sintió correr por sus venas
La muchacha, nueva vida
Y volver á la existencia.
Abrió los ojos al cabo,
Y entre confusa y risueña
Vió junto á sí á la ovejita
Curándola con su lengua.
La jóven dándole gracias
La besó, y cobrando fuerzas,
Subió trabajosamente
Con su amiga por las peñas;
Y recogiendo el ganado,
Castigada su imprudencia,
Juró ser en adelante
Más cuidadosa y atenta
Con sus pobres corderitos
Y con su fiel compañera.

LA CARIDAD

¡Pobres niños! su orfandad
Les ha obligado á los dos,
Con grande necesidad,
A pedir por caridad
Una limosna por Dios!

¡Tan niños y á la indigencia
Les impulsó ya el destino:
Y á mendigar la clemencia,
Buscando su subsistencia
Por tan mísero camino!

¡Miradlos! ¡tendiendo van
Sus manecitas pequeñas!
¡Piden un poco de pan,
Y llevan el que les dan
A sus boquitas risueñas!

No conocen todavía
Sus males, é indiferentes
Pasan uno y otro día,
Y á veces con alegría
Caminan los inocentes.

De noche en el duro suelo
Se les puede ver tendidos
Junto á una iglesia, y dormidos;
Por el amparo del cielo
Tan solo favorecidos.

¡Qué destino les aguarda!
Y, sin embargo, risueños,
Disfrutan dulces ensueños,
Porque el ángel de la Guarda
Vela con amor sus sueños.

¿No habrá en el mundo algún sér,
Con sentimientos piadosos,
Que se llegue á conmover,
Al verlos ya padecer
Tan pequeñitos y hermosos?

¿Será posible, Dios mio?
¿No habrá quien les dé consuelo?
¿Quien los levante del suelo
Y los preserve del frío
Con cariñoso desvelo?

Pero ved; aún con dulzura
Sus cabecitas doradas
Permanecen con ternura
Una en otra reclinadas,
Durmiendo con dicha pura:

Cuando una mujer hermosa,
Y humilde cual la violeta,
Sale del templo piadosa,

Y queda ante el grupo quieta
Con atraccion poderosa;

Y enternecida, en verdad,
—¡Pobrecitos!—dice,—¡ay Dios!

¡Niños míos! ¡despertad!

¿Quién así os dejó á los dos
Sin compasion ni piedad?

¿Sois hermanos?

—Si señora.

—¡Qué hermosos! ¿De quién serán?

¿Por qué tu hermanito llora

Y tiemblas tambien tu ahora?

—Tengo frio!

—¡Quiero pan!

—¡Teneis poca ropa ¡oh!

¡Santo Dios yo os daré abrigo—

Mas conmovida exclamó:

—Decid, quiénes sois.

—Mendigos.

—¿Y no teneis padres?

—Nó.

—¡Desgraciados! Hoy el cielo

Los pone bajo mi amparo;

Yo debo darles consuelo

Venid, ya acabó en el suelo

Vuestro horrible desamparo.

Venid, niños.—Y entre tanto

Que enjugaba dulcemente

Las lágrimas de su llanto,
Se abría su propio manto
Para cubrirlos clemente.

— ¡Hermanito! ¿ves? ahora
No te drás frío, ¿verdad?

— ¡Qué buena es esta señora!
¡Ay, querida bienhechora!
¿Quién eres?

— ¡La caridad!

LA MADRE DE CARIDAD

Miradla; bajo su blanca y recatada toca resaltan las líneas fuertes y vigorosas de su rostro, oscurecido por los rigores de la intemperie y del sufrimiento, pero iluminado por esa expresión de infinita dulzura que imprime un alma pura y misericordiosa.

Los pliegues ondulantes de su vestido negro, caen hasta la punta de sus pies, que, ocultos en grosero calzado, caminan con ligereza, sin detenerles un momento la fatiga ni el cansancio.

De su descuidada cintura penden engarzados en el metal más pobre, las cuentas de su bendito rosario con el símbolo de la santa cruz.

Y entre el anchuroso manto que la encubre, del color de la noche, se miran sus manos endurecidas por el trabajo, siempre dispuestas á socorrer al desva-

lido y á servir de generoso alivio á la humanidad doliente.

Sus ojos tienen el brillo de la virtud y la enérgica mirada del valor y la inteligencia.

Su boca dirige una sonrisa de marcada indiferencia hácia los goces del mundo.

Los encantos de la tierra no tienen atractivos para ella, su única esperanza de ventura, su única dicha está en el cielo.

Cuantos pasan por su lado se apartan respetuosos y no osarian jamás proferir en su oído la más ligera palabra que la causara rubor. Su sola presencia en cualquier sitio es bastante para infundir veneración hasta en los corazones más depravados.

Ella es la prueba más clara de la misericordia divina, de la verdad celestial y del amor supremo.

Vedla: con paso presuroso camina silenciosa.

¿A dónde se dirige?

Todos lo saben: nadie se atrevería á pensar lo contrario. La maledicencia no ha podido clavar aún su dardo emponzoñado en el círculo purísimo de su nombre.

La desdichada suerte de un sér que sufre en el lecho del dolor, es lo que la impulsa á continuar en su ligera marcha.

Allí, donde la desventura posó sus cenicientas alas, donde un cuerpo se agita convulsivo, bajo la fuerte presión de sus horribles padecimientos, donde las amarguras del alma llenan el cáliz de abundosas lágrimas, y en donde la mano amarillenta de la muerte corta con su segur implacable el hilo de una existencia; allí, acude esa mujer bendita con dulce solicitud, para prestar sus cariñosos cuidados, para lavar sin repugnancia las úlceras que laceran el cuerpo de algunos séres, para elevar sus preces al cielo, cuando el espíritu humano se escapa de la frágil materia que lo envuelve, para cerrar los ojos del moribundo y para ungir, con el bálsamo divino de sus consuelos, el pecho dolorido de la infortunada criatura que llora su orfandad sobre la tierra.

Esa mujer de corazón sublime, que olvida los dolores propios por evitar los ajenos, que vive sin descanso, sin goces y sin familia, que se halla dotada de un exquisito sentimiento y de un organismo y

cualidades nada comunes, pasa por el mundo indiferente y tranquila porque lleva en su corazón la calma de los bienaventurados, porque su conciencia es pura como la luz de la aurora, y porque la fe, esa dulcísima panacea que cicatriza las heridas del alma, que da fuerza al espíritu y vigor al cuerpo, es la más poderosa palanca que sostiene su pecho.

Ella es la que permanece noche y día junto al lecho del leproso con una fuerza de voluntad suprema; la que cuida del decrepito anciano con bondadosa ternura; la que adormece en su casto seno y cubre de maternales caricias al niño, por una mano cruel abandonado; la que, sin miedo por su vida, se la ve atravesar por los campos de batalla, entre las sombras de la noche ó entre el fuego del combate, como el ángel purísimo del consuelo, socorriendo á los heridos y rezando arrodillada junto á los muertos.

Ella es la elegida por Dios, para comunicar en la tierra sus dulzuras, para calmar los pesares y ser un ejemplo vivo de celestiales virtudes y de infinitas grandezas.

Su mision es noble y santa, y ella la cumple con humildad evangélica.

Y no desmaya un instante, porque la alienta la fe divina.

Y no sufre tortura, porque espera confiada en que la Santa Misericordia la acogerá en su seno.

Y sigue, y sigue siempre adelante en su camino.

Pero no va sola.

Sobre su cabeza, el Espíritu Santo tiende las purísimas alas, y á sus piés, un mundo de criaturas le rinde veneracion.

Y se ven ojos que lloran de agradecimiento, lábios que besan afanosos el borde de su vestido, pechos que laten conmovidos al escuchar el eco dulcísimo de sus palabras, y manos que sin cesar la bendicen, porque ella es madre de todos, y todos la adoran como hijos, porque su nombre es puro y armonioso como el preludio de un arpa, y bello como la sonrisa de los ángeles.

¡Caridad, bendita caridad!

El desgraciado te busca, porque cifra en tu apoyo su esperanza.

El pecador te desea, porque puedes

atenuar sus culpas y porque puedes dirigirlo hácia la salvacion de su alma.

Tú eres el rayo de luz entre las nieblas de la vida.

Tú eres el iris de paz y de bonanza para el infatigable viajero.

El lábaro divino que guia los corazones por el camino de la gloria.

Bajo la forma de una mujer grandiosa, sublime perfeccion de la misericordia del cielo, yo te saludo.

¡Madre de Caridad! ¡Bendita seas!

BENDITO EL QUE HACE BIEN

De alguna Santa ermita
El sabio penitente,
Vestido pobremente
Con mísero sayal,
Por áspera colina
Las tardes de verano,
Bajaba el buen anciano
Al prado vecinal.

Y allí bajo de un árbol
Su cuerpo respetable,
La frente venerable
Cubierta de sudor,
Sentado descansaba,
Y al punto con cariño
Llamaba á un pobre niño
De ovejas guardador.

Entónces con su mano
La cruz divina haciendo,
Al cielo dirigiendo

La vista sin cesar,
Al niño arrodillado,
Ferviente bendecía,
Y luégo que le hacía
Las gracias á Dios dar;

Abriendo su breviario
El noble religioso,
Risueño y cariñoso
Con dulce devocion,
Al niño iba enseñando
Las máximas divinas,
Mostrando en sus doctrinas
La Santa Religion.

El pobre pastorcito
Que tanto se admiraba,
Ansioso los escuchaba
Con místico placer.

Y aquella inteligencia
Al mundo despertando,
El sabio fué alumbrando
Con todo su saber.

Así aquellos dos séres
Tiernísimos se amaban,
Y, uniéndose, formaban
Contraste encantador

Los rizos del infante
Dorados y tan bellos,
De nieve los cabellos
Del viejo preceptor.

La luz era el anciano
De fuego que se apaga,
La tarde triste y vaga
Que empieza á declinar.

El niño era la aurora
Que nace sonriente,
El sol resplandeciente
Que luégo ha de brillar.

Los dos en mucho tiempo
Con santa consecuencia,
Prestando el uno ciencia,
Y el otro su atencion,
Siguieron, sus virtudes
El viejo practicando,
Y siempre iluminando
Del niño la razon.

Los años trascurrieron;
Mas vióse una mañana
De aquellas que engalana
Con flores el Abril,

Subir por la colina
A un hombre conmovido;
De porte distinguido,
De rostro juvenil.

La llama del ingenio
Ornaba su cabeza,
Su frente la nobleza,
Su pecho la emocion.

Y el fuego de sus ojos
Prestaba á su figura
La fuerza y la hermosura
Que da la inspiracion.

De aquella pobre ermita
Ruinosa ya y desierta,
Pasando por la puerta,
Ferviente se inclinó,

Y ante una triste tumba
Con una cruz sencilla,
Doblando la rodilla,
Sus lágrimas vertió.

Y luego una corona
Dejando funeraria,
Su pecho una plegaria
Tristísima también;

Lloroso y conmovido
Se fué de allí alejando,
Sus labios murmurando:
«¡Bendito el que hace bien!»

PENA Y CONSUELO

¡Pobre mujer! ¡pobre niño!
¡Que grupo tan tierno forman!
Ella modesta, sencilla,
Jóven, pálida y hermosa,
Lleva un arpa entre sus manos
Que trémula pulsa y toca.
El niño cándido, bello
Y triste como la aurora
Que nace tras de las nubes,
Con voz angélica entona
Una canción á la Virgen,
Dulce, tierna y fervorosa,
Y luego su manecita
Extiende la vieja gorra
Pidiendo á los que le escuchan

Una bendita limosna.

¡Pobre niño! ¡triste madre

Que así la piedad implora

Mezclando su cruda pena

Con dulces y alegres notas!

¿Por qué su pobreza es tanta?

¿Por qué su amargura es honda

Y del arpa los sonidos

Con sus lágrimas ahoga?

¿Qué desventura le aflige?

Pregunta un alma piadosa.

¡Ay, señor! dice, la suerte

Nos vino á mirar traidora

Con duro y terrible ceño

Y ya nuestro daño colma.

Mi esposo, víctima triste

De agudo mal que le agobia,

Vive muriendo de angustia,

En tanto que en estas horas

Cantando su tierno hijo

Y con el arpa su esposa,

Lanzando sentidos sones

Van buscando una limosna.

¡Desdichada! dijo el mismo,

No sigas, no sigas, toma;

Cuida á ese ser desgraciado

Que más que vosotros llora,

Y alivia así tus pesares;

Y con mano generosa
Dejando un puñado de oro
Despareció como sombra.
¡La verdad y la nobleza
Reflejan puras y hermosas!
¡El dolor y las virtudes
Encuentran consuelo y gloria!

LA PUREZA DEL ALMA

—Niña mia, dí, ¿qué pides
En esa oracion que elevas
Con tanto fervor al cielo?

—Es una cosa muy buena;
Mira, mamá, no te enfades,
Pido á Dios que me conceda
Mucho dinero, un tesoro,
Para con esa riqueza
Comprar dulces y juguetes,
Cochecitos con libreas,
Sombreros, trajes y lazos,
Y á más de muchas lindezas,

Unos estrados lujosos
Con elegantes muñecas,
Y despues cuanto me sobre
Dártelo, para que puedas
Tener lo que necesites,
Y para que así, contenta,
Nunca te enojés conmigo
Y siempre, siempre me quieras.

—Calla, calla, no prosigas,
No llenes en tu inocencia,
Mi corazón de amargura
Con esas locas ideas.

¿Tú sabes lo que es el oro?
¿Qué es el afán con que sueñas,
Y cuánto al Señor ofenden

Tus fervorosas protestas?
Pues escucha, y mis palabras
Guarda en tu memoria atenta.

El oro es metal brillante
Que torpe ambición despierta,
Que deslumbra los sentidos
Y que traidor envenena.

En vano la dicha busques
Con las doradas riquezas,
Que á veces son los corales
Junto á los hilos de perlas
Cual gotas de sangre pura.

Entre lágrimas de pena.
Jamás á los cielos pidas
Las mundanales grandezas,
Ni los supérfluos adornos,
Ni los encantos que anhelas.
Pide otra cosa, hija mía,
Pide al Señor, de fé llena,
Que te conserve la gracia
De su bendita clemencia,
Que te aparte del pecado
Y que te mire en la tierra
Valiente en el infortunio,
Resignada en la pobreza,
Tranquila, noble, piadosa,
Sensible, dulce y modesta,
¡Que es la virtud en el alma
La más celestial riqueza!

DOLORA

— ¡Qué cosa tan singular!
Mamá, quiero que me diga
Por qué llora esa mendiga
Siempre que me vé pasar.

— Llorar porque tú te ríes,
Y no es justo que así obres;
Niña, jamás á los pobres
Tu risa ignorante envíes.

Y, pues virtud atesora
Tu virginal corazon,
Considera la afliccion
Del que sin consuelo llora.

— ¡Qué bien mamá me decías!
Junto á la pobre pasé
Y una limosna le eché;
¡Si vieras cuál sonreía!

HURTO DE FLORES

En la falda de un monte
Como bordado
De esmeraldas y perlas
En rico Mayo,
Se levantaba
Una rústica ermita
Casi olvidada.

—
Dentro apenas un paso
De su recinto,
Un altar se miraba
Modesto y limpio,
Y en él muy pobre
Una imagen divina
De los Dolores.

—
Los sencillos labriegos
De allí cercanos,
Veneraban fervientes
Aquel sagrado;

Mas no podían
De sus míseros medios
Dar á la ermita.

Y cual única ofrenda
La pobre gente,
Con la aurora llegando
Rendian siempre
Sus oraciones,
Y el altar adornaban
Con bellas flores.

El humilde ermitaño
Agradecía
El tributo de flores
Todos los dias.
Y al pueblo junto
Iba á pedir limosna
Para dar culto.

Pero siempre á la vuelta
De su viaje,
Con pesar observaba
Todas las tardes
Que del sagrado
Y florido tributo
Faltaba un ramo.

No acertaba el prudente
Del religioso
Quién sería el impío
Por el contorno
Que, con traiciones,
Del altar de la Virgen
Hurtaba flores.

Una ruda zagala
Plácida y bella,
Acechando el momento
De nadie verla,
Era, furtiva,
La que el robo profano
Ligera hacía.

Mas el fiel penitente
Ya con recelo,
Que al final una tarde
De su paseo
Volvió temprano,
Sorprendió á la muchacha
Cogiendo el ramo.

Asustada y confusa
Por lo atrevida,
Comprendió la pastora

Su accion indigna,
Y ante las plantas
De aquel buen religioso
Cayó postrada.

El ministro en la tierra
Del Rey del cielo,
Exhortó á la zagala
Con sus consejos;
Y su pecado
Perdonó y la bendijo
Con santa mano.

Desde entónces llorosa
Y arrepentida,
A rezar á la Virgen
Todos los dias
Fué la doncella,
Y á pedirle la gracia
De su clemencia.

Y contó el ermitaño
Que desde entonces
No faltaron ya nunca
De allí las flores,
Y que la niña
Quiso hacer penitencia
Toda su vida.

Los sencillos pastores
Tambien contaron
Que cuidó la muchacha
Del santuario
Con tal esmero,
Que á rezar iba gente
De muchos pueblos.

—
La limosna bendita
Se fué aumentando
Y á la Virgen pusieron
Un rico manto,
Y con los dones
Creció el culto en la ermita
De los Dolores.

LA GOLOSA

CUENTO

Pues señor, era ver una madre que tenía tres hijos; los dos pequeños eran tan preciosos y buenos que parecían unos angelitos del cielo, y la mayor no era mala ni fea, pero tenía una tan detestable costumbre, que daba lugar muchas veces á que su madre la riñera y á que por esta causa la quisiera menos que á los demás.

Clarita, que así se llamaba la niña, gustaba probar de todo, y no había cosa que se escapara de su vista sin que antes no lo saboreara su paladar, ni bastaba que por este motivo estuvieran las llaves echadas, pues al menor descuido se comía el azúcar, mojaba la lengua en la miel

ó se bebía la leche, y lo mismo se comía las sopitas de su hermanito pequeño, como quitaba los bizcochos al otro, sin importarle su llanto, con tal de satisfacer ella su afición; pero Dios parecía castigarla siempre aquella punible falta, pues bien se lastimaba unas veces, se quemaba otras, ó la sorprendía su madre en el momento de gustar la golosina.

Una mañana en que su madre se hallaba durmiendo al pequeñuelo, aprovechó Clarita esta circunstancia para ir á la cocina, y al ver el chocolate que estaba acabado de hacer para el desayuno, se tomó un buen trago haciendo un visaje dolorosísimo, pues el inmenso calor conservado en el líquido le quemó la lengua y la garganta de una manera terrible; la niña lloró en un principio y su madre la reprendió debidamente; pero no bastó aquello.

Al cabo de algunos dias, habia la madre preparado por encargo de una rica señora, un hermoso pastel enmelado que debía servir para un convite aquella misma tarde. A fin de evitar que Clarita le tocara mientras iba por la canela, único requisito que le faltaba, lo colocó en la

tabla más alta de la despensa. Pero no bien hubo vuelto la espalda la buena mujer, cuando la muchacha, que estaba esperando una ocasión, arrimó una mesa, puso encima una silla, porque no alcanzaba de otro modo, y se subió; mas al ponerse derecha perdió el equilibrio, y buscando apoyo en la tabla, ésta y el plato que contenía el pastel vinieron sobre ella al suelo, destrozándose todo y quedando la niña accidentada con una herida en la cabeza.

La madre tuvo un gran disgusto con esto y la pérdida de la casa donde la favorecían, por no haber cumplido lo encargado.

Por algunos días, este grave mal sirvió de castigo á la golosa, y ya juzgaba la madre que estaría curada de aquella mala costumbre, pero se convenció al fin de que nó, pues la niña volvió á probar y á comerse cuantas cositas apetitosas encontraba.

No quiso Dios que esta sola condicion fea de Clarita oscureciera todas las demás buenas que tenía, y así permitió que una tarde en que la madre había salido, dejase olvidada la llave de un armario

que la niña se apresuró á abrir por ver si allí guardaba el azúcar ó el almíbar con que la regalaba algunas veces. Buscando, buscando, encontró una tacita que contenia un líquido oscuro, y creyendo lo que deseaba, lo acercó á sus labios; no era el sabor del almíbar, pero algo tenía de dulce, cuando quiso tragar un poco y así lo hizo; mas para que no se descubriera la falta, volvió á colocar la tacita cuidadosamente en su sitio y á cerrar con la llave. Pero no bien hecho esto, cuando sintió fatigas y unos dolores tan extraños por todo el cuerpo como si un fuego repentino le abrasara las entrañas.

Clarita comenzó á sufrir horriblemente y á lanzar lastimeros gritos revolcándose por el suelo. Cuando al llegar su madre la encontró en aquel estado, imaginó con pena que algo le habria causado daño; mas al ver la llave en el armario, la interrogó con viveza y supo, loca de dolor, que habia bebido de una sustancia nociva que le servía para limpiar los metales, y que guardaba en una pequeña tacita.

En aquel momento voló á buscar un

médico que propinó á la imprudente niña un contraveneno, salvándola de una segura muerte.

Fueron tan terribles los dolores que la acometieron y tan grande el susto que la proximidad de la muerte le causó, que desde entonces sintió tal miedo á probar las cosas y un horror tan profundo á su pasada costumbre, que no volvió nunca más á ser golosa, por lo que su madre confió por completo en ella y la amó con un inmenso y tiernísimo cariño.

LA ANCIANA Y LOS NIÑOS

Cercada de niños
Se hallaba una tarde
Contando una anciana
De faz venerable,
Con voz sentenciosa,
Dulcísima y grave,
La historia sentida
De un hecho notable.
Sabed, hijos míos,
Decía al-mirarles
Callados y atentos:
Que existe una madre
De rara hermosura,
De gracia admirable;
Que es única dueña
De inmensos caudales;
Que es noble y valiente,
Que es sábia y afable.
Pues bien, hijos míos,

Al mundo esta madre
Le ofrece tranquila
Y al punto que nacen
Sus hijos queridos,
Que, ya innumerables,
Al verse en la tierra
Doquier se reparten.
No son estos hijos
Del mismo carácter,
Que muchas pasiones
Distintas y grandes,
Agitan sus pechos
Con locos afanes.
En ellos dominan
Los vicios y males,
El mísero orgullo,
La envidia execrable,
La torpe avaricia
Y el necio coraje.
Mas hay, por ventura,
Quien siente constante
Virtud en su seno,
Dulzura y piedades,
Quien sufre con calma,
Quien digno se hace
De gloria infinita,
De dicha inefable.
Así, niños míos,

Volviendo á la madre,
Os digo, que un día
Feliz, memorable,
Y allá en cierto pueblo
De alegre celaje,
Dió vida á un muchacho
De rostro agradable,
De frente espaciosa,
De claro linaje,
Mas ya en vieja cuna
Y en pobres pañales.
Creciendo el mancebo
Mostró cualidades
De tanta belleza,
Que fueron notables.
Su genio era humilde
Al par que era grande,
Su acento era dulce
Al par que muy grave,
Su pecho encerraba
Tesoro envidiable
De fé, de ternura,
Valor y constante
Pasion ardorosa
Por célica imágen.
Mas siendo tan rico
De bienes morales,
Sufriendo en el mundo

Vivió miserable;
Su cargo primero
Fué triste, humillante;
Se vió por su suerte
Soldado más tarde,
Valiente y sereno
Buscaba los lances
Y enfermo y lisiado
Salió del combate;
Así el infelice,
Por viles desmanes
Esclavo fué luego
De míseros árabes,
Que el pecho llenaron
De agudos pesares.
Al fin, libre un dia,
Viajero anhelante,
Volviendo á su pátria
Llegó á los lugares
Que amó siendo niño,
Sin penas ni afanes;
Mas no fué ya entónces
Feliz como ántes,
Que sólo amarguras
Probó en todas partes;
Buscando la calma
Que no hallaba en nadie,
Formó á su capricho

Fantástica imágen
Que fué su consuelo,
Que noble y que grande
Le dió gloria eterna
Y un nombre admirable.
Mas ved, por desgracia,
El mundo ignorante,
Llamándole loco
Y nécio incurable,
Sentir le hizo siempre
Sus ódios mortales.
Así del destino
Sufrió los embates,
El triste abandono
Sintió de su madre,
Y oscuro, olvidado,
Cual mísero errante,
Cruzó por la tierra
Probando sus males.
Al fin, con la muerte
Calmó sus pesares,
Y el mundo ya entonces
Queriendo apreciarle,
Pensó en sus virtudes,
Pensó en sus afanes,
Y hallóse el tesoro
De rico lenguaje
Que aquel, moribundo,

Llegaba á su madre.
La buena señora
Culpóse al instante
De injusto abandono,
Y ansiando premiarle
Su fé y su amargura,
Sus méritos grandes,
Estátuas de bronce
Le alzó en pedestales.
Y ornando su frente
Con láuros brillantes
Cantó su victoria,
Su ingenio admirable,
Su inmensa desdicha,
Y en ricos metales
Grabando su nombre
Quedó memorable
La historia sublime
Que el mundo ya sabe
¡La madre es España
Y el hijo Cervantes!

—
Así, niños míos,
Oid un instante:
Jamás vuestros ódios
Lastimen á nadie;
Prestad fuerza al débil
Que puede ser grande,

Y no deis coronas
Tan sólo á los mármoles.
Buscad el talento,
Premiad al que vale,
Y allá en vuestras mentes,
Alzad sobre altares
De ilustres recuerdos,
¡Un trono á Cervantes!

Jerez 23 Abril 1880.

EL NIÑO PERDIDO

—Madre, madre! ¿por qué solo
Camina ese tierno niño,
Con triste y doliente paso
Por tan estrecho camino?
Los piés y las manos lleva
Por los abrojos heridos,
Y va desnudo, lloroso
Y acaso con hambre y frío.
Tendrá mucho miedo, madre,
Sepáralo de ese abismo

Y cúbrelo con tu manto:
¿No te dá pena?

— Bien mio,
Tu boca bendita y pura
Será quien salve á ese niño;
Dale tu mano, que el pobre
Quizá sin madre y perdido,
Buscando vaya en el mundo
Consuelo, piedad y asilo:
Préstale valor y aliento,
Ofrécele pan y abrigo
Y en el fondo de tu alma
Conserva siempre, amor mio,
Ese preciado tesoro
De amor hácia el bien divino.

EL PÁJARO Y EL CAZADOR

Un jóven, rico hacendado
De un pueblo de la montaña,
Que á los falaces placeres
Y á los ócios se entregaba,
Siguiendo su torpe instinto
De buscar la dicha vana,
Se fué á proseguir alegre
Por la senda comenzada
De locuras y de vicios,
A la ciudad inmediata.
Mas cansado al fin un dia
De las miserias doradas
Que en el fondo de los goces
Y en todo su afan hallaba,
Tornó hastiado y aburrido
A su tranquila morada,
Donde del campo y las flores
La esencia se disfrutaba.
Pronto tambien complacido

De aquella sencilla calma,
Pensó en buscar emociones,
Y discurriendo la caza,
Con su escopeta y sus canes
Salió pronto á la campaña,
Donde matando jilgueros
Y á las liebres descuidadas,
Halló la nueva ventura
Que á sus antojos faltaba.
Pasaron así los días,
Y el cazador la jornada
Tirando á los pajarillos
Contento á su vez pasaba.
Pero una tarde, escuchando
De un ave las notas blandas
Que esparcía con sus trinos
Al cruzar por la enramada,
Con dura y tranquila mano
Dirigió certera el arma,
Y el ave herida y doliente,
Vacilante y fatigada,
Siguió, siguió hasta la copa
De un árbol, donde con ánsia
Cayó la triste ya débil,
O ya muerta la cuitada.
Del crepúsculo la sombra
Se extendía, y á su casa
Se fué el cazador, volviendo

Con la siguiente alborada,
Para coger victorioso,
Su presa de entre las ramas.
Pero halló con amargura
Un pobre nido, en que estaba
¡Muerta el ave trinadora,
Cubriendo con yertas alas
A sus amados hijitos,
Que de hambre y frío piaban!
Lleno de mortal quebranto,
Con la conciencia agitada,
Recogió á los huerfanitos
El cazador que lloraba
Sintiendo ser el verdugo
De la madre infortunada.
Desde aquel día, movido
Por una piedad sagrada,
Dejando las distracciones
Y el deléite de la caza,
Sólo pensó, fervoroso,
Llena de ternura el alma,
En recoger por el mundo
A los huérfanos que hallaba,
Y dedicar su fortuna
A la erección de una casa
Donde tuvieran abrigo,
Alimento y madre santa.

RASGO DE GENEROSIDAD

TRADUCCION DEL FRANCÉS

Roberto era un joven marinero, de una fisonomía tan dulce y expresiva y de un aire tan distinguido, que sobresalía siempre entre todos los jóvenes que se ocupaban en el mismo ejercicio que él.

Un día en que, como de costumbre, hallábase aguardando en la playa de Marsella, á que cualquiera quisiese entrar en su lancha, vió á un desconocido que, metiéndose dentro, se preparaba á que le condujeran, pero que en el mismo instante se disponia á abandonarla, no creyendo que fuese Roberto el patron de ella, y diciéndole que, puesto que el conductor de aquella barca no aparecía, que iba á pasar á otra.

—Caballero, contestóle el jóven, esta barca es la mia, ¿quiere usted salir del puerto?

—No; no queda más que una hora de dia y quisiera tan solo dar algunas vueltas por la bahía para aprovechar la frescura y la belleza de la tarde; mas no lo tuve á usted por marinero, porque en sus maneras no parece un hombre de tan humilde clase.

—No lo soy, en efecto; pero por ganar algun dinero, me dedico á esta profesion los dias de fiesta y los domingos.

—¡Qué! ¿es usted avaro? eso se deduce de su juventud, y hace disminuir el interés que inspira desde luego su alegre y simpática fisonomía.

—¡Ah! Señor, si usted supiera por qué deseo con tanto afan ganar algun dinero, de seguro que no añadiría á mi pena la de suponerme de un carácter tan miserable.

—Siento haber ofendido á usted, pero hasta ahora no me explico la causa; daremos nuestro paseo y usted me contará su historia; dijo el desconocido, sentándose en el fondo de la ligera barquilla. Y bien, prosiguió un momento despues:

cuénteme sus pesares, ya que mi ánimo se halla dispuesto á participar de ellos.

—No tengo más que uno, contestó el jóven, y este es el de tener á mi padre cautivo, sin poder libertarlo. Él era comerciante en esta ciudad, y se había procurado con sus ahorros y los de mi madre, que era modista, un interés sobre un barco de carga para Smyrna: un dia, quiso hacer por sí mismo el cambio de su pacotilla y escojerla, y el barco fué apresado por un corsario y conducido á Tetuan, donde mi desgraciado padre quedó hecho prisionero con toda su mercancía.

Necesitábamos dos mil escudos para su rescate, pero como él lo había agotado todo, á fin de hacer el negocio en mayor escala, nos encontramos bien lejos de tener esta suma. Sin embargo, mi madre y mis hermanas trabajan noche y dia, y yo hago lo mismo en casa de mi maestro en la profesion de joyero á que me he dedicado, procurando al mismo tiempo aprovechar, como usted vé, los domingos y dias de fiesta, con el fin de reunir entre todos dicha cantidad, para lo cual nos estamos privando hasta de

las cosas más necesarias y nos hemos reducido á vivir en una pobre y pequeña habitacion.

Yo había pensado un dia ir á ocupar el lugar de mi padre y librarlo cargándome sus cadenas, y ya estaba próximo á ejecutar mi proyecto cuando, yo no sé cómo, enterada mi madre, me aseguró que era tan impracticable como inútil mi pensamiento, y prohibió á todos los capitanes de Levante que me tomaran á bordo.

—¿Y no reciben ustedes noticias de su padre, ni saben quién es su amo, ni qué tratamiento recibe allí?

—Su amo es el intendente de los jardines del rey; lo trata con humanidad, y los trabajos en que lo emplea no son superiores á sus fuerzas; mas, sin embargo, ¡nosotros no estamos con él para consolarlo y atenuar sus penas, y se halla alejado de una esposa querida y de tres hijos que le adoran y que él amaba con ternura!

—¿Cuál es el nombre que lleva en Tetuan?

—No lo ha cambiado; se llama Roberto, como en Marsella.

—¿Roberto.... y en casa del intendente de los jardines?...

—Sí, señor.

—Compadezco vuestra desgracia, joven, y me atrevo á presagiar á usted una suerte más dichosa, pues por sus bellos sentimientos la merece y yo se la deseo con toda sinceridad. Ahora, gozando de la frescura de la tarde, quisiera entregarme á mis pensamientos; no lleve usted á mal, amigo mio, que permanezca en silencio por algunos instantes.

Cuando hubo anochecido, Roberto Recibió la orden de arribar á la orilla, y el desconocido saltó en tierra, dejándole una bolsa entre las manos, y, sin darle tiempo para nada, se alejó con ligereza.

Aquella bolsa contenia ocho dobles luises de oro y diez escudos en plata.

Tamaña generosidad, hizo formar al joven el más elevado juicio acerca de aquel misterioso personaje.

En vano fueron sus averiguaciones por encontrarlo y darle las gracias.

Seis semanas despues de este dia, aquella honrada familia, que continuaba su trabajo sin descanso, para completar la suma que le faltaba, hallábase to-

mando una frugal comida, compuesta de pan y almendras secas, cuando de improviso vieron llegar á Roberto el padre, con tal satisfaccion en su semblante y tan perfectamente vestido, que quedaron sorprendidos en medio de su dolor y su miseria.

Júzguese cuál sería la admiracion, y los trasportes de alegría de aquella buena mujer y de sus hijos.

Roberto se arrojó en sus brazos, dándoles gracias por su rescate, por los cincuenta luises que le habían entregado en el buque donde su pasage y alimentos hallábanse pagados de antemano, y por las ropas que le habían proporcionado. El pobre hombre no sabía cómo agradecerles tantos cuidados y ternura.

Nuevamente sorprendida aquella buena familia, permaneció inmóvil, mirándose los unos á los otros, hasta que la madre rompió el silencio.

Persuadida ésta de que era su hijo quien lo había hecho todo, refirió al padre cómo al acontecer su esclavitud había querido Roberto librarlo ocupando su lugar, y cómo ella lo habia impedido.

—Se necesitaban, añadió, seis mil

francos para tu rescate, y ya habíamos podido conseguir un poco más de la mitad, cuya mayor parte es debida al fruto de su trabajo; pero despues, él habrá encontrado amigos que le ayuden, y por este medio habrá conseguido tu libertad.

El padre quedó algunos momentos pensativo; pero de pronto, con voz que revelaba un pesar profundo, exclamó, dirigiéndose á su hijo:

—¿Qué has hecho, desgraciado? ¿Cómo has podido librarme, sin tener que arrepentirte de ello? ¿Será posible que hayas ocultado á tu madre algun secreto á costa de tu honradez? A tu edad, y siendo hijo de un desdichado esclavo, no es fácil hacerse por buenos medios de una cantidad como esa, y tiemblo al pensar que el cariño paternal te haya hecho culpable; tranquilízame, dime la verdad, ó muramos todos, si dejaste de ser honrado.

—Sosiéguese usted, padre mio, respondió el jóven abrazándolo; su hijo no ha faltado á la dignidad del nombre que lleva, ni ha tenido tampoco la dicha de poderle manifestar cuán querido le es. No es á mí á quien usted debe la liber-

tad; conozco á su bienhechor. ¿Recuerda usted, madre mia, al desconocido que me dió la bolsa? me hizo muchas preguntas. ¡Ah! yo pasaré mi vida entera buscándolo hasta encontrarlo, y le haré venir para que goce del feliz espectáculo de sus beneficios.

Y entónces contó á su padre la anécdota del desconocido, disipando de este modo sus temores.

Vuelto á su familia, Roberto halló de nuevo amigos y socorros, y los hechos favorables en sus negocios, excedieron con mucho á sus esperanzas.

Al cabo de dos años, hallábase ya bastante bien, y sus hijos, á los que había establecido, participaban de su felicidad y la de su buena madre, felicidad que hubiera sido completa, si el hijo, en sus continuas pesquisas, hubiera podido descubrir á aquel bienhechor que con tanto cuidado se ocultaba á su reconocimiento y á sus deseos.

Mas un dia por fin lo halló paseándose solo por el muelle.

—¡Ah, querido protector! exclamó arrojándose á sus piés, casi desvanecido de alegría.

El desconocido se apresuró á levantarlo, preguntándole la causa de aquella accion.

—¿Qué? caballero, respondió el jóven; ¿acaso lo ignora? Ha olvidado usted ya á Roberto y á su pobre familia, á quienes volvió usted la vida, devolviéndole á su padre?

—Usted se engaña, amigo mio; yo no lo he visto nunca ni puede conocerme, replicó el caballero; soy extraño en Marsella, pues hace pocos dias que he llegado á esta ciudad.

—Todo eso puede ser; pero recuerde usted, señor, que hace veinte y seis meses, tambien se encontraba aquí; acuérdesse del paseo que dió aquella tarde por el puerto, del interés que manifestó por mis desgracias y de las preguntas que me hizo, á fin de hallar la luz necesaria en la verdad de mi relato, y convertirse en nuestro bienhechor. ¡Generoso libertador de mi padre!, ¿podría usted olvidar que es el salvador de una familia entera, que no tiene más afan que llevarle á su presencia? No se niegue, por Dios, á sus deseos, y venga á gozar de la dicha que ha derramado sobre ella.

—Ya se lo he dicho, amigo mio, se equivoca, me ha tomado usted por otro.

—¡Ah, no, caballero, no me engaño; su fisonomía se encuentra profundamente grabada en mi alma, y jamás podría equivocarme! Venga usted, venga usted conmigo; yo se lo ruego!

Y cogiéndolo del brazo, casi procuraba á viva fuerza arrastrarlo tras de sí.

Una porcion de gente del pueblo comenzó á rodearlos.

Entónces el desconocido, le dijo con tono más firme y grave:

—Jóven, esta escena comienza á fatigarme; una semejanza, sin duda casual, ocasiona su error; reflexione un instante y marche enseguida á su casa, á disfrutar con su familia de la paz y la tranquilidad que tanto necesita.

—¡Cuánta crueldad! replicó el jóven; ¿por qué, caballero, siendo nuestro bienhechor, siendo tan noble, quiere usted alterar con su resistencia, la dicha que le debemos? ¿en vano me arrojaré á sus piés? ¿será tan inflexible, que rehuse el tributo de amor y de gratitud, que hace tanto tiempo, tenemos reservado á su generosidad? Vosotros los que estais aquí

presentes; vosotros á quienes el estado de agitacion y desorden en que me veis, debe enterneceros, unid vuestras súplicas á las mias, para que el autor de mi ventura venga á contemplar su propia obra.

A estas palabras, el desconocido pareció hacer esfuerzos inauditos, y reuniendo toda su energía y armándose de valor, para resistir á la seducción del goce dulcísimo que se le ofrecía, cuando menos se esperaba desapareció con velocidad entre la gente, perdiéndose de vista en el instante.

Este generoso desconocido, lo hubiera seguido siendo para todos, si sus dependientes y albaceas, al encontrar entre sus papeles, á su muerte, una nota de 5.500 libras enviadas á Mr. Main de Cadix, no hubieran, por curiosidad, pedido cuentas á éste; pues la cantidad se hallaba borrada y el papel cancelado como los que se destinan para arrojarlos al fuego. Dicho famoso banquero, contestó que habia hecho uso de aquel dinero para girarlo á favor de un marsellés llamado Roberto, esclavo en Tetuan, segun las órdenes de Carlos de Secondat, baron de

Montesquieu, presidente del Parlamento de Burdeos.

Sábase, que el ilustre Montesquieu era muy dado á los viajes, y que con frecuencia visitaba á una hermana suya, la noble madama d'Héricourt, casada en Marsella.

LA CIEGUECITA DEL VALLE

Á MI ILUSTRADO AMIGO EL DISTINGUIDO ESCRITOR
GRANADINO
D. JOSÉ ESPAÑA Y LLEDÓ.

Al bajar de una sierra
Por un repecho,
A la senda escabrosa
Que conducía,
Por agreste camino
Rudo y estrecho
A una aldea que cercana
Se descubría,
Se encontraba en su linde
Por un costado
Una grande llanura
Vasta y risueña.
Era un valle florido
Nunca sembrado
Cual jardín que frondoso
La mente sueña.

Extendiendo la vista
Por el espacio,
Hasta el fin de aquel rico
Y ancho terreno,
Se miraba cual pobre
Junto á un palacio,
Una humilde chocilla
De paja y heno.

Era el rústico albergue,
Templado asilo
Y apacible refugio
De una labriega,
La que allí por la noche
Sueño tranquilo
Y el amor disfrutaba
De una hija ciega.

La mujer campesina
Todo su anhelo
Y su afan lo cifraba
Con celo ardiente,
En buscar trabajando
Pobre consuelo,
Que llevar á la triste
Niña inocente.

Mas aguda dolencia
Postró en el lecho

A la madre amorosa
Con pena dura,
Y más hondos pesares
Sintió su pecho,
Al pensar de su niña
La desventura.

La pequeña muchacha
Con vivo apuro
Invocando á la Virgen
Tuvo la idea;
De prestar á su madre
Medio seguro
De socorros y auxilio
Yendo á la aldea.

Y poniendo por obra
Desde el instante
Su proyecto inspirado,
Marchóse incierta,
Por el solo camino
Duro y punzante,
A pedir por el pueblo
De puerta en puerta.

Así, todos los días,
Con débil paso,
Caminaba la noble
Criatura tierna,

Y encontraba socorro
Como al acaso,
Por su lóbrega ruta
De noche eterna.

De piedad conmovidos
Los aldeanos,
Su bendita limosna
Todos le daban.
Y al sentirla su madre
Sobre las manos,
De ternura sus ojos
Se desbordaban.

Pasó al fin, del Estío
La luz hermosa,
Y llegaron los días
De lluvia y hielo.
Y la niña clemente
Siguió ardorosa
Procurando á la enferma
Dulce consuelo.

Pero en una mañana
Triste, nevando,
Se interpuso impidiendo
Su marcha breve
Un monton, y perdida
Cayó temblando

Casi muerta de frío
Sobre la nieve.

Un vecino del pueblo
Noble y piadoso,
Vió al pasar el camino
Tan grave cuita,
Y á tenderle su mano
Corrió afanoso,
Conociendo en la pobre
La ciegucecita.

Le prestó con ternura
Su mismo aliento,
Y cubrió sus vestidos
Hechos pedazos.
Y á la mísera choza
vivo y atento,
La llevó cuidadoso
Entre sus brazos.

Allí, en lágrimas puras
Dándole gracias,
Se deshizo llorando
La campesina.
Y el buen hombre movido
De sus desgracias,
La calmó dulcemente
Con fé divina.

Hácia el pueblo volvióse
Con honda pena,
Pero Dios le inspiraba
Gracia infinita.
Y al caer de la tarde
Ya más serena
Retornaban sus pasos
A la chocita.

A la madre y la ciega
Llevó consigo,
Y acogió á las cuitadas
Con santo anhelo.
Y así hallaron las pobres
Salud y abrigo:
¡Que las grandes virtudes
Las premia el cielo!



TERCERA PARTE

LOS VICIOS Y LAS VIRTUDES

CONTRA SOBERBIA HUMILDAD

En un pueblo de la provincia de Almería, no lejos de Santa Cruz de Marchena, se observaban hace ya algunos años, las derruidas murallas de un edificio que por su extensión indicaba haber sido morada del señor del pueblo en tiempos del feudalismo.

Cómo resistiendo al impetuoso empuje de los años, ó por misterioso designio de la Providencia, se conservaba la capilla del castillo en tan buen estado, que todavía en cierto día del año, y desde tiempo inmemorial, se decía una misa por el alma de los últimos dueños de la mansion aquella, asistiendo los vecinos de la comarca, los cuales, á la conclusión del Santo Sacrificio percibían una respetable limosna de manos del sacerdote.

Esta obligacion, tan fielmente cumplida por el señor cura, había ido pasando de unos á otros de tal modo, que ninguno se hubiera atrevido á faltar á ella, pues así se hallaba ordenado en los estatutos de la iglesia del pueblo, mientras subsistiera la venerable y antiquísima capilla.

Nadie dejaba de asistir en el día señalado á la bendita ceremonia; pero en los demás días del año era sabido que ni los tranquilos habitantes del lugar, ni los sencillos pastores de la campiña se atrevían á pasar ni aun de allí cerca, pues se conservaba entre ellos la supersticiosa creencia de que un alma en pena moraba entre los derrumbiados torreonnes y que sólo en el día de la misa descansaba de su continuo sufrimiento.

Una tarde llegó al pueblo un caballero que por su porte y lujosos trenes se comprendía que debía ser inmensamente rico; pero nadie, en los tres días que allí permaneció, le vió entrar en la iglesia ni dar una limosna, cosas que suscitaron las murmuraciones y hablillas de aquella pobre gente.

Ya en el cuarto día se disponía á par-

tir el caballero, cuando atraído quizás por las fantásticas versiones que escuchó de boca de algunos aldeanos, ó sólo por curiosidad, dejando asomar á sus labios una sonrisa burlona, se dirigió á las ruinas del castillo y penetró en la capilla.

Cerca de un año hacía que se había celebrado la última misa, y desde entonces hasta aquel momento, ninguna planta humana se había posado en su recinto.

Todo al parecer se hallaba intacto, aunque cubierto por una capa blanquecina de espeso polvo, y acusaban una antigüedad notoria el desmantelado altar de cedro, la virgen tallada en el fondo del tabernáculo y los desvencijados sitiales esparcidos en derredor de las desnudas paredes.

De improvviso el caballero se fijó en un punto oscuro de la muralla, donde se hallaba casi desprendida una piedra y algo raro que llamó su atención.

Acercóse y vió en efecto una especie de pergamino enrollado y sujeto por una argolla de oro con una inscripción grabada que decía: *Contra soberbia humildad.*

Una ligera expresion de sorpresa se reflejó en su mirada y la más viva emocion se apoderó de su pecho.

Guardó con cuidado el rollo amarillento y volviendo á su casa, dió la órden de suspender el viaje y se encerró en su habitacion, ansioso de descubrir aquel misterio.

El pergamino escrito en gruesos caracteres, decía así :

«Soy el último vástago de una ilustre familia, y señor de este castillo feudal.

El orgullo de la nobleza de mi raza fué una de las más deplorables ideas que oradaron mi cerebro.

Hijo único, envanecido con mis timbres y riquezas, y poseedor del inmenso amor de unos padres tiernos y bondadosos, dejé en libertad los ímpetus de mi corazon, y sentí brotar en mi pecho el áspid del egoismo y el miserable gusano de la soberbia.

Niño todavía, visité nuestros dominios en compañía de mi padre, y fuí presentado á los colonos como futuro señor de sus haciendas.

Desde entónces, me quise imponer de tan desusada manera, y comencé á ejer-

cer tal imperio y tiranía con nuestros pobres vasallos, que en vez de captarme la voluntad y el respeto que por mis nobles padres sentían, comprendí que tan sólo les había inspirado temor y ódio.

Esta prueba de predominio en mis pocos años me exacerbó por completo, y ya no hallé trabas á mi orgullo.

Por este tiempo se suscitó una ardorosa guerra, y mi padre, como buen caballero, se vió precisado al apresto de su mesnada y marchar á la contienda.

Quedó mi madre abandonada á su dolor y con el único lenitivo de mi presencia, que bien pronto había de causarle el más cruel de los martirios.

Solo ya, sin el dique paterno que contenía, aunque débilmente, la violencia de mi carácter, me dediqué de continuo á recorrer mis señoríos, exigiendo á mis colonos tributos exagerados y haciéndoles sufrir las más humillantes bajezas.

Un dia atravesaba á caballo por entre un corro de labriegos, que al verme se descubrieron respetuosos, apartándose del camino. Solo un anciano permaneció inmóvil, sin reparar en mí.

—¡Eh, aparta, villano! le grité altanero.

—Perdonad, señor, soy ciego; dijo aquél con humilde voz.

—¡Aparta, bellaco! proseguí; ¡paso al hijo de tu señor! ¡paso al descendiente de ilustres reyes! y con el duro acicate le herí en el rostro despiadado.

—¡Maldicion! rugió el pobre viejo cayendo en tierra. ¡Maldito! ¡maldito tú, soberbio jóven, descendiente de verdugos y nieto de un ahorcado!

—¿Qué has dicho, miserable? le interrogué colérico é inmóvil, como si una pesada mole de granito se hubiera desplomado sobre mí. ¿Qué has dicho? ¡habla, esplicame esas terribles frases, que si es una torpe injuria, ¡vive el cielo! mañana sostendrá una pica tu cabeza sobre la más alta torre de mi castillo!

—Pues si lo quereis, oid: dijo el anciano levantándose y con imponente acento: La estirpe de vuestro padre es limpia y clara como la luz del sol. En la de vuestra madre hay manchas imposibles de borrar. Dos de sus ascendientes ejercieron el vil oficio de verdugos. Unida clandestinamente por amor á su noble es-

posó, sufrió al poco tiempo la horrible pena de saber, cuando ya habíais nacido, que el autor de sus días había sufrido, por mandato del rey nuestro señor, la vergonzosa muerte de la horca, en castigo de una horrorosa y cruel venganza que acababa de ejecutar. Vuestra madre es un ángel, pero vos habeis heredado la fiereza de sus antecesoras y el orgullo y la maldad de su padre!

—¡Ten la vil lengua, anciano! y ¡ay de tí, si me engañas! grité con ronco acento, y volviendo grupas delirante, me lancé en vertiginosa carrera hacia el castillo.

Nadie me había hablado nunca de aquel terrible berron en mi familia, y el baldon que en mi linaje descubría hirió de lleno en mi orgullo y precipitó la vehemencia de mi carácter.

Llegué al aposento de mi madre, que como de costumbre oraba; la interrogué con duro acento y hasta la amenacé, porque procuraba ocultarme la verdad. La infeliz me declaró toda la certeza de la ignominia que pesaba sobre mí. Entonces maldije su linaje, y avergonzado de llamarme su hijo, huí desesperado, y

recorrí valles, lugares y montañas, y atravesé el océano, y volé á distantes regiones para encubrir mi deshonra.... pero por todas partes parecía seguirme el eco del anciano, que me gritaba:

¡Maldito tú, descendiente de verdugos y nieto de un ahorcado!...

Cansado ya, rendido por las fatigas y el insomnio, caí un día sin fuerzas en medio de un pantanoso camino, y allí quedé sin conocimiento.

Cuando recobré la razón, una voz dulce como la de mi madre, parecía decirme al oído:—¡Vuelve en tí, hijo mío, piensa en Dios; la religion es el consuelo de las almas y todo lo purifica!

Abrí los ojos al escuchar aquellas frases que derramaron en mi corazón un bálsamo desconocido, y ví á mi lado á un extraño personaje de bondadoso rostro y de talar y negras vestiduras.

Era un venerable religioso.

Nuevamente su cariñoso acento volvió á rociar mi espíritu de una ternura inexplicable.

Estremecido y agitado por la emoción más viva, me levanté exclamando con asombro:

—¿Quién sois?

—Soy vuestro hermano, me respondió humildemente; busco á los que sufren y procuro su salvacion.

—¿Y podríais dulcificar mis dolores y librarme de este fuego devorador que consume mi pecho?

—¡Oh, sí, venid conmigo; aquí cerca se halla mi pobre ermita! La Madre del Salvador, que es nuestro escudo, os prestará consuelo; una sincera confesion tranquilizará vuestra alma, y luego el pan de vida os dará la felicidad.

Atraído por su misterioso influjo, le seguí hasta el solitario lugar que le servia de albergue.

A los tres dias, repuesto ya de mis fatigas, y sintiendo por todo mi sér una calma y una dulzura hasta entónces para mí desconocida, salí de aquella mansion piadosa, murmurando una plegaria y en direccíon á mi castillo.

Cuando despues de muchos dias volví á divisar sus torreones y á mirar á aquellos honrados aldeanos, una impresion indefinible se apoderó de mi espíritu y una lágrima ardiente se desprendió de mi pupila.

El inusitado movimiento que noté en el pueblo y las miradas de asombro y de compasion que todos me dirijian, me hicieron comprender que sucedia una desgracia.

Cuando penetré en el castillo supe toda la triste verdad...

El cadáver de mi virtuosa madre, muerta al impulso de mi criminal desprecio y de mi cruel abandono, se hallaba en la capilla sobre un elevado catafalco iluminado por multitud de pálidos hachones...

Dos horas antes, un mensajero cubierto de polvo habia traído la fatal noticia de que mi padre habia sido muerto heroicamente en el combate...

Aquella doble desgracia fué el más severo castigo de mis culpas.

Me arrodillé al pie del lecho mortuario, pedí perdon á mi madre y le juré desde el fondo de mi corazon hacer una vida humilde y penitente, dedicando mis riquezas á los necesitados.

Desde entonces esta capilla es mi morada.

Aquí todos los dias oigo una misa por el eterno descanso de mi madre.

Cuando yo muera, entónces, esta sagrada ceremonia se repetirá una vez al año por la salvacion de mi alma, repartiéndose despues una bendita limosna entre los pobres.

¡Oh, tú, cualquiera que seas, reza por mí y vé en mi necio orgullo mi castigo!»

Así terminaba el manuscrito.

El caballero, presa de una mortal agitacion, comenzó á pasear por la estancia.

Las primeras tintas de la aurora penetraban por la ventana.

Cuando se apercibió que era de dia, sin cuidarse del desórden de su vestido, salió de la casa y se dirigió á la iglesia.

Despues del Santo Sacrificio, que escuchó con recogimiento, solicitó del sacerdote que le escuchara en penitencia.

Algunos minutos más tarde, sentado junto al religioso, le decia de esta manera:

—Padre mio, soy un miserable pecador que necesita los consuelos de la gracia para salvarse. Hijo de unos honrados labriegos, crecí en la humildad y la pobreza. No conforme con mi suerte, cuando llegué á la edad de la razon aban-

doné mi hogar y á los que me dieron el sér. La fortuna no se mostró esquiva á mis deseos. A la vuelta de algunos años, era ya dueño de un capital que por medios ilegales se fué aumentando, viniendo á constituir una fabulosa riqueza.

Envanecido ya con la brillante posición que me habia adquirido, y creyendo deshonorarme con el recuerdo de mi origen, procuré olvidarlo, y hasta borré de mi memoria á los rudos autores de mi vida.

Dolidos éstos de mi ingratitud, ó acaso por el solo placer de estrecharme contra su pecho, se presentaron un día en el dintel de mi lujosa morada, pidiendo á los criados que los pusieran en presencia de su hijo.

Los criados, con extrañeza, se apresuraron á comunicarme tan particular demanda.

Al ver á los pobres ancianos, en cuyos ojos brilló la ternura y la alegría, el rubor del miserable orgullo coloreó mis mejillas y rechacé cruel sus demostraciones de cariño, diciendo á mis servidores:

— ¡Dad una limosna á esos mendigos!

Un doloroso grito del maternal pecho y una terrible maldicion que lanzó mi padre, estendieron sus ecos por los ámbitos de la casa y quedaron constantemente resonando en mis oídos!

Desde entónces he buscado en el ruido de las orgías, y en la locura de los placeres, algo con que acallar esos gritos que aún escucho en mi conciencia.

Hoy no sé por qué misterioso designio he descubierto una triste historia que se asemeja con la mia y he comprendido por ella todo lo innoble de mi soberbia y lo criminal de mi conducta.

¡Padre mio, yo deseo borrar con buenas obras todo el mal que he causado!
¡Yo anhelo la salvacion de mi alma y que Dios me perdone!

* * *

Algunos años despues, en el mismo sitio que ocupaba la capilla y sobre las ruinas del castillo se levantaba un suntuoso templo.

El dia en que lo recordamos tocaban sus campanas la fúnebre plegaria de los muertos.

Los sencillos moradores de la comarca penetraban en su recinto y con lágrimas en los ojos se arrodillaban ante una humilde losa.

Allí acababa de ser enterrado el piadoso fundador del templo y generoso bienhechor de aquellos buenos aldeanos.

Era el caballero á que antes nos referimos.

Los últimos años de su vida se habían deslizado allí en la mayor humildad y mansedumbre evangélica, después de haber distribuido sus riquezas entre los pobres.

En medio de dos sencillos sepulcros que encerraban los restos de sus padres, se divisaba la losa que acababa de encerrar los suyos y sobre la cual se leían debajo de su nombre y en grandes caracteres estas palabras de nuestra santa doctrina:

«¡Contra soberbia humildad!»

POLVO Y AROMA

¡Ay del mísero que eleva
Con arrogancia la frente
Y en la hoguera del orgullo
Su pecho glacial enciende!

¡Ay de aquel que deslumbrado
Por sus propios oropeles,
Aparta duro al mendigo
Que implorando le detiene!

¡Pobre y mezquina criatura
La que así en el mundo quiere
Probar fuerza y poderío
En lucha atrevida y breve!

La soberbia es como alcázar
De dorados chapiteles,
Que si brilla altivo un día
Luego en polvo se convierte.

La humildad sobre la tierra
Cual florecilla silvestre,
¡Con el rocío del cielo
Semilla y aroma extiende!

CONTRA AVARICIA LARGUEZA

Cuando á consecuencia de la guerra civil quedaron asolados algunos pueblos del Norte de España, un honrado labrador de la provincia de Alava, viendo talados sus campos y perdida su cosecha, consideró la terrible miseria que le aguardaba y juzgó lo más conveniente emigrar á otro país de más recursos, en donde pudiera ganar trabajando el pan para su mujer y sus dos hijos, un niño de ocho años y una niña de seis.

En su juventud habia prestado sus servicios en el muelle de un importante puerto y hácia allí pensó dirigirse nuevamente, dejando á su pobre familia recomendada al señor cura y á la merced de algunas buenas almas.

Para verificar su traslado se vió precisado á caminar algunas leguas á pie, embarcándose luego en el primer puerto de mar á fin de recorrer las millas que

aún le faltaban para llegar al punto deseado.

Pero las cosas estaban dispuestas por la sabiduría infinita de distinto modo, y aquella misma noche hubo una niebla tan espesa, que perdida la brújula varió de rumbo la embarcacion, encontrándose á la mañana siguiente, cuando aclaró, mar adentro sin direccion fija y sin poder marcar su derrotero.

Perdidos de esta manera caminaron muchos dias en la mayor angustia, hasta que por fin divisaron un vapor mercante español, y al ver la direccion que llevaba pudieron orientarse de que se encontraban en aguas indo-británicas y no lejos de la isla de Ceilan.

Ansiosos de ver tierra y precisados por la carencia de víveres y de agua, se dirigieron á dicha isla, pudiendo arribar felizmente y con gran contento de todos, á la siguiente mañana.

Ya en aquel pais forzosamente, decidió nuestro buen hombre, que se llamaba Roque, probar su suerte y no quiso seguir á sus compañeros cuando provistos de lo necesario volvieron hácia su patria.

Algunos dias vivió Roque implorando la caridad de los isleños y de los españoles que veía, hasta que pudo introducirse en casa de un tallista en ébano y sándalo, y captándose sus simpatías logró quedar á su lado y aprender el oficio.

Así se pasó algun tiempo; mas una tarde en que paseaba por la orilla del mar, pensando, como siempre, con tristeza, en su lejano país, en su pobre familia que nada podia saber de él y en la necesidad de reunir medios para auxiliar á aquellos seres queridos, se puso á considerar en lo inmenso de la distancia que lo separaba, y de reflexion en reflexion llegó á pensar en las maravillas que aquel piélago encerraría en su fondo.

Esta idea se fijó tenazmente en su pensamiento y muchas tardes se paseó por el mismo sitio calculando que él quizás podria encontrar allí la base de su fortuna.

Trascurrieron cuatro años. Contaba ya con algunos ahorros y se despidió de su amo para poner en práctica sus proyectos, que hubo madurado bien en tan largo espacio de dias, y el cual consistía

en introducirse bajo las aguas y rebuscar en su fondo.

Cubierto con un traje especial y prevenido de un aparato respiratorio, hizo su primera exploracion al fondo del mar teniendo la suerte de arrancar de entre moluscos y plantas marinas una masa informe, que despues tuvo la satisfaccion de ver que era toda de coral.

Animado con el feliz resultado de este primer ensayo, hizo su segunda excursion y extrajo entonces una grande concha que encerraba, segun vió luego, una hermosisima perla.

Sus esperanzas no se habian defraudado y pudo ver su sueño convertido en realidad.

Roque siguió sus atrevidas y peligrosas excursiones por bajo del agua y durante algunas horas todos los dias, defendido con su aparato, lograba extraer del hondo seno conchas, corales ó alguna otra de las maravillas que se ocultan en el fondo del mar.

En tan penosa y dificil tarea continuó afanoso algunos años viendo con orgullo y con placer que iba formando una riqueza grande, pues muchas de las per-

las cogidas eran de un valor inmenso por su tamaño y belleza.

Así pasaron ocho años. En este tiempo hizo buenos negocios con la venta de algunas conchas que guardaban magníficas perlas, y de otras piedras preciosas y corales. Su fortuna habia crecido de una manera considerable, y juzgándose ya satisfecho, calculó que su tesoro ascenderia á unos cuantos millones y decidió abandonar su empresa y prepararse para volver á su país con la satisfaccion del hombre que ha conseguido, con la exposicion de su vida, la dicha para los séres queridos de su alma.

Pero no se marchó de aquella isla sin dar antes gracias á Dios por cuanto le habia favorecido con sus beneficios, y dejar á los isleños una prueba de su benignidad y largueza con una buena limosna y con la fundacion de un Asilo de caridad para los pobres desamparados.

Provisto de su tesoro, tomó pasaje en un vapor que iba directamente á España, y despues de algunos dias de navegacion y de un viaje feliz desembarcó en Barcelona.

Ya en la capital del principado, du-

dó un momento si escribir á su familia ó presentarse á ellos de improviso. Optó por esto último, y en alas de su amor y de su deseo, atravesó la distancia que le separaba de su pueblo.

Al fin pudo estrechar contra su corazón á su mujer y á sus hijos que lo recibieron con las mayores muestras de júbilo, porque lo juzgaban ya muerto.

Los doce años trascurridos habian sido bastante para cambiarlo todo; sin embargo, aquella familia vivió hasta este dia en la mayor miseria.

Marta, la mujer de Roque, habia enfermado hasta el extremo de no poder trabajar. Pablo, su hijo, era un jóven de veinte años, robusto y fuerte, que trabajaba pero que dejaba en su casa muy poco de su jornal, pues su carácter ambicioso y egoista le hacia guardárselo casi todo. En cambio, Andrea era una hermosísima jóven de diez y ocho años, que procuraba los mayores cuidados para su madre y que poseía rarísimas virtudes.

Roque tambien habia variado mucho; las fatigas, los trabajos y las penalidades, le habian hecho adelgazar y envejecer notablemente.

Desde el momento en que se vieron todos reunidos y que la familia pudo cerciorarse de la inmensa riqueza que Roque les traía, trataron de buscar una casa cómoda, procuraron los medios de curación para la pobre enferma y todo varió de aspecto.

Roque comenzó á notar en las condiciones de sus hijos una desigualdad visible.

Andrea, era toda ternura, generosidad y pureza.

Pablo, todo ambición, dureza é hipocresía. Las cualidades de éste disgustaron en alto modo al honrado padre y pensó poder enmendarlas con su buen tacto y cariño, pero inútilmente.

Desde el día en que Pablo pudo ver por sus ojos las riquezas que poseían en oro, perlas y corales, se hizo más discolo, duro y reservado. La idea de la ambición se había despertado poderosamente en su pecho, y alguna pesadilla tenaz comenzaba á germinar en su cerebro.

Así debió adivinarlo el padre, cuando para cortar aquel mal que empezaba, determinó, obrando prudentemente, hacer sus particiones y entregar á cada uno

de sus hijos lo que le correspondía.

Hízolo así, y Andrea rogó á su padre que él mismo fuera depositario y administrador de sus bienes; pero Pablo, pálido por la emocion, recibió su fortuna con un afán indescriptible y la guardó cuidadoso.

Aquella misma noche, Pablo, encerrado en su habitacion, sacó la preciosa caja de ébano que contenia su tesoro, y se puso á observar con avidez y admiracion, toda la riqueza de que era exclusivo dueño.

Desde entonces fué su mayor placer recrearse en las valiosas perlas y el oro que poseía, y en esta ocupacion pasaba largas horas antes de entregarse al sueño. Pero su corazon no se hallaba por esto satisfecho. El brillo de aquellos objetos que tanto le fascinaban, avivaron en su pecho el gérmen de la ambicion y encendieron en su alma el fuego de la avaricia.

— ¡Oh, sí! decía, despues de haber contado por la milésima vez las perlas y demás preciosidades que escondía. Yo puedo aumentar esta riqueza. Yo tambien, como mi padre, puedo extraer del

fondo de los mares un rico tesoro. Sí, sí; iré y lucharé con el poderoso elemento. Las perlas valen oro, y yo quiero mucho, mucho oro.

La madre del descontentadizo y ambicioso jóven, no habia sentido alivio en su enfermedad, y apesar del exquisito cuidado de su esposo, fué agravándose hasta el extremo de que ya era difícil su salvacion.

Pero esto no le arredró á Pablo, y expuso al padre su proyecto de marchar á la isla de Ceilan para seguir explorando aquel lugar tan fecundo en perlas y maravillas.

—Hijo mio, le dijo Roque; ¿á qué quieres exponer tu vida? ¿no tienes bastante ya con lo que yo te he proporcionado á costa de la mia?

—¡Oh, no, padre, yo necesito más; dejadme ir.

—Tu madre se muere...

—Yo volveré, pero dejadme; quiero saciar este afan que me devora.

—Pues hijo, que Dios te ayude; exclamó el padre con las lágrimas en los ojos. Y dándole sus instrucciones y sus aparatos de inmersión, lo despidió con

sentimiento. La desmedida sed de riquezas que se habia revelado en su hijo llenó su corazon de dolorosa amargura.

A los pocos dias de la marcha de Pablo, moría la infeliz madre víctima de la enfermedad ya contraída, y en la mayor pesadumbre por la ingratitud de su hijo.

La virtuosa Andrea quedó consolando á su padre, y siendo para los pobres del pueblo, con quienes compartía sus bienes, una hermana generosa.

Trascurrieron dos años.

En este tiempo, solo una carta habían recibido de Pablo, quejándose amargamente de lo inútil de sus investigaciones.

Las penas y los trabajos pasados oradaron la salud de Roque, y una afeccion penosa comenzó á germinar en su pecho. Temió la proximidad de la muerte y escribió á su hijo.

Pablo no contestó á esta sentida y cariñosa carta. Los reveses de la fortuna y los contratiempos habían empedernido su corazon.

En vano bajaba al fondo del mar y se esforzaba por buscar las conchas.

Dios no podia proteger su avaricia, y

así, casi siempre volvía sacando en vez de los valiosos objetos que deseaba, las manos y los pies ensangrentados.

Inútil fué, así mismo, su exploracion por distintos lugares. Su rabia por no poder realizar su constante anhelo, era infinita.

Un dia le indicó un viejo isleño cono-
cedor de aquellos sitios, el más apropó-
sito para la pesca de las conchas.

A poco recibió una carta de su pueblo.

Su padre se moría, y le llamaba para abrazarlo.

«Ven, hijo mío, le decía; abandona esa ciega ambicion y ven á recoger mi último suspiro.»

—¡Oh, exclamó con terrible cinismo Pablo; antes quiero cojer las perlas!

Y se dirigió al sitio indicado.

Aquel dia, algun espíritu maligno pareció favorecerle. Una hermosísima concha apareció entre sus manos. Volvió á sumergirse una y otras veces y fué sacando sucesivamente algunas piedras raras y de valor.

Loco de alegría con tan buena pesca, tornó á su morada, una miserable barraca que le servía de hogar.

Debajo del duro camistrajó que era su lecho, ocultaba perfectamente enterrada en la tierra, la cajita que contenia su caudal, el cual iba á ver aumentado en este día feliz con un placer infinito.

Apartó los obstáculos que le estorbaban... mas con los ojos espantados y los labios contraídos por el más terrible dolor, halló vacío el hueco donde encerrara la cajita.

¡Le habían robado!

Su ira y su desesperacion no tuvieron límite.

En vano gritó y amenazó. En vano se quejó á la autoridad é hizo pesquisas durante algunos meses; la caja de su tesoro no pareció.

Loco, por no haber podido satisfacer sus deseos, y ver en cambio destruidas sus ilusiones, debilitado y con un terrible réuma cogido al pecho, pensó en volver á España y al seno de su familia. Pero á su vuelta miró patentizado el castigo por su codicia.

Su padre habia muerto en la certidumbre de que su hijo no existía, á juzgar por su silencio, y dejó sus riquezas á congregaciones piadosas y para la fun-

dacion de un hospital; así se lo rogó su buena hija Andrea, que estaba dispuesta á tomar el velo de religiosa, y que profesó poco despues de quedar huérfana, en un convento de Carmelitas, repartiendo entre los necesitados su dinero y cuantos valores poseía.

Pablo, por su imprudente ambicion se encontró solo y pobre, y con una tenaz dolencia que le obligó á recurrir al hospital.

La generosidad y munificencia de su padre y hermana, le proporcionaron aquel benéfico asilo, donde terminó los dias de su vida, sufriendo amargamente las consecuencias de su criminal conducta y de su innoble é insaciable avaricia.

NO ES EL ORO...

—¡Madre, adios!—¡Hijo del alma,
Tu loca ambicion deshecha!
—No, madre, vivir no puedo;
Mi afan de gozar me lleva
Y allado allá de los mares
Voy en busca de riquezas.
—¡Hijo, hijo! ¡no es la dicha
La que con oro tú sueñas;
No es la ventura comprada
La que nos place y consuela.
Vuelve, vuelve de tu empeño,
Que acaso, si al fin te alejas,
No encuentres con tu fortuna
Los goces que ansioso anhelas!
¡Cuida que el placer más grande,
Que la dicha más inmensa
Son, del alma la fé pura,
Del espíritu la fuerza,
Del corazon las virtudes
Y la paz de la conciencia!

CONTRA LUJURIA CASTIDAD

En uno de los más apartados arrabales de una populosa capital, y en una humilde casa, se estaba representando al empezar nuestro relato una escena dolorosísima.

En medio de una desmantelada habitación y en un lecho de caoba, que denotaba algo de pasada grandeza, acababa de espirar un hombre que frisaría en los cincuenta años. En los rasgos característicos de su pálido rostro, surcado aún por las huellas del dolor, podía observarse toda la distincion y nobleza del hombre que ha ocupado una desahogada posicion y que sintió en su pecho un corazón tierno y bondadoso.

A la derecha de la cama, un sacerdote encomendaba á Dios con sentidas preces, el espíritu aquel que acababa de desli-

garse de la materia para volar á la eternal morada.

Al otro lado, una mujer arrodillada estrechaba una mano del difunto, como si quisiera retenerlo siempre así, y derramaba á la vez ardientes y copiosas lágrimas.

Y últimamente, á los piés del lecho y de hinojos tambien, una hermosísima jóven de diez y siete años, rubia y candorosa como los querubines que guardaron el sepulcro del Señor, alzaba los azules ojos al cielo con expresion infinita.

Al terminar sus oraciones el sacerdote, procuró consolar á aquellas tristes criaturas y apartarlas de allí, puesto que su mision había concluido.

¡Pobre esposo mio!... exclamó bañada en llanto la infeliz mujer. ¡Ni un pedazo de tierra que poder ofrecerte!... ¡Ni el consuelo siquiera de saber en dónde te hallarás depositado para rezar sobre tu sepulcro!...

—Vamos, señora; Dios le ha recibido en su seno; ¿qué mejor lugar quiere usted para él? dijo con bondadoso acento el religioso, que permaneció algunos mo-

mentos más, exhortándolas á la resignación.

Poco despues se despidió cariñosamente, y no bien hubo andado algunos pasos fuera de la habitacion, cuando se le acercó vivamente la jóven.

—Tome V., padre mio, le dijo conmovida; mi último traje y mi relicario de oro... ¡cuanto poseo!... procure V., se lo suplico! que alguien tome estas prendas y el resto de nuestros muebles, en cambio de la suma precisa para comprar una fosa á mi padre!

—¡Alma pura y bendita! la contestó el religioso; ¡guarda, guarda todo eso, tu padre tendrá una sepultura propia! Y se alejó murmurando una plegaria por aquella tierna niña.

Poco tiempo después, madre é hija, recomendadas por el sacerdote, ocupaban un cuartito en casa de un anciano pariente suyo, que se prestó á protegerlas.

Aquellos dos seres habían disfrutado una posicion distinguida en la sociedad.

El padre de Teresa, que así se llamaba la jóven, hombre de capacidad y de severos principios, llegó á ocupar elevados puestos en la política, á la que siem-

pre le guió sinceramente el amor patrio y nunca el propósito de medrar.

Cuando una de esas evoluciones tan frecuentes en la vida, vino á variar las cosas, el hombre probo, desinteresado y leal, quedó postergado al olvido. Poco despues, una quiebra inesperada lo redujo á la pobreza, y algun tiempo más tarde, una dolorosa enfermedad lo conducía al sepulcro.

Esta fué la historia de aquel honrado y generoso patricio.

Su mujer y su hija quedaron en la más triste orfandad.

Gracias á la piedad del buen cura, tuvieron éstas un asilo donde refugiarse y una sepultura propia en donde guardar aquellos restos queridos.

Teresa, jóven delicada é impresionable como la sensitiva, se vió obligada á trabajar. Su pobre madre comenzaba á imposibilitarse. El llanto que de continuo derramaba iba quemando sus pupilas y una nube espantosa se extendía paulatinamente ante sus ojos.

La jóven, tierna y cariñosa, multiplicaba sus cuidados, bordaba de dia y de noche y procuraba á su madre ali-

mentos con el mezquino producto de su trabajo.

Un día en que volvía de la calle, un hombre, que la había seguido muchos días, se interpuso en su camino.

—Teresa, le dijo resueltamente, conozco tu situación; yo puedo aliviarla, si tú quieres; ¿aceptas mi cariño?

—Gracias, caballero; contestó ella, apresurando el paso y sintiendo que el rubor encendía su rostro.

Aquél era uno de los que habían conocido á Teresa en distinta posición, y quería ahora aprovecharse de su humildad para cubrirla de ignominia.

Al día siguiente volvió á insistir el caballero, pero obtuvo la misma negativa, repitiéndose esta escena durante algunos días más.

Una tarde le dijo el impertinente enamorado:

—Oyeme, Teresa, te conviene lo que te voy á decir.

—Y bien, hable V., le contestó ella, deseosa de terminar.

—Eres muy hermosa; lo difícil de tu posición dará lugar á que algún día admitas las proposiciones de cualquiera; yo

puedo desde ahora ofrecerte cuanto desees... lujo, comodidad, amor...

—Basta, caballero; nada deseo, ni ambiciono más amor que el de mi madre; y así diciendo, intentó seguir su camino; pero su interpelante la detuvo todavía.

—Tu madre se halla enferma, casi ciega; si la amas, haz algun sacrificio por ella; atiende á lo que te digo, y haré que los mejores médicos del mundo se presten á su curacion, y que disfrute de una existencia tranquila y desahogada.

—¡Oh! exclamó la jóven; es inútil; Dios es misericordioso, y velará por ella y por mí.

Y emprendió vivamente su marcha, con la faz encendida como las amapolas de los prados.

El caballero rugió de despecho ante la poderosa obstinacion de aquella inocente niña.

—¡Tú accederás, ó vive Dios que he de poder muy poco! murmuró enfurecido y mientras se alejaba, maquinando algun plan diabólico.

La jóven llegó á su casa presa de la mayor agitacion.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! decía para sí;

¡tengo miedo á ese hombre; libradme de él! Mas procuró disimular ante su madre.

Hubiera deseado no salir de su casa en muchos dias; pero la precision de ir á entregar su obra la obligaba á ello.

A la tarde siguiente, retrasando un poco la hora, se dirigió á la casa en donde le facilitaban el trabajo. Su constante perseguidor se encontraba, como de costumbre, no lejos de aquel sitio, acechando el momento de verla.

En vano quiso ella salir recatándose de sus miradas.

A los pocos pasos sintió que se le acercaba y le decía:

—¡Teresa, Teresa, ámame, ó de lo contrario, el oprobio más cruel hará girones tu honra!

—¡Virgen mia, piedad! exclamó la infeliz sin detenerse.

—Nó, no la tendré de tí, si no atienes á mi ruego; mañana, sábelo bien, mis amigos todos sabrán que tú vives en la morada de un hombre á quien algunos no vacilarán en desestimar. Tu reputacion se verá manchada, y despues... despues, yo pondré en práctica mis planes para conseguir mi empeño; y una son-

risa de feroz satisfaccion se dibujó en sus labios.

Un grito de espanto se escapó del pecho de la pobre niña, que huyó velozmente hácia su casa.

Al llegar, se arrojó estremecida en los brazos de su madre y lloró con amargura.

—¿Qué tienes, hija? la preguntó sorprendida aquélla; ¿qué te sucede, para esa profunda inquietud, para esa mortal angustia?

—¡Madre, madre mia, salgamos de esta casa; la maledicencia va á cebarse con nosotras y con nuestro noble protector!

—Pero ¿qué nueva desgracia es esa que nos amenaza? ¡dímelo por Dios!

La jóven refirió entónces á su madre lo que le venía aconteciendo con aquel hombre que en otro tiempo fué para ellas amigo respetuoso.

La pobre señora lloró amargamente. El temor de la ignominia que pudiera lanzar aquel malvado sobre su inocente hija y sobre el piadoso caballero que les daba asilo, le estremeció profundamente. Era preciso abandonar enseguida aquella

noble mansión y huir á un paraje ignorado para el infame perseguidor, de Teresa; pero, ¿cómo? carecían de recursos; la tierna madre se hallaba casi ciega!...

— ¡Dios mío!... exclamó ésta en un arranque de dolorosa congoja; ¿qué haremos? ¿á dónde ir que no nos persiga el infortunio?... ¡mis ojos se van oscureciendo por una nube sombría!... ¡mi hija, mi pobre hija se verá expuesta á las terribles asechanzas de ese hombre envilecido!... ¡Señor, Señor, no me robes la luz que ahora tanto necesito!... Y de sus dolientes ojos siguió vertiendo un raudal de lágrimas.

Teresa, que había permanecido abatida, levantó la casta frente embellecida como por una aureola celestial, y dijo con emoción:

— Madre, en las boardillas de esta casa vive una mujer que posee un rebaño de ovejas en un monte no lejano de esta ciudad; ayer me decía que había despedido al pastorcillo y que necesitaba de otro muchacho para guardarlas; espere usted.

Y salió velozmente de la habitación, volviendo á los pocos instantes.

Una sonrisa cándida como la de los ángeles se dibujaba en su boca.

—¡Madre mia! dijo con expresion de ternura; al amanecer saldremos para el campo; los aires puros de la montaña fortalecerán su salud, y quién sabe si le harán un beneficio para la vista; residiremos en la choza de nuestra buena vecina, que tambien nos proporcionará alimento en cambio de mi cuidado por sus ovejas. ¡Oh, allí no tendremos que temer la persecucion ni la calumnia!

—¡Hija pura y virtuosa! Dios te colmará de bondades y te cubrirá con su misericordia bendita!

Aquella noche se despidieron del anciano y generoso señor que les había favorecido, y á la mañana siguiente muy temprano, madre é hija, acompañadas de la vecina, se encaminaban al monte. Allí tomaron posesion de su rústico albergue.

Teresa quedó convertida desde aquel instante en una hechicera pastora.

Trascurrieron muchos dias en aquella vida campestre.

La tranquilidad y la más sencilla calma comenzó á reinar en aquellos tiernos corazones.

La jóven cuidaba cariñosa de sus corderos; bajaba con ellos al valle; los conducía á lo más elevado de la montaña; se internaba por lo más intrincado del camino, y saltando las breñas y entonando tiernos cantares, volvía con sus compañeras á la puesta del sol, y contenta y resignada, iba á arrojarse en los brazos de su madre.

Todos los campesinos de la comarca sintieron un respeto y cariño profundo por aquella zagala hermosa, y todos se interesaban por la salud de su buena madre.

Pero ésta, cuya pena era cruel por ver á su hija en tan humilde estado, había concluido por perder el último rayo de luz que le restaba á sus ojos.

Un dia en que Teresa se encontraba, como de costumbre, lejos de la cabaña guardando su ganado, llegó la mujer dueña de éste, á la choza, y dijo á la pobre ciega que un caballero le había preguntado con interés el paradero de Teresa, y que tal vez no tardaría en visitarla.

Las señas convenían con las del perseguidor de la inocente muchacha. Por

La profundidad del sitio donde ocurría la escena que describimos, libró á la infeliz jóven de ser vista.

Teresa, arrodillada junto á su madre, sosteniendo sobre su pecho la cabeza de ésta, procuraba reanimarla con sus besos y la cubria de ardorosas lágrimas.

—¡Pobre madre mia! decia con doliente acento. ¡Tú no te has detenido ante la horrible oscuridad de tus ojos por favorecerme!... ¡Tú has preferido tu daño, quizás la muerte, por salvarme!... ¡Oh, yo debo buscar para tí los auxilios necesarios, aun á riesgo de mí misma! Cercano á la poblacion existe un hospital... La noche va derramando sus sombras... ¡Dios mio! ¡Virgen Santisima! ¡guiad mis pasos y dadme fuerzas!...

Y así diciendo, cargó sobre sus débiles espaldas el cuerpo inanimado de su madre, y emprendió trabajosamente el camino.

De vez en cuando, Teresa vacilaba como rendida por tan enorme peso; mas invocaba el nombre de Dios y de su santa Madre, y cobraba nuevo ánimo para seguir con su preciosa carga.

Por fin, despues de una marcha difícil

por lo angustiosa y larga, llegó á la puerta de aquella bendita casa de caridad.

La frente de la heroica niña se hallaba cubierta de sudor copioso. Cuando hubo atravesado el dintel, no tuvo ya fuerzas para pedir socorro, y cayó desplomada y sin aliento bajo el pesado cuerpo de su madre.

Cuando algunas horas despues pudo volver en sí, se encontró en un blando lecho rodeada por varias hermanas de Caridad.

La primera palabra que formuló en sus labios fué el nombre de su madre.

Aquellas santas mujeres le dirigieron frases de consuelo y resignacion, y le señalaron á otro lecho junto al cual un ministro de Dios auxiliaba á la moribunda.

Teresa se arrojó de la cama y corrió sollozando á recibir el último suspiro de su madre.

Esta pareció reanimarse un momento; volvió el rostro hácia su hija como ansiosa de verla, levantó despues sus párpados al cielo en ademan suplicante,

y estrechando la mano de Teresa, lanzó el postrer aliento...

Tres años más tarde, era conducido á aquel hospital un hombre que padecía una enfermedad horrible y repugnante contraída por una vida licenciosa y desordenada.

Uno de aquellos ángeles de caridad se acercó á su lado á suministrarle un paliativo.

—¡Teresa! exclamó el enfermo, poseído de la más viva emoción.

La jóven, pues era ella, que habia solicitado con ardiente empeño y conseguido pertenecer á aquella piadosa comunidad, hacia dos años que habia pronunciado el voto y que ejercia con bondad evangélica el sagrado ministerio de la caridad.

—¡Hermano mio! contestó con dulzura á aquél que era su perseguidor; esta bebida le calmará los dolores del cuerpo, la fé templará su alma y los consuelos de la religion fortalecerán su espíritu.

—¡Oh, es un ángel de pureza, y yo un miserable corrompido que no merezco

sus bondades! murmuró el enfermo; ¡perdon! ¡perdóname, Teresa!

—¡Dios me ha encomendado la misión de consolar á los que padecen, y hoy me coloca junto á V. para que comprenda que su misericordia es infinita!

—¡Dios, Dios! ¡oh, gracias, Teresa, por la luz que has derramado en mi cerebro, y por el bálsamo dulcísimo que has vertido en mi destrozado corazón.

Cuando el caballero vió restaurada su salud, se alejó de allí con el propósito de hacer donacion de sus bienes en favor de aquel benéfico asilo de caridad.

Así lo verificó, yendo despues á concluir sus dias santamente en un monasterio de religiosos enclaustrados.

VICIO Y VIRTUD

Tiende el ángel del averno
Sus terribles acechanzas
Y un arcángel más hermoso
Defiende á las tristes almas,

¡Pobre la que en brazos cae
De la impureza menguada!
¡Dichosa la que se acoje
Del ángel casto en las alas!

Aquella, en placer mentido
Por campo de flores pasa;
Ésta, por camino estrecho
Que agudas espinas clava.

Mas á la postre las unas
Al precipicio resbalan;
Las otras suben al cielo
De esplendores coronadas.

¡Horror al vicio que esconde
Podredumbre entre sus galas!

¡Benditas sean las virtudes
Que obtienen la excelsa gracia!

CONTRA IRA PACIENCIA

Alejandro no era un joven de índole perversa, pero sí de un genio tan vivo y voluntarioso, que la menor contradicción le irritaba con extremo.

Su hermano Camilo era todo lo contrario; de carácter pacífico y humilde, á todo se avenía, y soportaba con una dulzura y bondad infinitas las impertinencias de su prójimo.

Los dos eran hijos de un honrado comerciante que los amaba tiernamente, y que no perdonaba gastos ni sacrificios por que terminaran felizmente su carrera, con el fin de que pudieran proporcionarse por sí mismos un porvenir brillante.

Ambos habian elegido la carrera de las armas, y eran alumnos de artillería en el Colegio de Segovia.

Camilo, un año menor que su her-

mano, le aventajaba en aplicacion y talento, y esto exasperaba á Alejandro, que, juzgándose humillado, sentia á veces los arranques más ignominiosos contra su buen hermano.

Un dia paseaban por un jardin alrededor de un gran estanque.

Camilo acababa de hacer unos brillantes exámenes que le habian valido el premio.

Alejandro habia salido suspenso, y la palidez de la ira se extendia por sus mejillas; de repente, sus labios temblaron, la idea de la venganza se agitó en su seno, y, movido por un impulso de coraje, cogió á su hermano por la cintura y quiso arrastrarlo hácia el estanque; pero éste, comprendiendo el intento, se defendió valeroso, procurando desprenderse de sus brazos, y acaso más fuerte, lo consiguió, mas con tan mala fortuna, que, sin poderlo contener, vió caer á su hermano en el mismo sitio donde se proponia arrojarle á él.

Camilo, con una viveza extraordinaria se precipitó en el agua, y con gran dificultad pudo extraer á Alejandro, que ya comenzaba á fatigarse y que perdió

el conocimiento apenas se encontró fuera del estanque.

Esta accion noble de Camilo excitó más y más la rabia de Alejandro, que no podia avenirse á ser vencido ni contrariado en sus propósitos, y llamando á su hermano á la cabecera de su lecho, en donde se hallaba enfermo, á consecuencia de una congestion que le habia producido el baño, le dijo de este modo:

—Tú has pretendido humillarme bajo todos conceptos, y te prevengo que no has de conseguirlo; tu conducta de hoy no te la agradezco; guárdate de contrarrestar mi voluntad y de hacerte superior á mí.

—¡Válgame Dios, hermano mio! modera los ímpetus de tu carácter; yo procuraré no incomodarte; pero sé tú juicioso y aplícate más al estudio para que puedas terminar en este año tu carrera; ya sabes que yo la he concluido; mas no quiero que desmerezcas de mí á los ojos de nuestros padres, y permaneceré á tu lado hasta que estés en disposicion de marchar de aquí para que vayamos juntos á nuestra casa y para que á la vez comencemos el ejercicio de nuestros de-

beres en el distinguido cuerpo al cual hemos de pertenecer.

Alejandro, aunque sin darse por satisfecho con tan atinadas razones, comprendió sin embargo que debía obrar así y se propuso ganar el año perdido, dominando un tanto la irascibilidad de su genio.

Por fin, despues de algun tiempo los jóvenes marcharon al pueblo de su nacimiento en donde les aguardaban sus padres, ansiosos de estrecharlos contra su pecho.

Alejandro y Camilo, vestidos con el uniforme de artilleros, eran dos gallardos mozos y se adivinaba en ellos á dos valientes militares; pero á través de la fisonomía de cada cual se reflejaba en el uno, la dureza y la acritud de un genio discolo é iracundo, y en el otro la dulzura y la tranquilidad de un alma pura y bondadosa.

Despues de permanecer algunos dias en el seno de su familia, fueron á incorporarse al cuerpo que les correspondia y poco más tarde marchaban á las provincias del Norte dispuestos á tomar parte en la última guerra civil, que en esta

ocasion se hallaba con más coraje y ardor encarnizada.

Los dos hermanos comenzaron á distinguirse valerosamente en el cumplimiento de sus deberes; pero desde el primer momento, Camilo mereció más simpatías por parte de sus inferiores y de sus jefes, lo cual agrió de tal modo el carácter de Alejandro, que se hizo antipático é irresistible para todos; no podia sufrir las preferencias y cariño que se captaba su hermano, y templaba su mal humor, ya en el calor de los combates, ya maltratando ó tiranizando con despotismo á los infelices soldados, que le miraban con temor y le odiaban inconscientemente.

En todos los encuentros con el enemigo, Alejandro peleaba por desahogar su furor sin cuidarse mas que de sí mismo.

Camilo combatia con nobleza por la causa que le estaba encomendada, y á la vez defendia á sus soldados sin dejar de estar á la vista de Alejandro, por si era preciso acudir á favorecerle.

En una ocasion, las tropas enemigas hicieron una retirada falsa para dar lu-

gar á que las otras avanzaran; éstas adelantaron sin temor, pero de improviso se vieron rodeados y acometidos por una falange de soldados muy superior en número; la lucha se hizo reñida y dificultosa; el suelo se vió en poco tiempo cubierto de victimas, y los ayes de los heridos se confundían entre el silbido de las balas y las imprecaciones y voces de los combatientes.

Algunas horas más tarde, la victoria habia quedado á favor del enemigo, y las sombras y el silencio de la noche sucedieron á la luz del dia y al fragoroso ruido del combate.

Por entre los cadáveres de los infelices que en aquella lucha desigual y sangrienta habian caído bajo el hierro homicida y el fuego asolador de la batalla, se vió atravesar á un hombre como buscando afanoso á alguna víctima.

De pronto se detuvo, incorporándose sobre uno de aquellos desgraciados.

— ¡Hermano mio! exclamó; ¡Alejandro! ¡Oh, vive aún! ¡Dios mio, ayudadme á librarlo de una muerte segura!

Y con un cuidado tiernísimo le quitó la levita y demás insignias de oficial, lo

cubrió con un capote de soldado y cargando sobre sus espaldas el cuerpo casi exánime de su hermano, comenzó á caminar ansioso de conseguir en la oscuridad de la noche la salvacion de aquel sér querido, aunque fuera á costa de su vida.

Pero desgraciadamente no pudo realizar su noble intento.

El enemigo vigilaba muy de cerca y Camilo escuchó el ¡quién vive! de un centinela, viéndose al punto cogido entre algunos soldados, á los cuales tuvo que rendirse prisionero.

A la mañana siguiente fué presentado al jefe de la faccion, el cual, despues de preguntarle su nombre, le interrogó por el herido que traia sobre sus hombros.

—Señor, es mi pobre asistente, que por librarme la vida cayó mortalmente herido, y yo quise pagarle de igual modo, exponiéndome por salvarlo.

—Jóven, la accion de V. es digna de un alma valiente y noble, y voy á contribuir en algo disponiendo que su asistente sea conducido á la enfermería y que á V. se le permita estar á su lado,

dándome su palabra de honor de no evadirse.

—Lo juro, señor brigadier, contestó Camilo agradecido á tan señalado favor; pues sabia que no era la indulgencia ni la caridad con los prisioneros, especialmente con los oficiales, condiciones ni costumbre del enemigo.

Alejandro, asistido cariñosamente por su hermano, fué colocado en una cama y recibió la primera cura. La herida era en el hombro izquierdo y no presentaba gravedad alguna.

Cuando volvió en sí le dijo Camilo:

—Hermano mio, nos hallamos prisioneros; he dicho que eres mi asistente para poder estar á tu lado y librarte de otros peligros, pues ya sabes que aquí no hay cuartel para la oficialidad; obremos con prudencia.

Y le refirió lo ocurrido hasta aquel momento.

—¡Prisionero! ¡prisionero yo! ¡oh, es imposible, hermano; tú te has conducido torpemente; debias haberme dejado morir, antes de traerme á tan deshonroso estado: rugió Alejandro con ira.

—¡Calla! ¡calla! no des lugar á que se sepa quién eres.

—Poco me importa, exclamó en voz alta; aborrezco al enemigo, odio la causa que defiende y estoy dispuesto á dejarme matar hundiendo mi espada en el pecho de esos viles.

El cabo de guardia se acercó al lecho y le ordenó callar, pero Alejandro enfurecido, se incorporó vivamente y le asestó una bofetada.

—¡Alejandro! ¿qué has hecho? gritó su hermano dolorosamente.

—Vengar la afrenta; ¡canallas! ¿queréis tratarme como á un miserable soldado?

El cabo se contuvo considerando la situación del enfermo; pero dió parte de lo ocurrido al jefe, y este mandó que al mejorarse el herido fuera conducido inmediatamente á un calabozo.

Así pasaron algunos dias. Alejandro, rabioso y maldiciendo contra todos; y Camilo, cuidándolo con ternura y procurando evitar, inútilmente, aquellos arranques peligrosos.

Cuando el herido pudo dejar el lecho y supo su hermano la suerte que le espe-

raba, se presentó al brigadier y le dijo de este modo:

—Señor, mi desdichado asistente se halla bien de la herida; pero su razon se ha extraviado lastimosamente, hasta el extremo de que se juzga superior á todos. Sé que se ha dado orden de encerrarlo en un calabozo por su inconveniente conducta, y yo vengo á rogar á V., que tan noblemente nos ha tratado, que en vista de la terrible demencia del pobre soldado, lo ponga en libertad, y en cambio disponga de mi vida como prisionero.

—Jóven alférez, tiene V. un gran corazon; lástima que no pertenezca á nuestras filas.

—Señor, respeto las ideas y amo á los hombres bondadosos como V.; pero soy fiel á mi rey.

—Bien, muy bien; merece usted mis simpatías y mi proteccion; oiga, mañana á primera hora serán fusilados algunos de los prisioneros que han intentado hacernos daño; entre ellos estaba comprendido su infeliz asistente; pero esta noche yo proporcionaré á V. un pase para que pueda conducirlo á su campamento; queda V. libre desde ahora, señor oficial.

—¡Oh, gracias, gracias, señor brigadier!

Aquella misma noche, Alejandro y Camilo, resguardados con el pase que llevaban, gracias á la benevolencia del brigadier enemigo, caminaban presurosos hácia el punto que ocupaban los suyos.

Cuando se presentaron á su jefe y supo éste lo ocurrido, les concedió un ascenso, como justa recompensa á sus servicios y sufrimientos.

Pasaron algunos meses. Camilo obtuvo nuevos honores. Alejandro seguía con su carácter aborrecido de todos.

Un dia se hallaban los dos hermanos en la instruccion de quintos. Alejandro, á cada paso mal dado, ó á cada voz no comprendida al punto por los novicios soldados, lanzaba una imprecacion ó sacudia fuertemente su espada sobre el mas cercano. Este proceder ignominioso disgustó al bondadoso Camilo, que con una paciencia suma y delicadeza infinita trataba á los infelices quintos; y no como jefe inmediato, que por su graduacion era de Alejandro, sino como hermano tierno y cariñoso, lo llamó aparte y qui-

so razonablemente hacerle comprender que su conducta no era la más conveniente ni digna, puesto que se trataba de unos pobres muchachos ignorantes y sujetos á la rigurosa disciplina de la milicia.

El coraje coloreó las mejillas de Alejandro.

Aquella observación fué para él una ofensa grave, y mayor en boca de su hermano, de quien sufría menos que de otros por la misma razon que era superior á él en posicion y talento.

—¡Oh! exclamó: eres un mentecato al reprenderme y al querer erijirte en Mecenas mio; sabes que soy mayor que tú, que jamás he dado oídos á reconven-
ciones, que me basto yo solo para guiar-me, y que tengo una voluntad firme y unos puños de hierro para confundir á los que no obedezcan á mi voz y á los que como tú, se atrevan á humillarme; y esto diciendo, descargó un terrible puñetazo sobre su amante hermano.

—¡Alejandro! gritó Camilo con sentimiento, sin intentar defenderse, y mirando á todos lados con el temor de que alguien hubiera podido apercibirse de

aquella accion inícuá, como así sucedió. Un comandante llegaba en el momento crítico del lance, y presenciando el hecho, se dirigió indignado hacia Alejandro, protestando contra su conducta y amenazándole con el castigo que merecía.

Entonces ya fué cuando Alejandro, ciego por la ira ante tan justa reprension, sin respeto á su jefe ni reparar en la falta que cometia, desenvainó la espada y le retó con palabras descompuestas, llegando hasta el insulto y disponiéndose á atacarle si no admitia la lucha. Esta fué inevitable; el comandante se vió obligado á defenderse; pero tan rudo y tan violento fué el ímpetu del insubordinado teniente, que el acero de éste fué á clavar-se en el pecho del noble Jefe, el cual cayó sostenido por el atribulado Camilo que presenció esta rápida y desagradable escena, con ojos de dolor.

En tanto, Alejandro fué conducido á la prevencion por algunos cabos y sargentos que acudieron á tan ruidoso escándalo, y poco despues, dada la gravedad de su delito, quedaba incomunicado en un lóbrego calabozo.

Inmediatamente comenzó á instruirse sumaria sobre este hecho criminal, y formado el consejo de guerra, falló éste que el iracundo militar fuera destituido de sus honores y desterrado á un castillo si la víctima curaba, pero que en el caso de morir, debia ser pasado por las armas.

Camilo estaba consternado con el proceder de su hermano.

El desdichado comandante luchó muchos dias entre la vida y la muerte; la herida fué considerable y peligrosa desde el primer momento.

Desgraciadamente para Alejandro, una complicacion imprevista vino á aumentar la gravedad del herido que dejó de existir á los dos meses. Desde entonces la muerte de aquel quedó tambien irremisiblemente decretada.

Camilo lloró profundamente la triste suerte y el deshonor de su hermano, pero no habian pasado muchos dias, cuando una nueva vino á prestar un tanto de esperanza y de sosiego á su abatido corazón.

Alejandro, sin que se pudiera sospechar cómo, se habia evadido de su pri-

sion, burlando la vigilancia de los centinelas que le custodiaban.

Inútiles fueron todas las pesquisas por encontrarlo. Nadie pudo averiguar su paradero.

Así pasaron diez años.

Camilo en este tiempo adelantó de una manera prodigiosa en su brillante carrera. Acababa de ceñirse la faja de General, cuando volvemos á encontrarlo, y le habia sido conferido á la vez el mando militar de Filipinas, para donde se embarcó á los pocos días.

Tres meses hacia que se encontraba en dicho punto llenando noblemente las obligaciones de su elevado cargo, cuando una mañana llegaron á participarle que un hombre de aspecto miserable y loco, al parecer, pues decia ser hermano del General, solicitaba una entrevista con su excelencia.

Camilo sintió latir violentamente su corazon y dispuso que el hombre aquél, fuera conducido inmediatamente á su presencia.

Cuando llegó ante él no le quedó duda: era el desventurado Alejandro. Pero ¡cuán demudado estaba! Habia envejecido

prematuramente, y en su ajada fisonomía y en su pobre vestido se adivinaba una situación triste y un sufrimiento continuo.

Al llegar hasta el General, con aire sorprendido y humilde á la vez, se arrojó á sus plantas.

—Nó, ven á mis brazos, hermano mio; le dijo aquél, siempre benigno y cariñoso.

—¡Perdon! ¡perdóname! balbuceó Alejandro; ¡he sido un miserable que no merezco tu indulgencia!

—¡Oh! todo lo he olvidado, eres mi hermano y te amo como siempre, pero cuéntame tus desgracias y dime como te encuentras aquí en tan deplorable estado.

A Alejandro entónces refirió á Camilo que habiendo sabido despues de aquel arretrato de ira que le llevó á cometer un crimen en la persona de su Jefe, que iba á pagar su culpa con la última pena, compró la voluntad de un centinela y pudo, disfrazado, evadirse de su prision, logrando escapar hácia Portugal, en donde permaneció algun tiempo. Allí, se vió precisado á buscar medios de subsis-

tencia, pero lo hizo por el camino del vicio. Aquella vida le proporcionó serios disgustos que le obligaron á marchar hacia otro punto, verificándolo á Filipinas en calidad de secretario de un excéntrico inglés que lo despidió de su lado á los dos meses. Entónces empezaron para él las mayores penalidades, en aquel país desconocido, sin familia, sin dinero y sin poder descubrir su verdadero nombre por el terrible anatema que sobre él pesaba.

Nada hacia porque nada sabia hacer, ni resistia nadie su carácter cada vez más agrio y descompuesto. Alejandro vivió algun tiempo mendigando de la caridad de los filipenses un poco de pan ó arroz, para no morirse de hambre. Un dia lo señalaron por vago á las autoridades y dieron la órden de prenderle, pero él lo supo y huyó por los campos internándose entre los indígenas. Estos estuvieron á punto de matarlo, pero él se valió primero de la fuerza, hiriendo á algunos con su rewólver, y luego de la astucia, y logró hacerse respetado y temido de aquella tosca gente, entre la cual vivió como un salvage durante algunos años. Pero sus aventuras no debian terminar

aquí. Los indígenas aquellos eran idólatras y dedicaban sus groseros cultos á un inmenso gato negro y feroz, ante el cual sacrificaban víctimas humanas. Muchos que temían y odiaban al europeo, concertaron un día su muerte con la de algunos esclavos, en honor del imponente animal; pero advertido aquél por una indígena que lo amaba, huyó por los bosques y las montañas. Muchos días se mantuvo de frutas y de yerbas, pero cansado ya su espíritu en aquella lucha incesante y abatido su cuerpo, levantó los ojos al cielo y pensó en la tranquilidad de las almas que sienten un pecho noble y generoso y que tienen calma y resignación bastante para sufrir con dulzura las molestias de la vida.

— ¡Dios! ¡mio! exclamó llorando, acaso por la primera vez; ¡tu castigo es severo, pero justo! y cayendo de rodillas añadió: ¡Señor, aquí me tienes humilde y arrepentido; muéstrame el camino de tu misericordia y yo te juro hacerme digno de tu gracia!

Aquella noche penetró en la ciudad y á su paso oyó á varios pobres que bendecían el nombre de su hermano; entón-

ces supo con admiracion que éste se encontraba allí con el alto puesto de General al mando de aquellas islas.

A la mañana siguiente solicitó la entrevista que ya sabemos.

Cuando acabó el relato de sus desgracias, Camilo lloraba profundamente.

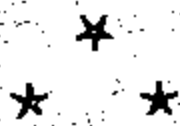
— ¡Pobre hermano mio! dijo volviéndole á estrechar contra su pecho; ya se acabaron tus sufrimientos; permanecerás á mi lado, y cuando te hayas repuesto de tus fatigas, volveremos siquieres á nuestra patria, en donde facilmente te se podrá proporcionar un empleo digno de tu clase.

— ¡Olvidas, hermano, que no puedo volver á mi país por hallarme sentenciado á muerte?

— ¡Oh, nó! yo alcancé el indulto para ti, mas inútilmente he indagado tu paradero para manifestártelo.

— ¡Camilo, hermano generoso, cuánto he debido amarte, y cuán cruel he sido contigo! Escucha; las privaciones y las desdichas han variado mi carácter; en este momento se opera en mis sentimientos una régeneracion completa; una luz celeste ilumina mi cérebro y un fuego

vivísimo inflama mi corazón; no debo volver á nuestra patria, sino permanecer aquí hasta el último día de mi vida; conozco la ferocidad de las costumbres impías de esos pobres indígenas que ignoran la existencia de un Dios grande y poderoso. ¿No podré yo ganar muchas de esas almas para el cielo?



Algun tiempo después un padre misionero recorría parte de aquellas islas cuyos habitantes vivían en el más lamentable error. Su palabra divina y su figura humilde y magestuosa á la vez llenó de admiración y de consuelos el corazón de aquellos desdichados sin creencias.

La religión cristiana ejerció su dulce poderío. La antorcha celestial brilló resplandeciente y muchos espíritus oscurecidos por la ignorancia sintieron arder su pecho con el fuego bendito de la verdad.

El religioso llegó á internarse tanto

por el centro de aquel territorio de salvajes, que pereció en la demanda víctima de su heroísmo.

El misionero aquel era Alejandro que sacrificó su vida en aras de la fé, lleno de paciencia, de piedad y de mansedumbre evangélica.

EL IRACUNDO

¿Quién eres tú, desdichado,
Para que ciego te arrojes
Por el abismo sin fondo
Que eterno penar esconde?

¿Qué impulso tu paso guía?
¿Por qué lívido recorres
El corto trecho que tienes
Entre la tumba y el hombre?

Modera el ímpetu rudo
De tus salvajes furoros,
Y calma tu airado encono
Y tu coraje depone.

Mira que al fin de la vida
Juzgadas son las acciones,
Y el soberbio y el humilde
Su merecido recogen.

Busca en la fé la paciencia;
¡Y aprende de aquel Dios-Hombre
Que siendo tan alto y justo
Sufrió muerte de traidores!

CONTRA GULA TEMPLANZA.

En un pueblecito de Andalucía, pequeño y alegre como pintada mariposa que vive en el campo agitada por la tenue brisa y aspirando el perfume de las flores, se miraba contigua á la iglesia una casita de planta baja, modesta pero buena, relativamente á las otras.

En aquella mansion tranquila, donde la más hermosa virtud parecia tener su asiento, vivia el señor cura, varon noble y bondadoso, que reunia á un corazon sencillo y bello un alma fervorosa templada en la más pura caridad.

El buen religioso tenia consigo á una hermana viuda de un militar que habia perdido la vida en una accion, con la pena de no poder estrechar contra su pecho á su mujer y á su hijo, seres queridos de su alma, los cuales quedaron al amparo del hermano sacerdote, pues que por ha-

berse aquél casado de alférez, su esposa no alcanzaba viudedad.

La pobre viuda no sabia que su marido al morir, fiado en la nobleza de un compañero le habia comunicado un secreto para que á su vez lo revelara á su esposa, con el fin de que ésta percibiera la fortuna que legaba para su hijo. Pero el depósito sagrado no llegó á manos de aquélla, ni supo nunca nada del encargo del moribundo.

Triste y sin recursos, acogida en aquel santo-asilo, procuró dar á su hijo una educacion buena, basada en la más sólida moral, y favorecida por su hermano lo envió á un colegio de la corte, del cual sólo venia á su pueblo en los dias de vacaciones.

Rafael, que así se llamaba el joven, aunque un tanto rudo de inteligencia, era dócil y de un fondo noble y generoso; así que no tardó en verse rodeado por cierta clase de amigos que en vez de guiarlo y de estimar sus sentimientos, abusaron de su inexperiencia y su bondad.

Poco aficionado al estudio y engreido por aquellas perniciosas compañías, em-

prendió Rafael un camino torcido y peligroso, que le condujo por su mal á muy detestables vicios.

Debemos advertir que no estaba de interno en el colegio, y que á comer y á dormir iba por un módico estipendio, á casa de una buena mujer, antigua sirvienta de su tío, lo cual daba lugar á que tuviera tiempo libre y á que así contrajera amistades que le perjudicaban.

Uno de los defectos que más se desarrollaron en el jóven, fué el de una afición desordenada por las comidas y bebidas.

Cuanto dinero le mandaba su tío de regalo, ó para cubrir algunas necesidades y cuanto podia reunir con la venta de sus propios libros y hasta por medios ilícitos, otro tanto destinaba en regalar su estómago ó en comilonas con los compañeros, que concluían por dejarlo embriagado, robándole cuanto podían.

La gala principal de Rafael era la de hacer grandes apuestas de comidas, que generalmente ganaba, aunque á costa de congestiones espantosas.

Una vez apostó con varios amigos á que él solo se comia un lechon, seis ga-

llinas, doce docenas de huevos y doce panes, y admitida la apuesta, vieron los fondos con que contaban y sólo pudieron reunir para el pan y los huevos; el lechoncillo y las gallinas procuraron sustraerlas de algun corral ó huerto, y así lo efectuaron, exponiéndose á ser perseguidos por ladrones.

Aquella noche celebró Rafael su banquete en un lugar apartado de la capital y ante una reunion de numerosos y jóvenes amigos que se prometieron un buen rato.

El protagonista de la fiesta, poseido de placer, comenzó á dar buena cuenta de los manjares preparados para satisfacer sus aficiones gastronómicas, en tanto que los compañeros, sosteniendo acaloradas disputas, desocupaban algunas botellas de vino. En la efervescencia del entusiasmo de unos y del espíritu que ya enardecia la sangre de los otros, creció el bullicio, aumentó la polémica, surgieron los epigramas, se suscitaron disgustos, y de allí á poco se vió convertida la amigable reunion en un campo de Agramante, que tuvieron que despejar algunos agentes de policía, condu-

ciendo á los alborotadores á la casilla. Rafael, que casi habia dado fin de la succulenta comida, pasó la noche en su encierro acometido de un terrible cólico que le puso en grave apuro y que le hizo pagar caro el goce de su apetito.

Cuando á la mañana siguiente pudo verse libre, no era ya hora de ir á clase, y se fué á la casa donde dormia, pretestando que se hallaba enfermo.

Desde aquel dia dejó por completo de asistir al colegio, sin que pudiera sospecharlo la mujer que lo cuidaba.

La senda de los vicios se presentaba á sus ojos expedita y por ella se encaminó ávido de emociones.

Aconsejado por uno de los que más le acompañaban, acabó de vender sus libros y dedicó largas horas al juego, afanoso de tener dinero para satisfacer el apetito de la gula, que sobre todos le dominaba.

Las primeras pruebas del juego fueron tan afortunadas, que le valió una cantidad tal como él nunca habia podido imaginarse. Los banquetes y los desórdenes se sucedieron con frecuencia, y los amigos le rodearon más estrechamente

para disfrutar de su prodigalidad y fortuna.

Pero la suerte no siempre le fué propicia; el dinero iba teniendo fin y lejos de contenerse siguió gastando y recurriendo al juego; mas llegó una hora en que todo le fué adverso; perdió cuanto le quedaba y hasta parte de su ropa tuvo que dejarla en prenda. Avergonzado de encontrarse así medio desnudo y burlado de los amigos, acudió al mal consejero y éste, en vez de favorecerle y deseoso ya de librarse de su compañía, cometió la acción indigna y miserable de calumniarlo delatándolo á la justicia como autor de un robo que se habia cometido aquella noche en una casa de comercio.

Rafael fué conducido á la cárcel y encerrado en una oscura mazmorra como el más vil de los criminales.

Cuando pudo darse cuenta de lo que le ocurría y comprendió, apesar de su inocencia, lo vergonzoso de su situación y lo abominable de su conducta, miró en todo aquello un castigo de la justicia divina y lloró profundamente.

Al tener conocimiento de lo que sucedía, despues de algunos dias de ignorar

su paradero, la buena mujer que lo cuidaba, lo participó al punto á la madre de Rafael.

Peró en mala hora llegaba tan desagradable noticia al hogar del virtuoso sacerdote.

Aquel bendito varon, en tan críticos momentos, atacado de una pulmonía fulminante, lanzaba el último suspiro.

Su hermana y su sobrino quedaban, pues, sin proteccion y sin recursos, porque el noble religioso nada tenia que dejarles.

Al recibir la madre de Rafael, sobre tan doloroso suceso la triste nueva del encarcelamiento de su hijo, un puñal agudó parecia que habia desgarrado sus entrañas.

Presa de mortal angustia y de profundo pesar por tanta desgracia á un tiempo, despues de llenar los deberes de buena hermana, se puso en camino hácia la corte.

Cuando llegó, acto continuo acompañada de la antigua sirvienta y teniendo que vencer muchas dificultades, pudo ser conducida hasta la presencia de su hijo.

Ya en el calabozo se suscitó la más patética escena.

La pobre madre poseída de mortal quebranto lo supo todo. Rafael arrepentido de su conducta nada quiso ocultarle.

Convencida de la inocencia de su hijo en el robo que se le imputaba, vió á unos y á otros, interpuso la influencia de algunos amigos de su hermano y compadecidos de ella, lograron poner en libertad al jóven.

La desdichada madre miró con pena cuán infructuosos habian sido los sacrificios de su difunto hermano por proporcionar un porvenir decente á su sobrino.

Los desórdenes anteriores, el abuso de las comidas y bebidas, y por último el sufrimiento de los dias que permaneció en la cárcel, hicieron contraer al jóven una enfermedad tristísima, pues su cuerpo se vió bien pronto cubierto de una asquerosa y repugnante lepra.

Los exíguos recursos de la madre se agotaron al poco tiempo. La pobre mujer que lo cuidaba, nada podía hacer por ellos.

La desgraciada viuda tuvo que recurrir á pedir un socorro para su hijo. Ra-

fael le indicó entónces que se llegara primero al amigo que tanto daño le habia hecho sin él comprenderlo aún, y despues á todos aquellos que le habían rodeado en las orgías y en los goces cuando él pudo favorecerles y darle cuanto tenia; pero ni la virtud, ni la caridad se albergaba en sus empedernidos corazones y rechazaron á la triste madre con despiadada crueldad.

La falta de medicinas y de lo necesario, llevaron en aumento el mal. Rafael devorado por una fiebre intensa y falto de alimentacion, gritaba á cada momento como fuera de sí.

—¡Tengo hambre! ¡tengo hambre!... ¡me ahogo!... ¡necesito beber!

En aquella situacion tan desconsoladora la infeliz madre se vió precisada á conducirlo al hospital.

Dos dias hacia que madre é hijo, pues los sufrimientos tambien habian puesto enferma á la infeliz, se hallaban en aquella santa casa de caridad, cuando un respetable sacerdote llegó preguntando por la viuda del capitan Suarez.

Cuando el anciano se halló junto al lecho de la madre de Rafael y se persua-

dió de que era ella á quien buscaba, le habló de esta manera:

—Señora, me ha sido encomendada una delicada mision, que vengo á cumplir cerca de V.

—Padre mio, ignoro quién pueda acordarse de mí.

—La justicia del cielo es grande, y el Señor no olvida jamás á sus buenos hijos. Hace cuatro noches fui llamado á la cabecera de un moribundo que deseaba descargar su conciencia de un terrible pecado. «Padre, me dijo; hace unos doce años que yo militaba en las filas del regimiento de la Reina. En el mismo batallon servia un compañero á quien yo queria como á un hermano y el cual tenia en mi amistad una confianza ciega. Los dos éramos casados y con un hijo, y la guerra nos tenia separados de nuestros hogares. Mi amigo habia tenido la suerte de sacar el premio mayor de la loteria, cuyo dinero impuso en lugar seguro y del cual nada habia dicho á su familia porque deseaba sorprenderlos á su regreso con tan improvisada fortuna. Pero las cosas sucedieron de otro modo.

Mi compañero fué herido de muerte en una accion funesta, y sintiéndose morir, me llamó á su lado. ¡Yo era la única persona que merecia su confianza! Manuel, me dijo; conozco que voy á morir; toma este documento y esta carta, que dificilmente he podido escribir con lápiz; en esta, doy el último adios á mi esposa, en aquel, lego una fortuna para mi hijo; ambas cosas llévalas á mi mujer, que reside en el pueblo de A.... ¡Confío en tí, hermano mio!...

Yo se lo prometí, y espiró con la tranquilidad del que nada tiene que temer.

La pobre viuda nada sabia de aquel dinero... yo tambien tenia un hijo, y mi paga no era suficiente para costearle una carrera. Algunos dias estuve luchando entre el deber y el egoismo, pero al fin vencí mi repugnancia y me hice dueño de aquella fortuna, sin cuidarme para nada de la infeliz viuda de mi amigo...

Hoy he sabido que ésta y su hijo se hallan en la última miseria, en tanto que yo he disfrutado largamente de lo que sólo á ellos pertenece. He comprendido toda la extension de mi imperdonable

falta..... soy un miserable y quiero enmendar mi culpa.

Padre mio, deseo que haga V. entrega á la viuda de Suarez, de todo lo que injustamente conservo en mi poder y que sólo á ella y á su hijo corresponde. Cuente V. á esa señora la abominable historia de mi delito, para mayor vergüenza mia; dígame que le pido por Dios que me perdone, y que le ruego no desampare á mi hijo, que queda huérfano y pobre.»

Aquí tiene V., señora, prosiguió el sacerdote, los documentos que la acreditan dueña del expresado caudal, y el nombre del hijo de aquél que ya dejó de pertenecer á este mundo, por si quiere V., devolviendo bien por mal, hacer algo en su beneficio.

—¡Dios mio, Dios mio! exclamó la enferma derramando abundosas lágrimas; ¡tu misericordia es infinita, y yo debo hacerme digna de ella!

El buen sacerdote fué encargado por esta señora de arreglar aquel asunto y de comunicar al jóven huérfano que podia disponer de una buena pension mientras viviera.

Rafael comenzó á mejorar lentamen-

te. Cuando pudo enterarse de aquel extraordinario suceso, admiró doblemente la bondad de Dios y los designios de la Providencia, porque el huérfano aquel hijo del que se habia apoderado de sus bienes, era el mismo compañero que le habia inducido al mal y que últimamente fué causa, como luego supo, de su encarcelamiento y sus amarguras.

Pocos dias despues, Rafael y su madre, ya convalecientes, abandonaban el hospital para ir á ocupar una casa cómoda y disfrutar de sus riquezas.

Rafael, no pudiendo olvidar los pasados dias de su flaqueza, y sintiendo en su corazon el más puro arrepentimiento, manifestó á su madre deseos de retirarse á la vida monástica, y con el consentimiento de aquélla entró de novicio en un convento de frailes carmelitas, cuya santa vida con sus austeras reglas, silicios y frugalidad én las comidas, le hicieron comprender que habia un más allá más verdadero y eterno que los efímeros bienes y las vanidades de este mundo.

El jóven novicio profesó al cabo de algún tiempo.

La Orden de los Carmelitas lo recibió en su seno, como al hijo cariñoso que anhela descansar en el regazo de su madre despues de la azarosa guerra.

Poco á poco, Rafael fué distribuyendo su fortuna entre los pobres, que admiraban su juventud y su piedad, y le bendecían.

Su alimentacion fué desde entonces tan escesivamente frugal, que sólo se componia de pan, agua y verduras cocidas.

La madre de Rafael vivió largos años feliz y contenta, dando gracias al cielo por la sincera abnegacion y santidad de su adorado hijo.

MATERIA Y ESPÍRITU

¡Placeres que al hombre ciego
Llevan por anchos caminos
Y plácidos le conducen
Hacia su mal y castigo!

¡Torpes y vanos deleites
Que seducen los sentidos
Y que corrompen del alma
Los sentimientos más dignos!

Fugaces como ilusiones;
Como el encanto mentidos;
Risueños como esperanzas
Y ardientes como el delirio.

¡Huid, huid presurosos
Del que camina tranquilo,
Repitiendo de su paso
Misericordia y materialismo!

¡Dejad que con sus afanes
Llegue el triste peregrino,
Allí donde fé y templanza
Le brindan salud y asilo!

CONTRA ENVIDIA CARIDAD

Angel y Maria eran dos pobres huérfanos que habian tenido la desdicha de quedar solos en el mundo muy niños todavía, durante una epidemia que devastó los pueblos.

Ambos hermanitos, tiernamente unidos por los lazos del amor más puro y de tan triste desgracia, se vieron precisados á implorar la caridad pública para no morir de hambre.

Todos los dias, despues de recorrer las calles de la ciudad, iban á situarse á la puerta de un palacio del cual un criado que acostumbraba á salir siempre en aquella hora, solia regalarles con algunos dulces ó restos de manjares.

Aquella niña rubia y hermosa como los ángeles y aquel niño de expresion inteligente, de serena sonrisa y de ojos

vivos, llamaron profundamente su atención y le conmovieron de tal modo, que sintió lástima de su suerte, y deseando favorecerles, dábales de comer todos los días, ya con los sobrantes de la mesa de sus amos ó con parte de su propia comida.

Doce años próximamente hacia que el caritativo fámulo se hallaba al servicio de aquellos señores, que poseían un título nobiliario y fabulosas riquezas.

Cristóbal, que así se llamaba, era el criado de confianza y el que más cuidaba y defendía los intereses de la casa, por cuyo motivo era estimado con predilección y en todas ocasiones consultado y atendido por los marqueses de Malvira.

Estos señores tenían una tierna niña, hija única, de nueve años, que era amada con extremo por sus padres, y cuyo porvenir se presentaba risueño y encantador ante la perspectiva de los bienes y títulos que le correspondían.

Efecto de aquel cariño exagerado, de su halagada posición social ó de su condición misma, Luisa era voluntariosa y un tanto déspota y egoísta, razones que le engendraban siempre la mala volun-

tad y antipatía de los servidores que la rodeaban.

Cristóbal, sin embargo, la quería y la sobrellevaba con amorosa solicitud.

Un día, deseoso este noble criado de proporcionar algún bien á aquellos pobres huerfanitos que iban á recibir su limosna, procuró interesar á Luisa mostrándoselos en la puerta medio desnudos, tan bellos y con la palidez de la miseria pintada en sus semblantes.

Luisa se conmovió, y en un arranque de generoso sentimiento corrió á los brazos de su madre, manifestándole la desgracia de aquellos niños y su deseo de que viniesen á vivir con ella.

La noble marquesa, complacida por aquel hermoso rasgo de su hija, mandó llevar á su presencia á los mendigos, y despues de muchas preguntas y de convencerse que efectivamente eran huérfanos, les dijo con cariñoso acento:

—Pues bien, hijos míos, desde hoy yo seré vuestra madre; esta casa será la vuestra; yo cuidaré de ustedes con ternura, y en cambio vosotros amareis mucho á esta niña, que es mi hija y á la cual debeis todo el beneficio.

Los pobres muchachos, asombrados de cuanto les pasaba, no supieron darse cuenta en un principio; pero cuando se vieron limpios y con nuevos trajes, cuando hubieron comido y admirado en compañía de Luisa todo el palacio, se hicieron cargo del bien inmenso que recibieron en aquel cambio repentino, y se dijeron el uno al otro:

—Hermano mio, la Providencia nos favorece, bendigamos á Dios, seamos buenos y amemos á nuestros protectores, y sobre todo, á esa niña, que tan grande obra de caridad ha hecho con nosotros.

Maria era poco menor que Luisa, y Angel dos años mayor que ésta.

Pronto la alegría y la franqueza reinó entre aquellos pequeños seres; se improvisaron juegos, comidas, visitas de muñecos y otras distracciones que encantaban á los niños pobres y que formaban el goce de Luisa.

En los primeros dias, todo le parecia poco á esta niña para dárselo á los otros y para agasajarlos y distraerlos; después comenzó á aburrirse y á escatimar sus favores, y dejándose llevar de su carác-

ter, tan pronto jugaba y reía con ellos, como los maltrataba y les mostraba enojos, ó les daba órdenes imperiosas y difíciles de cumplir.

Los dos hermanitos disfrutaban mucho cuando Luisa estaba contenta; mas cuando se enfadaba, procuraban obedecerla humildemente y lloraban en silencio acusándose de haberla quizás ofendido.

La buena marquesa, que veía la docilidad y dulce carácter de aquellos niños á quienes ya quería profundamente, los observaba en los momentos de cólera de Luisa, miraba sus lágrimas y compadecida llamando á su hija la reprendía severamente; reprensiones que hicieron nacer poco á poco en el corazón de aquella niña una especie de rencor ó de prevención en contra de sus humildes compañeros.

Para mayor mal de estos, había en la casa una criada taimada y envidiosa, que no creía justo se tributara á unos mendigos mayores deferencias y atenciones que á ella, y sintió un odio mortal hacia los dos muchachos.

Conociendo el carácter altivo y orgu-

lloso de Luisa, púsose de su parte con zalamerías, procurando halagar por un lado su vanidad y por otro herirla en su amor propio, diciéndola que ella era rica y elegante, pero que Maria era más hermosa, y que los dos hermanos estaban robando su cariño á la marquesa.

Esta perversa zizaña bastó para que Luisa retirara sus favores á los niños y los tratara con despotismo muchas veces, llegando el caso hasta de pegarles y de gritar si ellos se quejaban, culpándolos de todo.

Cristóbal mediaba entonces defendiendo á Angel y Maria, y procurando hacer entender cariñosamente á Luisa su detestable conducta; pero esta niña voluntariosa y mal aconsejada iba á quejarse á su madre de que todos, hasta Cristóbal, la contradecian y la trataban mal, lo cual, apesar del buen talento de aquella noble señora, dió lugar muchas veces á disgustos y desavenencias en la casa.

La marquesa, que ya juzgaba un caso de conciencia proteger á aquellos niños que tan dignos eran, en verdad, de su cariño, y deseosa de poner un remedio

eficaz al mal que se iba desarrollando, dió la comision á Cristóbal de que los condujera al niño á un colegio de Escolapios y á la niña á un centro de madres instructoras, para que ambos recibieran una buena educacion.

Este fué el mejor medio para que todo se tranquilizara.

Así pasaron seis años.

Luisa se hizo una mujer de una hermosura regular, pero de una vanidad extremada, condicion que la criada envidiosa habia procurado sostener en el alma de la joven, que pagaba con frecuentes regalos sus lisonjas.

Un dia, la superiora del colegio de Maria participó á la marquesa que la niña estaba perfectamente instruida y que nada restaba ya que enseñarle.

Luisa, olvidada de su pasada conducta, sintió nuevamente deseos de traer junto á sí á Maria, y ésta volvió al seno de aquella distinguida familia, causando la admiracion de todos, y en particular de Luisa, que creyó encontrarse á la misma ruda, ignorante y pálida que antes, y vió por el contrario ahora que Maria se habia formado en una jóven hermosí-

sima de aspecto distinguido, de finas maneras y de trato ameno y agradable.

Aquellas cualidades superiores á las suyas hicieron un efecto cruel en su corazon, pero trató de disimular y aparentó recibirla alegre y cariñosamente.

Angel continuaba en su colegio estudiando provechosamente la carrera de las armas.

La buena marquesa, encantada de Maria, quiso que su hija la tratara como á una hermana, y la igualó con ella en un todo en trajes, adornos y regalos. Pero este fué un nuevo motivo de disgusto que lastimó el orgullo de Luisa.

Maria, entretanto, poseida del más puro agradecimiento, amaba entrañablemente y hasta con veneracion á la marquesa y profesaba á Luisa un dulce y fraternal cariño acompañado de las mayores atenciones y de la más digna sumision, pues comprendia perfectamente que aun cuando la proteccion de aquellos señores la elevaba á la misma altura, su posicion y su humilde nacimiento la colocaban á una gran distancia de Luisa.

La belleza de Maria, el buen efecto

que produjo á su vuelta en los señores de la casa y el puesto de honor que entre ellos le concedieron, fueron razones poderosísimas para que la perversa criada sintiera acrecer su odio é infiltrara en el corazon de su señorita una profunda antipatía hacia aquella joven que podia oscurecerla con sus méritos, y que sin derecho alguno se le habia concedido en el palacio el mismo lugar que á ella.

El áspid venenoso de la envidia comenzó á corroer el pecho de la jóven rica y halagada que nada tenia que desear, á la vista de aquella hermosa y modesta joven, que nada ambicionaba á pesar de que nada poseía.

La vuelta de Maria quiso la marquesa solemnizarla con una fiesta de familia, y á ella concurrieron varios distinguidos jóvenes amigos de confianza, entre los cuales habia uno hijo de un título de España, que reunia prendas de grande estimacion y no comunes en la juventud de aquellos tiempos.

Juan Luis, que era su nombre, habia usado con Luisa en distintas ocasiones deferencias de pura amistad y de atencion, que habian hecho concebir á ésta

venturosas ilusiones. Pero desde aquel dia en que el jóven conoció á Maria y apreció sus virtudes, sus encantos y su inteligencia, un vivo afecto se despertó en su alma y la amó con toda la pureza de sus sentimientos. La jóven lo comprendió así, y agradeciendo tan tierno afecto, pues su corazon estaba ávido de cariño, le dedicó toda la ternura de su pecho.

Prontamente Luisa se apercibió de esta amorosa correspondencia y entonces fué cuando la espina de los celos clavada profundamente en su alma, exacerbó su cólera y sintió con el más terrible encono el ponzoñoso gérmen de la envidia.

Desde aquel momento juró secretamente vengarse de Maria, que así le robaba la felicidad que ella habia soñado, y se comunicó ingénuamente con su fiel criada para que ésta le ayudara con sus consejos.

La diabólica mujer vió entonces la ocasion de satisfacer sus ruines sentimientos y convino con su jóven señorita en que era preciso buscar los medios para arrojar á aquella intrusa de su lado. La calumnia fué lo primero que se les

ocurrió. Aquella noche recibia la marquesa un anónimo en que se le prevenia que Maria, abusando de su confianza, la robaba cuanto podia para enviárselo á su hermano; que la habian visto aquella tarde penetrar con sigilo en su tocador y apoderarse de un aderezo de brillantes que luego ocultó cuidadosa en su pupitre, donde habia tambien una carta con direccion á Angel.

La marquesa no quiso dar crédito á tan indigno anónimo; creia ciegamente en la virtud de Maria, y para conven- cerse aun más, cuando la joven se hallaba tocando el piano, entró en su habitacion y abrió el pupitre, que, como de costumbre, tenia la llave puesta, viendo con asombro que efectivamente se encontraba allí el aderezo de brillantes y la carta para Angel.

La noble dama, por evitar un bo- chorno á la joven y todavia dudosa de su culpabilidad, recogió la cajita del aderezo y volvió á colocarla en su tocador, proponiéndose vigilar y poner enmienda del mejor modo posible.

De esta manera quedó frustrada la primera tentativa de las envidiosas.

Pero bien pronto convinieron un nuevo plan.

Habíase recibido la noticia de que Angel terminada su carrera, venia á pasar unos dias en casa de sus protectores. Era preciso aprovechar el tiempo para hacer salir de allí á la inocente Maria antes que llegara su hermano.

La marquesa recibió un segundo billete sin firma, concebido en estos términos :

«Señora: Maria sigue abusando de la confianza y el cariño de V.

»Si quiere convencerse de la verdad, observe lo que hace esta noche cuando duerma Luisa.»

Casi al mismo tiempo, Maria encontraba en su mesa otro anónimo que decia así :

«María: Juan Luis no te ama; eres víctima de su engaño cruel; para que te satisfagas de la verdad, esta noche cuando duerma Luisa abre su *secrétaire* y coje un fajo de cartas que hay atadas con una cinta azul; en ellas verás las pruebas.»

Cuando Maria leyó esta carta no supo qué pensar; las lágrimas se agolpa-

ron á sus ojos; la duda punzante hirió su corazón, y una terrible lucha se suscitó en su alma.

Aquella tarde no fué de visita Juan Luis, como tenia por costumbre.

Dolorosamente impresionada por tan inesperado suceso y no queriendo creer aún que aquel joven tan formal pudiera jugar con su corazón de una manera tan villana, decidió convencerse por sus propios ojos y despues de las doce, calculando que Luisa estaria dormida, agitada como quien va á cometer una mala accion, atravesó un corredor que la separaba del departamento de aquélla y penetró de puntillas en la habitacion, sin observar que una sombra la seguia con cuidado.

La respiracion tranquila de Luisa le dió á comprender que dormia, y entonces con paso trémulo se dirigió al lugar indicado y abrió temblorosa el secretaire de su amiga:

El fajo de cartas con la cinta azul se presentó á su vista.

Poseida de una mortal angustia, le ocultó con viveza en su bolsillo, y salió volviendo á su dormitorio; pero tras ella

una mano se posó suavemente sobre su brazo.

La jóven ahogó un grito de sorpresa y vió junto á sí á la marquesa que la miraba como ofendida, y la dijo con digno y severo tono:

—Maria, yo te he protegido, te he dado el lugar de hija y he hecho por tí cuanto una madre hubiera hecho; pero tú has abusado de mi confianza y te aprovechas del sueño de Luisa para cometer con ella una accion indigna de una joven virtuosa; lo que acabas de hacer no es mas que un robo; dame lo que has cojido del secretaire de mi hija.

La desdichada joven, pálida como el marfil, cayó de rodillas, murmurando entre sollozos:

—¡Perdon, señora, tomad! ¡oh! ¡amo á Juan Luis, y esa es la causa de mi delito!

—¡Desgraciada! mañana quizás llegará tu hermano y le diré que disponga de tí, porque es imposible que sigas en esta casa; yo te perdono tu inconcebible ingratitude.

Y así diciendo, salió de la habitacion, enjugándose las lágrimas.

Amaba tiernamente á Maria, creía en su virtud y el descubrimiento de su falsedad fué muy sensible para su alma.

Cuando llegó á su departamento miró el fajo de papeles que llevaba en la mano. Eran billetes de banco; todos los ahorros de su hija Luisa que componian una suma de cuarenta mil reales. Y Maria le habia confesado que su amor á Juan Luis era la causa de aquel delito; luego era cierto cuanto le habian anunciado y aun resultaba más: unos amores que desconocia y que daban lugar á cometer una accion villana. ¡Oh! indudablemente, á juzgar por las apariencias, Maria no era digna de ocupar el puesto que se le daba en aquella casa, y era preciso que saliera inmediatamente de ella.

Entre tanto, Maria pasó la noche en un terrible insomnio, llorando y sin comprender cómo aquella falta suya que juzgaba disculpable, habia bastado para que la marquesa la arrojara de su lado.

Al dia siguiente, Angel, lleno el corazon de agradecimiento y de esperanzas, llegó al palacio ansioso de arrojarle á los piés de sus protectores y de abrazar á Maria.

Vestia con elegancia el uniforme de ingenieros y era un bizarro y cumplido mozo que atrajo el interés de todos.

Los dos hermanos se abrazaron admirados mutuamente de su transformación, pero en el rostro de Maria observó Angel una tristeza y una palidez que llamaron su atención.

Pasados los primeros transportes de regocijo por parte de los señores y del recién llegado, la marquesa habló secretamente con Angel, quedando el joven confuso y preocupado despues de aquella conversacion.

Cuando pudo hablar á solas con su hermana, la dijo con triste acento:

—María, mañana saldremos de esta casa para siempre; éramos unos mendigos y hoy tenemos un porvenir; todo lo debemos á los marqueses de Malvira. El ejemplo de caridad que han infundido en nuestra alma y el deber de la gratitud que reside en nuestro pecho, no podrán apartarse jamás de nuestra memoria.

—¡Oh, perdona, hermano mio, he cometido una falta....

—Nada me digas, María; soy tu hermano y debo velar por tu virtud.

Aquel mismo día, Luisa celebraba en secreto la siguiente conferencia con su malvada cómplice:

— Todo ha salido bien; mañana se marchará de nuestro lado esa odiosa muchacha, pero ella es demasiado hermosa y Juan Luis seguirá amándola y ella seguirá siendo mi rival apesar de todo, y será más feliz siendo una miserable mendiga, en tanto que yo, la noble hija de los marqueses de Malvira, sufriré por causa de ellos. ¡Dios mio! ¿por qué no soy yo más hermosa que Maria? dime, Inés, ¿qué haríamos para que Juan Luis la olvidara? Si ella tuviera alguna enfermedad que la pusiera fea!...

— ¡Ah, señorita, qué idea! repuso la taimada doncella. Unas gotas de vitriolo bastarian para desfigurarla.

Luisa se estremeció; un movimiento de repugnancia se adivinó en su rostro; aquello era un crimen, y su alma no estaba corrompida hasta aquel extremo. Pero Inés se valió de tal maña y punzó de tal manera su amor propio, haciéndola ver al mismo tiempo lo sencillo que seria y sin resultado, que al fin Luisa accedió á tan miserable intento.

La inocente Maria recibió un nuevo anónimo en el que se la decia que la marquesa habia prohibido la entrada en la casa á Juan Luis, y que éste, noticioso de su marcha, la suplicaba que acudiera aquella noche á las diez por el postigo del jardin para despedirse de ella, porque á su vez salia al dia siguiente para el extranjero.

Este nuevo pesar destrozó el corazon de la tierna joven, y gruesas y ardientes lágrimas resbalaron por sus mejillas.

En aquel momento, unos pasos presurosos resonaron en la estancia. Maria levantó la cabeza y vió á Cristóbal, que la dijo con vivo y paternal acento:

—Hija mia, he descubierto una trama horrible. No acudas á la cita de esta noche, te lo pido por la memoria de tus padres. Ya te lo explicaré despues.

Y salió, dejando atónita á la joven.

Aquella noche, poco despues de las diez, un grito horrible resonó en la parte izquierda del jardin.

Todas las personas de la casa se pusieron en movimiento y corrieron con luces hacia aquel sitio, viendo con asombro á Luisa que huia despavorida hacia

el interior del palacio, y á Inés que se revolcaba con una terrible convulsion y con el rostro lleno de grandes quemaduras.

Todo aquello tuvo una fácil y pronta explicacion.

Cristóbal fué el encargado de aclararlo. Recogió los anónimos que conservaba Maria y los presentó á la marquesa.

—Señora, le dijo; aquí se ha jugado una tragedia infernal, en la cual esta pobre niña iba á ser la víctima; pero Dios ha permitido que se descubra á tiempo y que la misma culpable haya quedado herida con sus propias armas.

Hace dias que venia yo observando algo extraño en esta casa; que Maria sufria vejámenes y desprecios que no me era dado evitar, y que Inés celebraba ocultas y frecuentes confidencias con la señorita Luisa. Esta mañana, no sé qué presentimiento me inspiró escuchar escondido tras un portier, la conversacion que sostenian. Inés, señora, es una infame envidiosa que ha pervertido el corazon de vuestra hija hasta inducirla al crimen. Despues de estos escritos y de

todos los repugnantes medios de que se han valido para expulsar á Maria de esta casa, trataron últimamente de desfigurar su hermoso rostro arrojándole vitriolo. Pero yo previne á Maria de que no acudiera á la supuesta cita. Luisa, escondida entre el ramaje, debia de espansiar el líquido en el semblante de la joven al cruzar por aquel lado. Sin duda alguna, Inés fué á llevar algun aviso á la señorita, y ésta, en su aturdimiento, equivocándola con Maria, la roció la cara con el ardiente líquido.

—¡Oh! exclamó la marquesa, comprendiendo toda la triste verdad; el castigo ha sido patente. Llame usted á mi hija.

Luisa se presentó con los ojos bajos y llorosos y se arrojó á las plantas de su madre.

—Lo he sabido todo, le dijo ésta con severidad. Eres una miserable criatura y vas á llevar tu merecido. Ahora mismo pedirás perdón á Maria por cuanto la has ofendido, y mañana marcharás á encerrarte en un convento.

—¡Oh, madre, madre mia! juro á usted que estoy arrepentida de todo el mal

que he hecho, y que solo anhelo rogar á María de rodillas que me perdone; exclamó con sinceridad Luisa, llorando amargamente.

Inés, despues de recibir los primeros auxilios en aquella casa, fué entregada á su familia con una abundante limosna de la marquesa, para que nada le faltara y fuera bien asistida en su curacion. La doncella sanó al fin despues de largos sufrimientos, pero quedando horriblemente fea y ciega para mayor desdicha suya.

Así quiso Dios castigar la odiosa passion de la envidia, con un ejemplo tan vivo de su sabiduria y piedad.

Angel y Maria permanecieron en el palacio de Malvira, mejor considerados aún y más queridos que antes.

Luisa fué desde entonces para ellos una tierna hermana.

Poco tiempo despues, en la capilla del palacio y con gran suntuosidad, se celebraban dos bodas.

La bella Maria daba su mano de esposa á Juan Luis, y Luisa se unia en indisoluble lazo con Angel, dando con esto una prueba evidente de que habia mode-

rado sus defectos y que sabia premiar la virtud y la bondad, compartiendo su amor y su fortuna con aquellos jóvenes de tan humilde nacimiento, pero de tan excelente corazón.

DOS PASIONES

Gusano vil que corroe
Y con su aliento enponzoña,
Que mancha, destruye y quema
Cuanto mortífera toca.

Veneno letal que vierte
Su líquido gota á gota;
Baba de reptil inmundo
Que negra maldad arroja.

Así es la pasión impura
De la envidia torpe y loca:
¡Desdichado el pecho impío
Que la cobija y adora!

Guárdate, niño inocente,
De sus argucias traidoras,
Y escúdate bajo el manto
De la pasión más hermosa.

¡La caridad! flor fragante
Que con sus místicas hojas
Teje en el mundo consuelos
Y diademas en la gloria!

CONTRA PEREZA DILIGENCIA

—Levántate, Juan, gritaba un noble anciano con malhumorado acento á un robusto zagalon como de quince años, que dormia á pierna suelta sobre un monton de hojas secas, en un oscuro rincon de la cabaña.

Levántate, Juan, repetia; ya Antonio hace dos horas que salió con su lanchilla; el tiempo está favorable y se presenta buen dia para la pesca; vamos, perezoso, no salgas como siempre tarde para volver despues que tu hermano, y sin una sola pieza en el fondo de tu barca. ¡Ah! ¡si yo estuviera ágil y fuerte como antes! nada me detenia; más ligero que un gamo saltaba de mi lecho y ni el viento, ni la lluvia, ni la oscuridad de la noche eran bastante á hacerme retroceder. Va-

mos, muchacho, tu hermano es menor que tú, y ya sabe ganarse la vida en el honrado ejercicio de la pesca, mientras que tú eres un haragan que pierdes las horas en el sueño.

Y así diciendo, llegó dificultosamente, porque estaba casi baldado, hasta el lecho y comenzó á zamarrear fuertemente al perezoso muchacho.

Juan movióse refunfuñando y quiso volver á reconciliar el sueño, pero ya su padre no le dejó hasta conseguir que se levantara, lo cual verificó el joven de mala voluntad y mirando con sentimiento su abrigado monton de hojas.

El anciano Pablo Roman habia sido uno de los más entendidos y afortunados pescadores de la comarca tarraconense. Su disposicion y su actividad le hicieron llevar siempre una ventaja grande sobre los compañeros y ganó muchas y buenas monedas en la venta de su mercancía.

Las mojadadas y el continuo movimiento, ya en su avanzada edad, le hicieron contraer unos agudos dolores en las piernas que le postraron imposibilitándole para el trabajo; pero él habia enseñado á sus dos hijos el mismo oficio y ya es-

tos cada uno con su lancha, pues el padre quiso que cada cual trabajara por su cuenta, recorrian el Cantábrico para ganar el sustento.

Mas entre los dos muchachos existia una distancia tan notable en caractéres y condiciones morales, que les alejaba con frecuencia el uno del otro y rara vez lograban verse unidos.

Antonio era activo, inteligente, de nobles sentimientos y tiernamente cariñoso y sumiso con su padre.

Juan dejábase dominar por la pereza y era rudo de entendimiento, adusto y un tanto hipócrita y mal intencionado.

No tenían madre, porque siendo ellos pequeños, una terrible tempestad destruyó su casita causando la muerte de la pobre mujer y quedando los niños milagrosamente ilesos.

Cuando el padre regresó de su escursion acostumbrada, miró con amargura tan inmensa desgracia, lloró profundamente; volvió á construir su choza en el mismo lugar y quedó al cuidado de sus tiernos hijos, viéndose precisado á llevarlos desde entonces consigo siempre que salia á su trabajo.

Así les enseñó cuanto sabía; mas con secreto pesar observó las cualidades punibles del uno y con paternal complacencia las buenas y estimables del otro.

Fué pasando el tiempo, y el honrado Pablo tuvo que permanecer en su hogar inutilizado por el réuma.

Muchos y ya frecuentes disgustos sufría con el hijo perezoso.

Un día, como de costumbre, de madrugada salió Antonio para la pesca. Un fuerte viento que arreciaba por instantes, dejábase escuchar azotando la débil puerta de la choza, y moviendo las olas que chocaban ruidosamente contra las rocas que coronaban aquella parte del mar.

Pablo sintió un vago temor por la vida de su amado hijo, y llamó á Juan.

—Despierta, levántate pronto, decía; tu hermano se encuentra en inminente peligro y se expone á perecer si sale en una noche como esta; anda, hijo, puede ser que llegues todavía á tiempo; dile que se vuelva; corre Juan, corre; mira que conozco el Cantábrico, y es un traidor que ha sepultado en su seno á muchas víctimas.

Pero el muchacho no se movia.

—Vamos, hijo, domina un instante tu pereza, que es la existencia de tu hermano quien lo exige; repetia con voz angustiada el pobre padre; ¡corre, Juan! ¡oh! ¡y el viento sigue enfurecido!... ¡y el temporal acrece, y tú no te meneas!... ¡cuando llegues ya será tarde!...

Voy padre, dijo Juan entonces, volviéndose del otro lado; pero inútil promesa; á los pocos segundos dormia de nuevo; y en tanto la tempestad rugia con toda su fuerza y el anciano lloraba amargamente.

Habia pasado el tiempo suficiente para que Antonio se volviera y no habia vuelto: era seguro que habia seguido su camino; nada le arredraba y en aquella hora se hallaria en medio del mar luchando con los elementos.

Cuando Juan se levantó, un sol brillante y esplendoroso lucia en el firmamento; la calma se habia restablecido. Pero pasaban las horas y Antonio no regresaba al hogar paterno.

Pablo rezaba y vertia lágrimas de dolor.

Y Juan, tendido tranquilamente en el

fondo de su barea, se columpiaba á merced de las olas tarareando á media voz una cancion popular.

Cuando tornó á su morada, sin pescado y sin provecho alguno, una escena dolorosa se representó á sus ojos. Su hermano moribundo habia sido conducido hasta allí por unos marineros que le vieron á punto de perecer. Una ráfaga de viento volcó y destrozó su lanchilla contra las rocas. Aquellos marineros que iban ansiosos de refugiarse en lugar seguro, le vieron caer en el abismo y tuvieron la suerte de poder salvarlo conduciéndolo á los brazos de su angustiado padre, que reprochaba la cruel negligencia de Juan.

Muchos dias tuvo que luchar entre la vida y la muerte el desdichado joven, por su temeraria valentía.

Peró al fin cesó la gravedad y entró en el período de convalecencia.

Pablo gastó en aquella enfermedad de su hijo todos sus ahorros de tantos años, mas dió gracias al Todopoderoso porque al fin le vió bueno.

Antonio, comprendiendo la necesidad de recuperar lo perdido, volvió al ejerci-

cio de sus tareas con nuevo ardor. Su pobre padre exigía sus cuidados, y el joven ahora más que nunca, se hallaba obligado á trabajar y aun á sacrificarse por el que le diera el sér.

Pasaron los dias:

Antonio prosperaba felizmente en el negocio, pero habia tenido que valerse de la barquilla de su hermano, y éste rara vez le acompañaba á causa de su indolencia, aprovechando esta circunstancia para dormir largas horas y permanecer luego tendido el demás tiempo, ya en la arenosa playa ó al pié de algun arbusto que le incitaba á la molicie bajo el espléndido sol de Marzo y sobre la verde y mullida alfombra de yerbas.

Pablo, disgustado de su conducta, le reprendia constantemente y solia decirle con pena :

—Juan, tú serás siempre un desgraciado; la pereza te llevará á un fin prematuro y lastimoso, en tanto que tu hermano será un hombre de provecho y vivirá largamente feliz y tranquilo sobre la tierra.

Las palabras del anciano encerraban una lógica veraz y su pronóstico habia

de cumplirse, como se cumplió; pero no adelantemos los sucesos.

Una de las pocas veces que Juan salió en compañía de Antonio, tuvieron la fortuna de hacer una buena pesca, volviendo más temprano que de costumbre.

Los dos hermanos se dirigian tranquilamente hacia la orilla.

De improviso, Antonio extendió la vista hacia el lugar que ocupaba su cabaña, y vió con extrañeza que una luz rojiza reflejaba por aquel sitio bajo una espesa y oscura nube que iba remontándose hacia el cielo.

Terrible y dolorosa impresion agitó su pecho. Un secreto pesar le anunció que sucedia una desgracia.

—Mira, Juan, mira, dijo á su hermano tembloroso. ¿Qué es aquello?

—Parece fuego, contestó Juan sin inmutarse y tendiéndose suavemente sobre el banquillo de proa.

—¡Oh, hermano mio, coje los remos y vamos á toda prisa; nuestro padre quedó dormido; ¡quién sabe lo que sucede!

—No hay que asustarse, respondió aquél; estoy cansado; el trabajo de hoy ha estropeado mis miembros....

—¡Juan! gritó Antonio conmovido y lleno de angustia ante lo triste que presentia y la calma inaudita de su hermano. ¡Juan, algo extraordinario ocurre por allá arriba; no descansas ahora; boguemos entre los dos para llegar más pronto!

—Déjame, siguió aquél impasible; estoy rendido, y por nada del mundo he de moverme.

—¡Oh, Dios mio! exclamó Antonio, remando vigorosamente y con el ánsia de salir de su angustiosa incertidumbre, y elevando una mirada al cielo como en demanda de auxilio.

Cuando pudo llegar á tierra y amarrar la barquilla, saltó ligero, viendo con infinito dolor que Juan, en vez de seguirle, quedaba en la lancha profundamente dormido.

La claridad que llamó su atencion se habia hecho entre tanto más viva, y la nube oscura se extendia más densamente; era indudable que algun fuego por allí cercano, consumia la hacienda ó la barraca de algun pobre ribereño.

Adelantó unos pasos más y entonces

se presentó á su vista toda la horrible verdad de aquel siniestro.

Su pobre choza ardia por uno de sus costados; las llamas habian tomado gran incremento y en breve seria convertida en un monton de cenizas.... y el anciano paralítico estaría allí moribundo, muerto quizás....

— ¡Padre mio! gritó el jóven fuera de sí; ¿habré llegado tarde?

Y corriendo velozmente, y sin calcular el peligro á que se exponia, se introdujo por una estrecha ventana que habia á la derecha de su albergue, y á los pocos segundos, fatigado por el humo, volvió á salir llevando sobre sus espaldas á su amado padre, que ya desvanecido por la asfixia, estaba próximo á perecer entre el voraz elemento, sin que nadie hubiera acudido á favorecerles, pues los demás moradores de la comarca tenian sus hogares un poco lejos de allí; pero Dios quiso que el hijo bueno libertara á su padre de la muerte.

El incendio habia sido indudablemente por un descuido del indolente Juan, porque habia comenzado por el sitio donde estaban las hojas secas que le servian

de lecho. Nada más ni de más valor para Antonio, pudo salvar de la choza, que quedó totalmente destruida.

El joven, afligido por tan inmensa desgracia, y porque su padre no volvía en sí, tomóle de nuevo sobre sus hombros y comenzó á caminar trabajosamente. Era preciso buscar un asilo donde refugiarse y prestar al anciano los auxilios más urgentes.

El pueblo más inmediato distaba de allí una hora, pero en mitad del camino á un lado de la carretera que conducía á la capital, había una posada. Antonio se detuvo allí estenuado por el cansancio y la amargura, y pidió un poco de agua que bebió con avidez, rociando luego el rostro de su padre, el cual comenzó á dar señales de vida.

En aquel momento, un coche paró ante la puerta de la posada.

Un caballero de barba blanca y porte distinguido bajó del vehículo.

Al pasar por delante de aquel interesante grupo, se quedó detenido fijándose con ternura.

El joven y el anciano aquel excitaron su curiosidad.

—¿Es padre de usted? preguntó al muchacho.

—Sí señor, contestó éste con marcada pesadumbre.

—Y ¿qué le sucede? interrogó de nuevo el caballero.

Antonio refirió entonces con triste acento cuanto les acababa de ocurrir y vertiendo abundantes lágrimas continuó:

—Yá sin casa y con mi padre en tan lamentable estado, no sé qué hacer, pero Dios me favorecerá; ¡ah, sí! yo trabajaré mucho, mucho, para que no falte nada á mi querido padre que tanto ha trabajado y se ha sacrificado por nosotros.... pero mi hermano.... exclamó acordándose de repente, que aquél habia quedado dormido en su lanchilla; ¡pobre hermano mio! cuando regrese á la cabaña se encontrará sin su hogar y sin familia!

—Verdaderamente, Dios vela por los desgraciados y no desampara jamás á los buenos hijos; dijo el caballero con pausada voz, añadiendo: su relato, jóven, me ha conmovido y entro en deseos de prestarles un favor, siendo en algun modo intérprete fiel de la providencia. Dentro de breve rato continuaré mi camino á

Tarragona; allí tengo mi residencia habitual; puede V. buscar á su hermano y venirse los tres en mi compañía; necesito un ayuda de cámara que me acompañe en mis frecuentes escursiones y además otra persona que esté al cuidado de mi casa mientras yo me ausento. Usted y su padre pueden desempeñar estos cargos; á su hermano también le procuraremos empleo.

Y así diciendo penetró en la posada.

Antonio quedó confuso ante suerte tan inesperada, y maravillado por aquella prueba evidente de la misericordia divina.

Vuelto en sí Pablo y enterado de todo lo sucedido, derramó lágrimas de agradecimiento y abrazó á su hijo.

Este corrió en busca de su hermano; llegó al lugar en que lo habia dejado, pero no le encontró, ni él ni la barquilla estaban allí; preguntó á varios marineros, fué á la derruida casita, se encaminó á los sitios que frecuentaba, en ninguna parte se hallaba ni nadie le daba razon.

Era indudable que su hermano al saber su desgracia y hallarse solo, habia

tomado alguna direccion en busca de ellos, ó que habia perecido entre las olas.

Viendo inútiles sus indagaciones, tornó con tristeza á la posada, refiriendo á su padre lo infructuoso de sus esfuerzos por hallar á Juan.

Páblo comprendió con amargura que sus augurios empezaban á cumplirse.

Poco despues, el anciano y su hijo acompañando al caballero marchaban en el mismo coche.

.....
No habian pasado dos años, cuando en una tarde del frio invierno y en la cámara principal de una suntuosa casa de Tarragona, un caballero llamado don Jaime Iturri, en el lecho del dolor se hallaba próximo á la muerte.

A su cabecera un venerable religioso escuchaba su confesion y le exhortaba con palabras de consuelo.

El enfermo con entrecortada voz le decia:

—Ya V. ve, padre mio; soy pecador y en la otra vida sufriré el castigo de mis culpas.... pero antes quiero atenuar en algun tanto mi delito, haciendê justicia aquí en la tierra á quien lo merece por

sus virtudes... Mi padre era un pobre trabajador, mas tan laborioso y activo, que en pocos años llegó á reunir un capital... Quiso dedicarme á una carrera ó arte, para que por mí mismo supiera lo que costaba crearse un porvenir... pero yo era refractario á toda clase de estudios y trabajo, y sólo me agradaba el ocio... Un dia pensé criminalmente que mi padre podia trabajar aún en tanto yo disfrutaba de su dinero, y le robé cuanto tenia, yéndome á un país lejano á gozar holgadamente de aquel fruto que tantos sudores habia costado al autor de mis dias... Cuando en el vicio y la molicie lo hube derrochado todo, volví á mi patria... Mi padre, víctima del pesar que le ocasionara mi conducta, habia perdido la razon y se hallaba en un manicomio. No sé, padre mio, lo que pasó por mi conciencia... lo cierto es que desde aquella hora juré remediar el daño cometido, y pidiendo perdón al cielo, me dediqué á trabajar con un ardor y actividad inexplicables... Poco antes de morir el pobre loco, un rayo de luz iluminó su inteligencia y tuvo conocimiento de mi nueva manera de ser... ¡Hijo mio! dijo abra-

zándome; muero dichoso... ¡Yo te perdono y rogaré por tí!... Seguí trabajando asiduamente y con tal fortuna, que á vuelta de algunos años pude considerarme rico... Durante este tiempo me casé, pero el cielo no me concedió la dicha de tener hijos... Murió mi mujer y quedé solo... Continué mis tareas, no por ambicion ni lucro, sino por aumentar mi capital para emplearlo en el bien... Ahora, padre, moriré tranquilo, porque he realizado mis afanes... ¡Ojalá que Dios conceda á mi alma el perdon que necesita!...

Al dia siguiente, don Jaime espiraba con toda la dulce resignacion del espíritu que se ha fortalecido en la fé y la caridad cristiana.

Junto á su lecho, un joven vestido de negro, de figura noble y simpática, lloraba arrodillado.

Era Antonio Roman, el cual en poco tiempo habia sufrido un cambio prodigioso.

Su actividad, su destreza en el trabajo y sus dignos sentimientos le captaron las simpatías y el cariño de don Jaime.

El joven se instruyó prontamente y se hizo un hombre sociable y entendido.

Su padre habia muerto ya á consecuencia de su enfermedad y de la constante pena que le causaba el no saber de su otro hijo.

Cuando despues de muerto don Jaime se abrió su testamento, se vió que dejaba por único heredero de sus bienes á Antonio, con expresa condicion de fundar dos grandes establecimientos, el uno para la enseñanza gratuita de toda clase de oficios, y el otro para el estudio de todas las carreras.

Antonio, dueño ya de aquella fortuna, quedó viviendo en la misma casa que fué de su protector.

Un dia, uno de los criados penetró vivamente en su escritorio, donde como de costumbre, se hallaba el joven trabajando.

—¡Señor, señor! dijo conmovido; un hombre derrotado y de dudoso aspecto se halla tendido en el dintel de la puerta, enfermo quizás, ó estenuado de fatiga.

—Llévele usted una taza de caldo, y cuando se haya repuesto un poco que pase á mi habitacion.

Una hora despues, dos criados, fieles intérpretes de los sentimientos caritativos de su joven amo, conducian en brazos á la presencia de éste, al pobre que no se podia mover.

La falta de alimentos, á la vez que agudísimos dolores por todo el cuerpo, habian enervado sus fuerzas hasta el extremo de caer exánime y sin sentido.

Al mirarle Antonio, sintió un estremecimiento profundo y exclamó con dolorido acento:

—¡Hermano, hermano mio! ¡por fin te veo; pero en qué estado tan triste!

Juan abrió desmesuradamente los ojos y dijo con apagada voz:

—¿Tú? ¿tú convertido en caballero, mientras yo me muero de hambre!

—Desde hoy nada te faltará, pobre hermano mio, vivirás conmigo; pero yo te busqué inútilmente cuando aquel horrible incendio nos privó de nuestro hogar; ¿qué fué de tí en tan críticas circunstancias?

—Cuando me dirigí á la cabaña, respondió Juan, hallé sólo un monton informe. Sin darme cuenta de mi situacion, ni importarme nada lo que sería de vos-

otros, volví á la playa, vendí por lo que me quisieron dar la carga y la barquilla y sin ánimo de trabajar marché á Girona en donde viví unos dias tranquilamente con el producto de mi venta; cuando se concluyeron los cuartos, me fingí enfermo, pues no me hallaba con fuerzas para dedicarme á cosa alguna, y desde entonces he mendigado la caridad. Enfermo verdaderamente, y despues de haber recorrido todos los pueblos de la provincia, he llegado hasta aqui cayendo casualmente agobiado de cansancio, de fatigas y de dolores, en la puerta de tu casa.

—No es la casualidad, Juan, es la Providencia quien te ha traído á mi lado.

—Sea lo que sea, yo estoy malo, muy malo, pues siento una parálisis general por todos mis miembros.

Antonio mandó disponer una habitacion, médico y todo lo necesario para su hermano, pero inútiles fueron sus cuidados; no sólo el réuma se habia apoderado de su cuerpo, sino que tambien una tisis aguda devoraba su pecho.

Pasado un mes, Juan, apesar de los cuidados y desvelos de Antonio, dejó de

existir, víctima de su pereza y abandono.

En cambio, este jóven activo y diligente vivió muchos años dando incremento á su fortuna, con su asiduidad y constancia en el trabajo.

Casó con una jóven modesta y virtuosa y tuvo muchos hijos que admiraron por su laboriosidad y bondades.

Antonio, poco despues de muerto su hermano, dejó la casa en que vivia por otra más humilde, destinando aquella hermosa mansion para casa hospitalaria de los pobres impedidos y ancianos.

LUZ DEL CIELO

Niño, niño, no descuides
Al azar de la fortuna
Tu suerte, que acaso vária
Te herirá con mano dura.

No te duermas al arrullo
De halagos ni de venturas;
Ni en la molicie reposes,
Ni en el descanso te escudas.

Dios te dió la inteligencia
Y así tu númen alumbra
Para que siempre te apartes
De la ignorancia y la duda.

El rico holgazan, un día
Desprecio y miserias junta;
El pobre, en el ocio encuentra
Temprano, afrentosa tumba.

Sé activo, ferviente y noble;
Trabaja, medita, estudia,
¡Y Dios llenará tu senda
De luz bendecida y pura!

SALVE Á LA PURÍSIMA VÍRGEN MARÍA

¡Dios te salve! ¡Virgen pura!

¡Madre y abogada nuestra!

¡Reina del cielo que muestra

Misericordia y dulzura!

¡Dios te salve! ¡oh, flor hermosa,

Que aspira mi pensamiento,

Para enviarte el acento

De mi oración fervorosa!

¡Inspírame, como alcanza

A pedir mi ardiente celo

Para todos un consuelo

De celestial esperanza!

¡Oh, Virgen, á tí llegamos

Llamándote con fé pura

Desde el valle de amargura,

Del destierro en que lloramos!

¡Permite á los hijos de Eva

Ser siempre su protectora!

¡Que nuestro amor, ¡oh, Señora!

Sublime hácia tí se eleval

¡Vuelve á nosotros tus ojos
Con divinales destellos,
Y así nos verás ante ellos
Caer á tus piés de hinojos!

¡Míranos, á tí postrados,
Y oye mi voz, oh Mara,
Pidiéndote en este día
Por todos los desterrados!

¡Oh, clemente! ¡oh, salvadora!
¡Oh, santa madre de Dios!
¡Ruega, intercede por nos,
Dulcísima Redentora!

¡Líbranos de todo mal,
Y haz que buenos nos hagamos
Para que dignos seamos
De la mansion celestial!

¡Estrella de la concordia,
Vierte con tus puras manos
Sobre mis padres y hermanos
Tu santa misericordia!

¡Y con palabras sinceras
Te ruego también, Señora,
Por mi amada directora
Y mis dignas compañeras!

¡Oh, divinal esperanza
Que al cielo mis ojos guía!
¡Oh, tierna vírgen María,

Que á todos tu amor alcanza!
¡Yo ansío con santo anhelo
Que escuches esta oracion,
Y me des tu bendicion
Para mi dulce conuelo!



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Dedicatoria	V
Prólogo	VII

PRIMERA PARTE.—LECTURA MÍSTICA.

Plegaria á la Purísima Concepcion	3
El dia de la Purísima Concepcion	5
La flor del cielo.—¡María!	8
Los desposorios de la Virgen	10
La noticia del pastor	17
Cántico á la amabilísima Virgen de Nazareth	20
A Santa Teresa de Jesús	23
El Niño de Dios	26
La Cruz de Mayo	28
El glorioso título de Ntra. Sra. del Cármén	31
Invocacion á Santa Teresa de Jesús	37
Las inquietudes de la Sma. Virgen antes de la Pasion	42
A la muerte de Jesús	44
Resurreccion	49
«Gloria in excelsis Deo»	55

SEGUNDA PARTE.—LECTURA MORAL.

La leccion.—Moraleja	61
Cuento.—La pastora y la oveja	66
La caridad	69
La madre de caridad	73

Bendito el que hace bien	79
Pena y consuelo	83
La pureza del alma	85
Dolora	88
Hurto de flores	89
La golosa.—Cuento	94
La anciana y los niños	99
El niño perdido.	105
El pájaro y el cazador	107
Rasgo de generosidad	110
La ciegucecita del valle	122

TERCERA PARTE.—LOS VICIOS Y LAS VIRTUDES.

Contra soberbia humildad	131
Polvo y aroma.	145
Contra avaricia largueza	146
No es el oro.	159
Contra lujuria castidad	160
Vicio y virtud	177
Contra ira paciencia	178
El iracundo.	199
Contra gula templanza	200
Materia y espíritu	214
Contra envidia caridad	215
Dos pasiones	237
Contra pereza diligencia.	238
Luz del cielo.	258
Salve á la Purísima Virgen María	259



FÉ DE ERRATAS

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
8.	23.	María, pues , . .	Pues María,
49.	7.	sacerdote. . . .	senador,
54.	14.	poco despues. . .	á los cuarenta dias
67.	28.	volviéndose . . .	olvidándose
72.	5.	tedrás	tendrás
80.	18.	los	lo
104.	1.	Llegaba	Legaba
135.	12.	y marchar	y á marchar
196.	12.	volveremos . . .	volverás
208.	6.	darle	darles
214.	17.	Repitiendo . . .	Repeliendo
218.	21.	muñecos	muñecas
221.	26.	pálida que . . .	pálida muchacha que
221.	28.	formado	transformado
226.	21.	su	un
231.	12.	ellos	ella
237.	6.	mortífera. . . .	mortífero
247.	20.	favorecerles. . .	favorecerle
247.	25.	sido indudablemente	sido causado indudablemente

